

Los milagros sí existen

El testimonio de la sanadora

BRIEGE McKENNA


SPIRITUS
MEDIA

Los milagros sí existen

Briege McKenna y
Henry Libersat

Los milagros sí existen

Traducción de
Margarita de Larrauri



Título original: *Miracles do happen*

- © 2004, Briege M. McKenna
- © 2004, Margarita de Larrauri, por la traducción
- © 2004, de la edición en castellano para todo el mundo:
SPIRITUS MEDIA
Raimundo Lulio, 20, 1º Dcha.
28010 Madrid (España)

Directora editorial: Lidia González

Primera edición: junio de 2004

Depósito Legal: SE-2991-2004

ISBN: 84-931796-8-X

Impresión: Publidisa

Impreso en España - Printed in Spain

*Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial
ni totalmente, sin el previo permiso por escrito
de los titulares del «copyright».
Todos los derechos reservados.*

«Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Éstas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre».
(Jn 20, 30-31)

Índice

Prólogo (<i>Francis A. Sullivan</i>)	11
Agradecimientos	15
1 Sanada y llamada	17
2 El Señor vive en una tienda raída	37
3 El Señor es quien sana	53
4 El poder sanador de la eucaristía	71
5 Elegidos entre los hombres	87
6 María, una mujer para todos los tiempos ...	119
7 ¡Vayamos! ¡En nombre del Señor!	131
8 Celebrar la fe con fidelidad	141
Epílogo (<i>Henry Libersat</i>)	159

Prólogo

ÉSTE ES UN LIBRO sobre el ministerio que una mujer puede desarrollar hoy en la Iglesia católica. No se parece a ningún otro libro que se haya escrito sobre este tema, por la sencilla razón de que ninguna otra mujer ha realizado jamás el tipo de ministerio que la hermana Briege McKenna ha realizado en los últimos diez años aproximadamente. En una época en que una buena cantidad de mujeres católicas ha estado buscando el derecho de ser ordenadas y compartir el ministerio sacerdotal, la hermana Briege ha efectuado un ministerio con sacerdotes y por los sacerdotes, a tantos, y en tantos lugares del mundo, que no dudo en afirmar que ninguna mujer ha conmovido y cambiado la vida de tantos, como ella. Estoy agradecido por poder decir que yo soy uno de ellos.

Conocí a la hermana Briege hará unos diez años cuando coincidimos como miembros de un equipo que impartía un retiro a sacerdotes en Escocia. Al año siguiente volvimos a coincidir en un equipo que daba un retiro a sacerdotes en Estados Unidos. Uno o dos años después recibí una invitación para dar un retiro a sacerdotes que trabajaban en Japón, durante el mes de noviembre. El hombre que me escribió me pidió que le indicara el nombre de otros directores de retiro que pudieran colaborar en el mismo, ya que esperaban la asistencia de al menos un centenar de sacerdotes. Sugerí el nombre de tres que

conozco, y como me había impresionado tanto el ministerio de Briege en los otros retiros, también di el suyo, añadiendo que no sabía si lo iban a aceptar bien en Japón.

Ocurrió que ninguno de los sacerdotes que había sugerido estaba disponible, así que intentaron ponerse en contacto con Briege. Pero hubo una confusión en la comunicación y pasaron varios meses antes de que ella recibiera la invitación. Entre tanto su madre general le había pedido que no aceptara ningún compromiso durante el mes de noviembre. El mismo día en que su madre general le dijo que se habían cambiado los planes y que ya no la necesitaría para esa fecha, recibió la petición de ayudar en el retiro de Japón. No dudo que esto ocurrió porque el Señor sabía que en Japón había sacerdotes que necesitaban la clase de ministerio que ella realiza, pero también creo que lo hizo para mi beneficio.

Es una experiencia maravillosa y a la vez muy humillante para un sacerdote trabajar tan íntimamente con la hermana Briege McKenna en su ministerio para sacerdotes que es único. Había cosas que sólo yo podía hacer, como celebrar la misa y dar la absolución en el sacramento de la reconciliación. Pero había cosas que los dos podíamos hacer igualmente bien, como dar las charlas del retiro. Pero ahí estaba su propio ministerio especial usando los dones que el Señor le ha dado, algo que yo sólo pude atestiguar y maravillarme.

Me refiero a ese don que tiene de escuchar a los sacerdotes, la mayoría misioneros, y casi todos mayores que ella, que le presentaban sus necesidades tan personales, tanto físicas como espirituales, para que orara con ellos. Y me refiero a su don para presentar esas necesidades al Señor, con esa sencillez, esa forma tan directa que tiene para hablar con Jesús; en muchos casos recibiendo una respuesta de Él en forma de una imagen o de una palabra para compartirla con ellos y despedirlos habiendo sido consolados, renovados y en muchos casos sanados tanto física como espiritualmente.

A menudo he dicho a mis amigos, medio en broma medio en serio, que es fácil dar un retiro con Briege, porque ella escucha la mayoría de las confesiones. Es cierto que no puede dar la absolución, pero también es cierto que si ora por alguien que de verdad la necesita, vendrá para celebrar el sacramento de reconciliación ya profundamente reconciliado con el Señor.

Cualquiera que lea este libro podrá darse cuenta de que la hermana Briege es una persona que pone a Jesús en primer lugar en su vida, y su don mayor es la habilidad que tiene para que los demás quieran hacerlo también. Ella es auténticamente una «señal» que indica a otros cómo llegar a Jesús. Como dice en este libro: «El Señor es el que hace maravillas. Estoy convencida de que nadie puede hacer otra cosa que convertirse en una señal para indicar el camino hacia Jesús, para ayudar a otros a descubrirle en sus corazones y así permitirle que les conceda grandes bendiciones». Es cierto, nadie puede hacer nada más que esto. Pero no conozco a nadie que lo haga tan bien como Briege McKenna.

FRANCIS A. SULLIVAN, SJ

Agradecimientos

ME HAN ESTADO PIDIENDO que escribiera este libro durante muchos años. Siempre pensé que lo haría en el momento del Señor. Ahora ha llegado el momento oportuno, como dice san Pablo. Mucha gente ha orado por mí, me ha apoyado con sus oraciones y me ha animado. Sin embargo, hay unas personas que merecen una mención especial de mi gratitud.

Estoy muy agradecida a la hermana Margaret McGill, madre general de la Congregación de las Hermanas Clarisas, y a la hermana Helen Conway, la anterior madre general, por su aliento y apoyo constantes. Un agradecimiento especial a mi obispo, W. Thomas Larken de San Petersburgo, y monseñor Laurence Higgins, mi pastor en Tampa, por su comprensión y guía.

El cardenal Leon Joseph Suenens de Bélgica ha sido estupendo conmigo dándome una orientación clara y una perspectiva fiel del crecimiento de los movimientos espirituales dentro de la Iglesia universal. También Verónica O'Brien de Bélgica me ha inspirado con su visión y entrega para difundir la fe católica. Ella me ha animado con su amistad y sus oraciones.

Mis hermanas religiosas del Convento de San Lorenzo, Tampa, merecen mucha gratitud por su respuesta gozosa a las exigencias de vivir con una persona cuyo teléfono nunca cesa de sonar. Toda mi comunidad religiosa en el mundo entero ha sido generosa en sus oraciones y apoyo.

El padre Kevin Scallon, mi colaborador en la evangelización y en los retiros para sacerdotes, me ha enseñado muchísimo acerca del sacerdocio y me ha inspirado con su gran amor por la Iglesia y su fidelidad a su compromiso como sacerdote.

El padre Frank Sullivan, SJ, quien escribió el prólogo de este libro, que por muchos años ha sido una gran inspiración para mí, ayudándome a obtener una perspectiva teológica equilibrada. Él ha abierto muchas puertas a mi ministerio, en especial en Japón, que quizá nunca se hubieran abierto de no ser por él.

Ingrid Orglmeister de Sao Paulo, Brasil, mi intérprete, y su marido, Peter, han sido mis amigos durante muchos años. Ingrid ha sido de gran ayuda dando a conocer mi ministerio en Brasil.

Peter y Margie Grace de Manhasset me han prestado gran ayuda en mis viajes y me han abierto su casa y su corazón. Margie ha sido como una madre para mí, brindándome su consejo y amistad de muchas maneras.

Piet y Trude Derksen, de los Países Bajos, han apoyado firmemente el ministerio católico en los países del Tercer Mundo.

Un agradecimiento especial a Doris y a Francis Meagher de Clearwater, Florida, cuya casa se ha convertido en mi casa y cuyo amor y amistad han sido para mí una gran bendición y alegría.

Linda y Joe Rooney de Florida amablemente nos prestaron su casa de la playa para escribir *Los milagros sí existen*. Les doy las gracias por su hospitalidad.

Los milagros sí existen no hubiera visto la luz sin el apoyo de Henry y Peg Libersat y estoy agradecida por el talento, la oración y el tiempo que me dedicaron.

Mi agradecimiento a tantos amigos y conocidos que hacen que mi ministerio sea posible a través de su amor y apoyo. Finalmente, Ann Spangler y su equipo de Servant Books mostraron una flexibilidad realmente admirable, ayudándonos a trabajar en horarios difíciles y aportando sus ideas y entusiasmo para la publicación de este libro.

Sanada y llamada

PENTECOSTÉS SIEMPRE HA SIDO un día especial para mí. Antes de nacer, mi madre oró por tener una niña; nació el día de Pentecostés.

El día de Navidad de 1959, cuando sólo tenía 13 años, mi madre murió de repente. Mientras lloraba esa noche, oí una voz que decía: «No te preocupes, Yo cuidaré de ti». No comprendí verdaderamente que era el Señor, pero sentí paz. A la mañana siguiente sabía que quería ser monja.

Como un año y medio después de la muerte de mi madre, fui a la casa general de la Congregación de las Hermanas Clarisas en Newry, mi ciudad natal en Irlanda. La hermana que abrió la puerta preguntó: «¿Qué puedo hacer por ti?». «Quiero ver a la madre abadesa general», dije. Así que me llevó a ver a la madre Agnes O'Brien. «¿Hija, de qué se trata?», me preguntó; «Quiero ser monja», le dije; «¿Qué edad tienes, pequeña?»; y yo, «Un poco más de 14 años». La madre Agnes, una religiosa muy santa, me contestó: «No podemos aceptarte ahora. La Ley Canónica no lo permite. Regresa más adelante».

Después de un tiempo, la madre Agnes me pidió que me quedara con la mujer que trabajaba en la casa general, pues todavía no podía entrar en el noviciado. Mi padre tuvo que dar su permiso para que me mudara al convento. Sin embargo, todavía no le había dicho nada al respecto.

Fui a pedirle permiso un día a principios de junio, mientras araba el campo. Él se acercó a la orilla del campo para sentarse a mi lado. Charlamos un rato y le dije: «Papá, quiero ser monja». Él dijo: «Bueno, si eso es lo que quieres, adelante, pero si no lo es, también lo sabrás».

Dos días antes de cumplir los 15 años, la maestra de novicias se me acercó y me dijo que entraría en el convento el día de mi cumpleaños. También me pidió que se lo notificara a mi padre para que él pudiera venir. Mi pobre padre, como no sabía nada sobre monjas, le envió un telegrama a mi hermano en Inglaterra: «Ven pronto. Briege va a entrar en el convento. Quizá nunca más vuelvas a verla».

Fui postulante durante seis meses y luego me hice novicia. Mi padre asistió a ambas ceremonias. La primera vez que lo vi llorar fue en el momento en que me cortaron el pelo y todos mis rizos cayeron al suelo.

Cuando hice mis primeros votos, el 4 de diciembre de 1962, tuve mi primera experiencia espiritual real. Mientras estaba arrodillada en la capilla esperando a que me llamaran, vi a Jesús vestido como el Buen Pastor que se acercaba a mí, me tomaba de la mano y me decía: «Ven conmigo».

Después de destinarme a varios conventos, la madre Agnes, gravemente enferma, me pidió que fuera a cuidarla. Ella ejerció una gran influencia en mi vida. Sentía un gran respeto por el sacerdocio y rezaba cada día por los sacerdotes. Aunque nunca vino a América, ella fundó nuestras casas aquí. Me dijo muchas cosas acerca del Sagrado Corazón y siempre me apremió a ser una religiosa buena, santa y fervorosa.

Sanada por el poder del Espíritu Santo

En 1964 empecé a tener fuertes dolores en mis pies. Un médico me dijo que la causa era que tenía los pies planos y por

eso los dolores iban en aumento, pero en 1965 un cirujano ortopédico diagnosticó artritis reumatoide. Pasé muchos meses en un hospital en Belfast. Todas las noches las hermanas me tenían que poner los pies en unas botas de yeso, para intentar evitar que se deformaran. Esto era muy doloroso.

Un día, la madre Agnes me llamó junto a su lecho. La llevaban al hospital. Me dijo que iba a morir, pero que siempre rezaría por mí; y una vez más me recordó: «Mantente cerca de Jesús siempre».

El 22 de agosto de 1967 hice mis votos perpetuos en la casa general en Newry. Fue entonces cuando me ofrecí voluntaria para venir a los Estados Unidos. Aunque la decisión partió de mí, me pasé llorando las dos semanas anteriores a mi partida.

Llegué a Tampa, Florida, donde empecé a enseñar a párvulos aquel septiembre. El clima me sentó muy mal y mi artritis empeoró. Había un médico que dijo que podía hacer muy poco por mí, pero que quería probar distintas medicinas para ver si me ayudaban. Me dio todo tipo de medicamentos. En 1968 estaba tomando cortisona y a dosis tan altas que ya no me hacía efecto. El dolor era constante. Como secuela de la cortisona, comencé a sufrir pérdidas de memoria. Lloraba de dolor. El médico me dijo que no había esperanza para mí: acabaría en una silla de ruedas. Por aquel entonces aún podía andar, pero despacio y con mucho dolor.

Empecé a sentir gran aridez en mi vida espiritual. Hasta empecé a preguntarme si realmente creía en Jesús. No estaba convencida del poder del Evangelio. No creía que Jesús me fuera a sanar. Creía que si hubiera ido a Lourdes o a algún otro sitio tal vez pudiera recibir una curación, pero no creía que pudiera suceder en la vida diaria.

Mi alma estaba sedienta del Dios vivo, pero en verdad no lo conocía. Fue con este deseo de conocer mejor al Señor que asistí a mi primera reunión de oración. Aunque sentía cierto miedo por la dimensión carismática, me sentía atraída hacia ella, porque vi

que la gente oraba a Jesús como si Él estuviera realmente presente allí. El Señor se sirvió de mi hambre espiritual para atraerme hacia Él, y es que yo me decía: «Tiene que haber algo más en la vida religiosa y debe haber algo más en el catolicismo».

Había «hecho bien mis oraciones», como un deber. Pero no sentía gozo al hablar con el Señor, ni tampoco sentía entusiasmo en dar testimonio del poder de Cristo. Sin embargo, un día ante el Santísimo dije: «Jesús, te voy a encontrar, cueste lo que cueste». Ése fue el principio de mi búsqueda espiritual.

En el proceso de búsqueda de un significado más profundo de mi vida religiosa, y un compromiso mayor y más radical con el Señor, creo que Jesús me regaló una sanación espiritual. En diciembre de 1970 fui a un retiro ecuménico en Orlando. Escuché las enseñanzas sobre el poder de la oración y el poder del Espíritu Santo. Recuerdo que tenía una lista de todas las cosas que quería pedir a Dios; con mis condiciones.

Había un sacerdote en este encuentro de oración. Con mi lista de peticiones en mente, pensé: «Si este sacerdote orara por mí, conseguiría todas estas cosas». Pero la sanación física no estaba en mi lista.

Como si el Señor hubiera leído mi mente, me dijo: «No le mires a él, mírame a mí». Recuerdo haber mirado el reloj antes de cerrar los ojos. Eran las 9:15 de la mañana del 9 de diciembre de 1970. La única oración que hice fue: «Por favor, Jesús, ayúdame». En ese instante sentí que una mano tocaba mi cabeza y pensé que era el sacerdote que se había acercado a mí. Abrí los ojos y no había nadie, pero sentí que una fuerza poderosa recorría mi cuerpo. Es difícil describir lo que sentí, pero a menudo lo describo como si fuera un plátano que estaba siendo pelado.

Miré hacia abajo. Los dedos de mis manos habían estado rígidos, pero no deformados como los de mis pies. Mis codos tenían llagas, mis dedos estaban algo entumecidos, las llagas habían desaparecido, y podía ver que mis pies, calzados con sandalias, ya no estaban deformados. Me puse de pie gritando

de alegría: «¡Jesús, estás aquí!». Cuando Jesús se presentó a Tomás, lo único que pudo decir fue: «¡Señor mío y Dios mío!». Cuando Jesús se me manifestó ese día, sólo podía decir: «¡Dios mío, Tú estás aquí!». Fue un acto de fe en Él.

Desde ese día no he vuelto a tener artritis, ni he vuelto a tener dolor. Ésa fue la sanación milagrosa, pero también hubo un cambio mayor en mi vida interior. Experimenté la efusión del Espíritu Santo a través de la renovación carismática. Tuve una nueva visión de la Iglesia, como si viera la eucaristía y el sacramento de la reconciliación con una nueva visión. Veía con más claridad el gran amor que Dios nos tiene, y lo que nos ha dado. Sin embargo seguía teniendo un miedo: la sanación. Tenía miedo al sensacionalismo. Cuando fui sanada me dije: «No voy a decir a nadie que he sido sanada, porque automáticamente lo relacionarán con el poder de sanación. Pensarán que ahora yo puedo sanar a otros. Además, ¿a quién le importa?, ¿por qué contarlo?».

En realidad me estaba protegiendo. Me dije: «No puedo involucrarme en algo así. Soy un miembro respetable de una congregación severa».

Desde diciembre de 1970 a junio de 1971 viví una maravillosa experiencia de Pentecostés. Solía decir: «Jesús, Tú no puedes esperar nada más de mí. Heme aquí enseñando a cuarenta y siete niños de primer grado, acudiendo a reuniones de oración, dirigiendo un grupo de jóvenes, y yendo a una cárcel a visitar a los presos como apostolado». Pero en el fondo lo que en realidad estaba diciendo al Señor era que prefería permanecer en lo seguro. Quería el respeto y la aprobación de las personas.

En el mes de junio, la víspera del domingo de Pentecostés, en nuestro convento en Tampa, entré en la capilla para hacer la Hora Santa. Me senté en nuestro pequeño oratorio diciendo: «Jesús, aquí estoy». Apenas llevaba en la capilla unos cinco minutos cuando de pronto una extraordinaria quietud descendió sobre el lugar; era como una nube, como niebla. Una voz dijo: «Briege». Me volví para mirar hacia la puerta, porque la voz era

tan clara que parecía que alguien había entrado en la sala. No había nadie, pero era consciente de que no estaba sola. La voz me dijo al volverme de nuevo hacia el sagrario: «Tienes mi don de sanación. Ve y úsalo».

En cuanto oí esto, una sensación ardiente recorrió todo mi cuerpo. Recuerdo haber mirado mis manos. Tuve la sensación de una descarga eléctrica. Esta sensación ardiente recorrió mis manos y salió de ellas; entonces se disipó la quietud.

Me encontré de rodillas ante el sagrario diciendo: «Jesús, yo no quiero ningún don de sanación. Guárdalo para ti». Entonces hice un acto de contrición, no por lo que había dicho a Jesús, no porque me pesara haber dicho esto a Jesús, sino por haberme atrevido a pensar que Jesús pudiera hablarme. Entonces le dije: «Jesús, te haré una promesa: no diré nada a nadie sobre esto».

Para mí ése fue un Pentecostés muy especial ya que había experimentado al Espíritu Santo y había aprendido a orar pidiendo todos esos dones prometidos en la Escritura y que recibimos en la confirmación. Todo esto era más importante para mí ahora. Me desperté la mañana de Pentecostés y la voz resonaba en mi cabeza: «Tienes mi don de sanación. Ve y úsalo».

Ese día, en una reunión de oración en el Hospital de San José en Tampa, sentí la tentación de contar a una hermana lo que me había pasado la noche anterior. Pero cuando empecé a hablarle me quedé en blanco. Aunque nadie sabía lo ocurrido, me invitaron a orar por un niño. Años más tarde me enteré de que se había curado gracias a esa oración.

En julio y agosto de 1971, fui a estudiar a Los Ángeles, California. Acudí a una reunión de oración, pero no comenté con nadie mi don de sanación. El Señor mismo me lo confirmó a través de dos experiencias proféticas.

Una noche en una reunión de oración en la Parroquia de Santa Ángela de Merici me encontré sentada junto a un sacerdote episcopaliano, un hombre mayor. Al final de la reunión todos nos tomamos de la mano para orar. Después de la oración,

se volvió hacia mí y dijo: «Hermana, nunca antes había hablado con una monja católica, pero tengo que darle un mensaje. Mientras orábamos, tuve una fuerte sensación de que usted tiene el don de sanación; y usted sabe que lo tiene porque el Señor se lo dijo en su capilla en Florida».

Respondí al pastor: «La verdad, no puedo aceptarlo. Pertenecesco a una orden religiosa muy severa», y seguí enumerándole las razones para mi negativa.

Me miró y dijo: «Cuénteme lo que le pasó en la capilla».

Me pregunté cómo podía saberlo si no se lo había dicho a nadie, pero aun así le conté lo ocurrido, añadiendo que no podía aceptarlo. Él me miró y me dijo: «Jesús nunca la forzaré. Él nos revela su voluntad, pero usted es libre de elegir seguirle o no». Entonces se dio la vuelta y se alejó.

Unos días más tarde, en la iglesia después de la misa, mientras hablaba con unas personas, se me acercó una mujer y me dijo: «Hermana, no la conozco, pero cuando fui a comulgar, el Señor me dio una imagen de usted de pie delante de una fila de personas que se le acercaban. El Señor me pidió que le dijera que usted ha sido llamada a un gran ministerio de sanación».

A pesar de que tantas personas me confirmaran lo que el Señor me dijo en nuestra capilla de Tampa, seguía rechazando su invitación al ministerio de sanación.

La visita al profeta

En aquel tiempo un grupo de señoras dijeron que iban a ver a un profeta. Pensé que quizá él pudiera ayudarme. Tal vez tuviera una palabra profética para mi futuro.

El profeta me causó una terrible sensación de desasosiego. Me miró y preguntó: «¿Está usted casada?». «No debe de saber mucho de monjas», pensé. Me hizo unas preguntas muy extrañas, pero yo lo rechacé. No me dijo nada que yo no supiera.

Dos semanas después, una hermana que conocía vino a la ciudad y le conté lo de mi visita al profeta. «Me gustaría verle», me dijo. Debería haber tenido la suficiente sensatez para no volver y desanimar a mi amiga a que fuera. Sin embargo pensé que aunque a mí no me había beneficiado, quizá pudiera ayudarla a ella, así que la acompañé.

Al verme, me preguntó de nuevo: «¿Está usted casada?». Le respondí que no debía de ser un buen profeta, si desconocía las reglas de las monjas católicas: yo había dado mi vida a Jesús. Él me dijo: «Lo que usted necesita es que le corten la cabeza», y trazó una línea imaginaria alrededor de mi cuello. Yo me reí y le dije bromeando: «Bueno, no hay gran cosa en mi cabeza, pero tendría menos si me la cortaran». Siguió diciéndome que no debería ser monja, que debería hacer otra cosa con mi vida y mi juventud. Lo rebatí, pero él seguía mirándome con fijeza a los ojos. Al cabo de media hora me hizo trizas, dejándome totalmente confundida. Estaba convencida de que la gente no era buena, que yo no podía ayudarla. Dudaba de mi vocación e incluso de la existencia de Dios, jamás había dudado de ello antes. Estaba convencida de que en breve abandonaría la vida religiosa. Salí de allí llorando, sintiendo una gran desolación. Lo que no sabía entonces era que había tenido una confrontación con Satanás.

Cuando volví al convento, la hermana que estaba conmigo me dijo que eso no podía ser de Dios, que estaba demasiado alterada. Me dijo que si fuera de Dios, yo estaría sintiendo una profunda paz. No comenté nada a las hermanas acerca de mi perturbación y el deseo de abandonar la vida religiosa, porque pensé que eso les iba a afectar demasiado. Estaba sola, sin nadie que me ayudara.

Esa noche en la cama tuve una terrible confrontación con Satanás. No me podía dormir. Sentí que algo me asfixiaba donde el profeta había tocado mi cuello. No pude gritar pidiendo auxilio. Era como una fuerza que quería hacerme renunciar

a Cristo y dejar de servirlo. No pude orar. Fue una experiencia terrible. Por fin, parece que pude llamar a Jesús, porque la sensación de asfixia desapareció. Al día siguiente, las hermanas notaron que tenía muy mal color. Les dije que no me sentía bien.

Ese día fuimos a San Francisco para unas vacaciones cortas. En el camino le supliqué a Jesús: «Dios mío, ayúdame». Por fin llamaba a Jesús, pero en el fondo de mi mente tenía la sensación de que debía abandonar la vida religiosa.

Cuando llegué a San Francisco, me quedé en mi habitación. Tomé la Biblia y dije: «Jesús, yo sé que ésta es tu Palabra viva. Por favor, te lo suplico, háblame. Háblame especialmente de mi vocación. ¿Es aquí donde se supone que debo estar?». Abrí las Escrituras y las palabras parecían ampliadas, como si alguien hubiera puesto una lupa sobre ellas. Era el pasaje de san Pablo, 1 Corintios 7, 32-35, que habla acerca del compromiso de vivir una vida de soltería por el Señor: «Yo os quisiera libres de preocupaciones. El no casado se preocupará de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer: está por tanto dividido. La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu. Mas la casada se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Os digo esto para vuestro provecho, no para tenderos un lazo, sino para moveros a lo más digno y al trato asiduo con el Señor, sin división».

Al leer esas hermosas palabras en la Escritura, me invadió una gran paz y un gran gozo. Desde ese momento supe que lo que había vivido era un engaño y un ataque de Satanás. Me di cuenta, sin embargo, de que había algo más que me quería enseñar el Señor.

Fui a una conferencia carismática en Anaheim, donde habló Ralph Wilkerson, un evangelizador muy popular. Me acerqué a conocerle y me dio una profecía. Me dijo: «Hermana, sus manos están unguadas para la obra de Dios». Yo le dije

que no quería saber nada de profecías pero él me interrumpió y me dijo: «Hermana, usted fue al falso profeta». Me dijo que el «profeta» había destruido a muchos hombres y mujeres de Dios, y que había conseguido que mucha gente se apartara de la Iglesia. Ésa fue la primera vez que alguien me decía que aquel hombre era un falso profeta. En la misma conferencia hablé con un sacerdote católico y le conté mi historia. Me dijo: «Hermana Briege, no necesito decirle nada más. Ya ha recibido la respuesta en su Palabra viva».

El Señor me volvió a llevar al sacerdote episcopaliano que me había dicho que tenía el don de sanación. En una reunión de oración en su hogar esa noche, le conté mi terrible experiencia. Me contó que alguien le había dicho que había ido a ver al falso profeta. Él había querido detenerme para protegerme, pero el Señor le dijo que no interviniera, que yo tenía que aprender tres lecciones de ello, y que el Señor mismo me protegería. El sacerdote estuvo orando por mí mientras yo iba allí y probablemente fueron sus oraciones las que me salvaron del ataque.

Mientras él me hablaba, me di cuenta de que, en efecto, había aprendido tres lecciones.

Primero, nunca debí ir a consultar a un profeta. Había tratado de conocer el futuro. Era como acudir a la adivinación, como si buscara un falso dios. Estaba haciendo lo que Dios dijo que no hiciéramos en el primer mandamiento: «No tendrás otros dioses fuera de mí». Mi vida tiene que estar centrada en Dios; tengo que dejar el futuro enteramente en sus manos. Él es el Camino y me debo abandonar en Él.

Segundo, tenía que aprender la diferencia entre juzgar y discernir. La primera vez que fui al profeta, sabía que algo no estaba bien, pero pensé que no debía juzgarle. Sentí la presencia del Mal, pero no sabía lo que era, pensé que era mi actitud hacia él. De esta experiencia aprendí que debo orar pidiendo el don del discernimiento.

Tercero, aprendí que mi vocación no era un regalo mío para Dios, sino que era un don de Dios para mí. Me había dado esta vocación a fin de liberarme para su Evangelio, no para atarme. Aprendí que tengo que ponerme de rodillas diariamente y dar gracias al Señor por este don.

Hacer el ridículo por Jesús

En el avión de regreso a Florida, empecé a pensar que no podía ser una coincidencia que tantas personas no relacionadas entre sí pensarán que yo tenía el don de sanación. Estaba rezando en mi breviario y leí el pasaje sobre la tempestad calmada, (Lc 8, 22-25). Es como si el Señor me dijera: «Sabes que tengo el control absoluto sobre los elementos. Me obedecen. Pero tú tienes libre albedrío. Puedes elegir». El Señor me mostró que jamás me forzaría. Entonces me dio una imagen de una casa. Yo tengo una gran imaginación, y creo que Dios la usa para hablarme. En esta imagen de la casa, yo estaba dentro y un hombre llamó a la puerta. Yo abrí la puerta, y como parecía una persona muy amable le invité a que entrara.

Le dije: «Vea todas estas habitaciones, póngase cómodo, vaya donde quiera dentro de mi casa». Seguí al hombre mientras recorría todas las habitaciones, había muchas y eran muy bonitas. De repente, llegó a una puerta cerrada con llave. La puerta tenía un letrero pintado en negro que decía: *propiedad privada, prohibido entrar*. Se volvió hacia mí, y al volverse, reconocí a Jesús. Él me preguntó: «Briege, ¿por qué no puedo entrar en esta habitación?». Le repliqué: «Vamos, Jesús, mira todo lo que te he dado. Quiero guardarme algo para mí». Le oí decirme en esa imagen: «¿Sabes Briege?, si no abres esa puerta nunca sabrás lo que significa ser realmente libre...». Recuerdo mirar la imagen y decirme: «Pero, ¿qué habrá en esa habitación?», y el Señor dijo: «Te lo mostraré».

Dentro de la habitación estaba mi reputación, lo que otros pensaban de mí. No quería que Jesús entrara en ese cuarto, porque pretendía preservar mi buen nombre y mi reputación. Yo quería seguir a Jesús, pero quería tener el control de mi vida. No iba a ser tan tonta. Cualquier cosa que tuviera que ver con la cruz, con tomar mi cruz, estaba fuera de lugar.

Oí que Jesús me decía: «Pensé que me habías entregado tu vida». Recordé con toda claridad las palabras de mis votos. Había prometido entregar mi vida al Señor, para cualquier cosa que Él quisiera de mí en la Congregación de las Hermanas Clarisas; me vi arrodillada ante la madre superiora y el obispo, y oí cómo pronunciaba mis votos. Al mismo tiempo oí a Jesús que me decía, mientras señalaba la puerta cerrada: «¿Bajo las condiciones de quién hiciste ese compromiso?».

Me di cuenta de que había dicho: «Jesús, te amo y te entrego mi vida, pero bajo mis propias condiciones». Sin embargo, mi vida religiosa jamás conocería plenamente el gozo, la paz, la fortaleza y el valor, todo lo que Él quería darme, hasta que yo le entregara toda mi existencia, e incluso estuviera dispuesta a hacer el ridículo por Él.

Ese día en el avión le dije: «Jesús, sabes que no puedo volver a Florida y decirle a la gente que tengo el don de sanación. Yo me haré cargo de orar y Tú encárgate de decirlo».

Llegué a casa a Florida, reanudé mis clases, volví a las reuniones de oración y continué con mis obligaciones diarias. Después de dos semanas fui a una reunión de oración en la que me pidieron que compartiera lo ocurrido en mi viaje a California. No iba a hablar sobre sanación, pero al levantarme, una señora saltó y me dijo: «Perdone hermana, quiero decir algo. Usted tiene el don de sanación. Usted lo sabe, pero está más preocupada por el qué dirán y la aprobación de la gente que por hacer la voluntad de Dios». Miré a la mujer y le dije: «No la he visto nunca. ¿Quién es usted?».

Era una periodista independiente de Canadá. Dijo que cuando se despertó una mañana, una imagen de mi rostro apareció en

la pared de su cuarto y tuvo una revelación de que Dios me había dado el don de sanación pero que yo le tenía miedo.

No sabía dónde encontrarme, pero el Espíritu Santo la había conducido al Centro Franciscano de Tampa, donde justamente se estaba efectuando esta reunión de oración. Le dijo a una de las hermanas del Centro: «He venido buscando a una hermana joven, irlandesa, que tiene el don de sanación». La monja le dijo que no había ninguna hermana irlandesa, pero la mujer insistió: «Estará aquí».

Yo no recordaba haber visto jamás a aquella mujer. La miré y le dije: «¿Cómo sabe que soy irlandesa? ¿Se lo ha dicho el Espíritu Santo?». Trataba de bromear sobre este asunto. Entonces lo explicó todo: ella estaba en Orlando en el mismo retiro que yo y presencié mi sanación. Además me dijo: «Sabe que Dios quiere utilizarla en un ministerio de sanación». Después de esto siguió hablando, pero yo ya no escuché nada más. Me llené de pánico y me preguntaba: «¡Oh, Señor! ¿Qué va a ocurrir con mis alumnos de primer grado? ¿Qué voy a hacer?». Y justo cuando todos esos pensamientos venían a mi mente, una maravillosa calma me invadió y una voz interior me dijo: «Briege, ¿por qué estás tan preocupada? ¿Crees en tu voto de obediencia? ¿Sabes?, no te doy el don de esos votos para atarte, sino que te di ese don de los votos para hacerte libre para mi Evangelio. Yo fui obediente a María y José. Fui obediente a mi Padre. Lo que te pido es que tú seas obediente a tus superiores y a aquéllos que tienen autoridad en la Iglesia, ya que voy a obrar a través de ellos». Inmediatamente pensé: «¡Gracias a Dios, ahora el problema es de mi superiora!». Eso demuestra cómo podemos usar el voto de obediencia para nuestra propia conveniencia. Me decía: «Bueno, lo arreglaré de forma que mi superiora y la directora de la escuela tengan que rechazar el que me involucre en el ministerio de sanación».

Un día, le dije a mi directora: «Hermana, hay una mujer que quiere escribir un artículo sobre mí en una revista, sobre el don

de sanación». Me miró y dijo: «¡Por Dios, Briege! No tengas nada que ver con sanación, es demasiado sensacionalista». Eso era precisamente lo que quería oír. «No se preocupe, hermana. No diré una palabra de ello a nadie». Pensé que si alguien me preguntaba algo sobre el don de sanación, podía decir que estaba bajo el voto de obediencia y mi superiora no quería que hablara de ello.

Pasaron tres semanas y todo iba de maravilla. Yo fingía estar preocupada por el bienestar de la congregación y de la Iglesia, pero lo que de verdad me preocupaba era Briege McKenna, que fuera a hacer el ridículo por Jesús, que me llamaran una «sanadora». No consideré que Jesús era un sanador...

Dos semanas más tarde recibí una invitación para hablar sobre la oración a un grupo de señoras en una parroquia. Me pareció que hice un buen trabajo: hablé una hora entera sobre la oración, pero en ningún momento mencioné la sanación. Dos días después recibí una llamada telefónica de una mujer que había asistido a esta reunión y quería hablarme sobre sanación. Me sorprendió porque yo no había mencionado aquello, pero de todos modos fui a verla. La mujer me contó su vida. Era muy trágica. Había decidido suicidarse, pero las circunstancias no se lo permitían. Entonces oyó hablar de mi charla y sintió curiosidad. Cuando me vio y me oyó, no le gustó nada. Pensó que era demasiado joven, así que se levantó y se fue. No creyó una palabra de lo que decía. Al llegar a su casa, volvió a pensar en el suicidio. Esa noche, me vio entrar en su habitación y quedarme de pie ante su cama. Mi reacción fue inmediata: «No vine a verla, yo estaba en casa en la cama»; «¡Oh, no! —dijo—, estuvo aquí en mi habitación anoche, y no me podía librar de usted». Aparentemente el Señor usó una imagen mía para acercarse a esta pobre mujer.

Afirmó que yo le decía: «¿Por qué no cree en Jesús?». Me dijo también que daba igual que tuviera los ojos abiertos o cerrados, siempre me veía y que si se giraba en la cama para darme la espalda, yo aparecía al otro lado. Mientras me decía

esto, yo pensaba: «¡Oh Jesús, úsame todo lo que quieras durante el día, pero no me pongas a vagar por las casas durante la noche!», y oí cómo Jesús me decía: «Pero pensé que dijiste que si Yo me hacía cargo de decirlo, tú te encargarías de orar...».

La cara de esta mujer, que había mostrado una desesperación completa, se iluminó y dijo: «¿Cree que es posible que Dios me ayude?».

Poco después cogí la gripe. La misma mujer me telefoneó. Me dijo que confiara en Dios, que Él se ocuparía de mí. Sólo dos semanas antes, ella había estado pensando en suicidarse, ¡y ahora estaba ayudándome a mí! ¡El Señor realmente había tocado su vida! Se convirtió por completo y volvió a la Iglesia católica. Fue entonces cuando me dije: «Briege, con madre superiora o sin ella, lo que tienes que hacer es buscar al Señor y hacer su voluntad».

Así pues, fui a ver a un sacerdote, un intelectual y estudioso de las Escrituras. No quería ir con alguien de la renovación carismática por temor a que fuera demasiado entusiasta y dijera algo así como: «Bueno, déjate llevar por el Espíritu».

Cuando le conté mi historia a este sacerdote, me dijo: «¿Sabe?, si fuera Dios, le diría que desapareciera de mi vista. ¿Cuántas veces más quiere usted que Jesús le revele su voluntad? Lo único que el Señor necesita y le pide es que le diga *sí* como María. Dios respeta a sus hijos y sólo le pedirá que haga su voluntad. Usted no tiene poder, así que no tiene nada que ver con lo que pueda hacer. Lo que Dios le está pidiendo es si está dispuesta a darle el *sí* y permitirle usarla como instrumento suyo». Yo le respondí: «Pero padre, ¿cómo puedo saber cuándo debo orar? No puedo acercarme sin más a alguien que está enfermo y decirle que puedo orar por él para que sane físicamente». Sonrió y dijo: «Hermana, usted no tiene que decir nada a la gente. Si Jesús le ha llamado al ministerio de sanación, entonces Él conducirá a la gente hacia usted. Pero vamos a aclarar esto. La sanación física sólo es una faceta de la sanación. También está

la sanación de las emociones y recuerdos. Pero la sanación mayor es la sanación espiritual». Entonces tomó mi mano y dijo: «Hermana, vaya a casa, a su comunidad y viva su vida comunitaria. Haga lo que está llamada a hacer como hermana clarisa y si esta llamada es de Jesús, Él abrirá el camino».

Sanación espiritual

Durante los siguientes seis meses fui muy escéptica. La gente se sanaba, pero aún no creía que Jesús obrara a través de mí. Pensaba que yo tenía que cambiar totalmente y ser perfecta antes de que Él me usara. Pero el Señor todavía me tenía que enseñar muchas cosas. Tenía que aprender acerca de lo que Él consideraba la enfermedad más grave de todas.

Cierta tarde, una señora se levantó en una reunión de oración y pidió que rezase por una mujer que estaba ciega y parálitica. Mi reacción inmediata fue: «¿Ciega y parálitica? Eso es demasiado para mí, Señor». Apenas estaba empezando y aún no me daba cuenta de que yo era un mero instrumento. Sentí que Jesús me decía que debía ir a orar por la señora enferma. Lo hice.

Cuando fui a ver a esta mujer, me di cuenta de que la enfermedad puede hacer dos cosas: puede hacer que seamos santos, o puede amargarnos, dependiendo de la actitud y disposición hacia la oración.

Cuando entré, esta mujer estaba furiosa y había renunciado a Dios. Cuando le impuse las manos, dije una breve oración con ella y sentí un hormigueo, exactamente lo mismo que sentí en la capilla cuando recibí el don de sanación. Mientras oraba, me dije: «Briege, no le digas a esta mujer que va a sanar. Sabes que todo esto es psicológico y se va a decepcionar. Este hormigueo en tus manos viene de tu imaginación». Hice una oración con ella. En aquel entonces pensé que era una oración inofensiva y que no tendría consecuencias.

Algunos días después, ella envió a buscarme. Me dijo que había sido muy escéptica en cuanto a mí. Ninguna monja había orado con ella de esa manera y cuando le impuse las manos sobre su brazo parálítico pensó que le había clavado alfileres para causarle una buena impresión. Había sentido algo que recorría sus brazos. A medianoche recuperó la fuerza en ellos. Unos días después, recuperó la vista.

La actitud espiritual de la mujer cambió por completo. El Señor me enseñó que la sanación interior y la sanación espiritual eran más importantes. Si una persona se acerca a Jesús y su espíritu no está sanado, ¿de qué sirve todo eso? Es como el hombre que fue bajado a través del techo para que Jesús lo sanara (Mc 2, 1-12). Primero le dijo Jesús: «Tus pecados te son perdonados», después lo curó físicamente. Es más importante ser sanados del pecado. Ésa es la mayor enfermedad de todas.

En casa en Irlanda

Al verano siguiente, en 1972, fui a Irlanda. Las noticias acerca del ministerio habían llegado allí, aunque yo nunca hablaba del don de sanación porque sentía que lo que hacía era lo importante, no lo que decía. El padre de un amigo me dijo: «No creo en todo ese asunto de la sanación, pero una amiga mía está en el hospital y una oración no le hará daño».

Así que fui al hospital y oré por una mujer que se estaba muriendo de cáncer. Los médicos dijeron que no había esperanza. Al salir, me di cuenta de que había un pobre hombre que sufría de herpes y oré por él. Unos días después la mujer volvió a su casa totalmente curada. Cuando volvieron a examinarla, no encontraron nada malo en ella; y el hombre del herpes también se curó.

La ciudad estaba totalmente alterada buscando a la monja que podía curar. La gente telefoneaba y me venía a ver. Cada vez que veían a una monja con hábito marrón, corrían detrás de ella.

Mi padre dijo: «¿Sabes?, ya rezas bastante en América. Creía que estabas aquí de vacaciones». La gente le gritaba y silbaba mientras trabajaba en el campo, para preguntarle dónde podían encontrar a la hermana Briege. Él me decía: «Vaya, Briege, tienes muchos amigos...».

Pasé mucho tiempo con mi tía Lizzie, y hubo veces en que había hasta sesenta coches aparcados delante de su casa. Cuando yo estaba allí, ella no podía hacer nada con toda esa gente que venía buscándome y contándole todos sus males. A menudo me aseguraba que le reventaba la cabeza con tantas enfermedades.

Poco tiempo después de la sanación de la mujer con el cáncer y del hombre con herpes, y mientras oraba en la catedral de Newry, pensaba en mis muchas preocupaciones: ¿estaría yo llamando la atención sobre mí, con toda esa gente que hablaba de mi don y que me buscaba? Me decían: «Ten cuidado, porque te puedes meter en líos. Sabes que el obispo no sabe nada de todo esto. ¿Qué vas a hacer?». Y allí, sentada en un banco de la catedral, me dije: «Señor, mira, estoy en casa de vacaciones, ¿es tu voluntad que yo haga esto? No quiero hacer nada contra tu voluntad». Entonces le pedí que me enseñara a orar por las personas.

Mientras estaba orando, entró un anciano en la iglesia. Se arrodilló en el lado opuesto y después de un rato, me gritó: «hermana, ¿podría orar por mí?»; levantó el brazo y dijo: «Me caí de la bicicleta y me hice daño en la muñeca».

Le dije que viniera y le pregunté: «¿Ha oído hablar de mí?».

«No —respondió—, simplemente me di cuenta de que era una monja y pensé que podía pedirle una oración».

Oré por él y me prometió que rezaría un misterio del rosario por mí. Volvió a su sitio ante la estatua de Nuestra Señora y le oí rezar el rosario. A mitad de la decena me miró y dijo: «Dios mío, ésa fue una oración poderosa. ¿Podría escribirmela? El dolor y la hinchazón han desaparecido». Oí al Señor decirme: «¿Ves?, traje a un hombre de la calle. Por eso te he traído a casa, para que toques a mi pueblo». Ésa era la respuesta a mi primera pregunta.

Después el Señor me mostró una imagen de un teléfono rosa enorme que estaba sobre el sagrario. Creí que era una distracción e intenté apartarla de mi mente. Pero había estas palabras escritas bajo el aparato: «El teléfono es un medio de comunicación. Las personas hablan entre sí a través de él. Yo también lo puedo usar. Usa tú el teléfono. La gente te oirá a ti pero me sentirá a mí». Fue entonces cuando me dijo que orara por teléfono con la gente, que no era necesario que los viera, que lo único que tenía que hacer era unirme con ellos ante Jesús. Él no está limitado por el tiempo ni el espacio. Eso respondía a mi segunda pregunta.

Cuando volví a la casa general, una hermana me dijo que un hombre había llamado desde Inglaterra y que quería verme para que orara por él. Tenía un problema grave de piel. Le dije a la hermana: «No hace falta que venga, oraré por él por teléfono»; me miró y dijo: «¿También funciona así?»; le respondí: «No lo sé, pero probaremos». Cuando el hombre me llamó y oré por él, sanó totalmente.

Mientras estuve en Irlanda, una de las hermanas del colegio me dijo que una señora que trabajaba allí tenía una hija en el hospital con un problema de piel grave. No podía ir allí, pero le pedí que la madre me viniera a ver. Oré con la madre y en unos días la niña sanó por completo y su piel parecía la de un bebé.

Creo que el Señor me permitió que viera y tuviera la experiencia de estas sanaciones físicas, no ya por la gente sino por mí.

Jesús es el Maestro

La madre Angélica de Birmingham, Alabama, la monja franciscana que fundó la primera red de televisión católica por satélite, es ampliamente conocida por su inteligencia y sabiduría. Había dado un retiro para sacerdotes en Birmingham con el padre Harold Cohen de Nueva Orleans. La madre había oído hablar de mí, y me invitó a su monasterio para hacer un retiro.

Pensé que sería una buena oportunidad para aprender más sobre sanación, así que llegué con todo tipo de libros sobre el tema escritos por expertos reconocidos. Pensé que aprendería de ellos por qué la gente no sana, y así cuando me preguntaran, podría dar una respuesta rápidamente.

En el primer día, leí el primer capítulo de un libro, pero a la mañana siguiente no recordaba nada. Durante varios días no pude recordar nada de lo que leía. La madre Angélica me tomó de la mano y me llevó a la capilla. Señaló la custodia donde estaba expuesto el Santísimo y me dijo: «Si Jesús quisiera que fueras otra persona, te hubiera hecho otra persona. Él te hizo para que tú fueras Briege McKenna»; y dijo todavía señalando al Señor: «Ahí está el Maestro. No intentes copiar el estilo de otras personas. Ven a Jesús y deja que Él te enseñe».

Ese día me comprometí a pasar dos o tres horas diarias en oración personal. Entonces el Señor empezó a enseñarme que yo no tenía que dar respuesta a todas las preguntas. No todos serían sanados físicamente, pero eso no era asunto mío. Mi cometido no era defender a Jesús, sino proclamarlo.

El Señor vive en una tienda raída

SIGUIENDO EL CONSEJO DE la madre Angélica, hice mi compromiso de pasar diariamente dos o tres horas ante el Santísimo. Santa Clara, la fundadora de nuestra congregación religiosa, siempre es representada en estatuas y pinturas sosteniendo el Santísimo Sacramento en una custodia. La historia cuenta que cuando los enemigos atacaron Asís, donde ella vivía, Clara les hizo frente sosteniendo la custodia en alto y el poder de su fe en el Señor los hizo retroceder. La eucaristía está históricamente en el centro de nuestra vida en la Congregación de las Hermanas Clarisas.

Me comprometí a que donde quiera que fuera, en cualquier país, pasaría tres horas delante de Jesús Sacramentado. Ésta es la única petición que siempre he hecho a los obispos y sacerdotes en todo el mundo: que me alojen en una casa o convento o en algún lugar donde el Santísimo esté expuesto y que organicen mi programa de tal modo que yo pueda tener mi tiempo de oración.

Es asombroso cómo, cuando no he podido ir a un convento, el Señor se ha asegurado de que donde quiera que estuviera hubiese un lugar donde yo pudiera adorar el Santísimo Sacramento a pocas manzanas de distancia. Si nos comprometemos a hacer oración, Jesús no se deja ganar en generosidad.

Sin embargo, a veces he encontrado difícil que la gente comprenda que verdaderamente necesito esas tres horas enteras de oración. A algunas personas les resulta muy fácil encontrar motivos para que yo renuncie a ese tiempo. Les basta tan sólo con indicarme la gente que tiene necesidad de mi ministerio.

Por mi parte he tenido que recordarme continuamente que necesito a Jesús más de lo que la gente me necesita. Si yo no fuera a Jesús en la oración, no tendría nada que ofrecerles. No oro porque sea santa, sino porque quiero serlo y necesito que Jesús me enseñe.

La disciplina de estar ante el Señor es muy importante. Sólo cuando tu espíritu está en calma y cuando los sentidos están abiertos, puedes escuchar al Señor y experimentar la sabiduría y visiones internas que vienen del Espíritu Santo. Al principio, me resultaba difícil que Jesús me fuera a hablar y enseñar en esas horas de oración, pero hay muchas lecciones que aprendí del Señor a través de ella que han cambiado mi vida tanto como la vida de otros a quienes he podido servir.

Manteniendo el compromiso de orar

Ya tarde una noche, durante la intercesión para sacerdotes en Dublín, Irlanda, el padre Kevin Scallon me pidió que ejerciera mi ministerio mientras los sacerdotes hacían su oración, tiempo que yo había establecido como una de mis horas de oración. De hecho, mi ministerio de intercesión hacía mucha falta ahí. No quería rechazar esta petición, que parecía bastante razonable, pero al mismo tiempo me sentí muy mal al tener que renunciar a esta hora de oración.

Le dije que contase conmigo. Antes de irme a la cama, ya tarde esa noche, puse una nota en el tablón de anuncios avisando a los sacerdotes de que estaría disponible, previa cita, para atenderles mientras los demás oraban ante el Santísimo Sacramento.

Sólo el padre Kevin y yo sabíamos que había decidido renunciar a esa hora de oración para servirles. Pero justamente por la mañana, un sacerdote mayor se me acercó y me dijo en el pasillo: «Hermana Briega, sé que usted ora, pero tengo algo que decirle y no sé cómo hacerlo». Le costó trabajo ir al grano y me pregunté qué iría a decirme. Finalmente me contó que la noche anterior no se podía dormir porque al ir a la cama oyó una voz interior que le decía: «Vete a la hermana Briega y dile que la hora que regaló es mi tiempo y que quiero esa hora para mí».

Después de decírmelo, me miró, sonrió y me dijo: «No tiene mucho sentido, ¿verdad?». Poco sabía él cuánto sentido tenía para mí. Le di las gracias. Fue en ese momento cuando me di cuenta de lo mucho que Jesús quería que mantuviera mi compromiso, no porque Él me necesitara, sino porque Él quería amarme e instruirme. A veces olvidamos que Jesús es una persona viva, que nos espera. Ahí está Él, esperándome. Ésta fue una gran lección para mí. No estoy comprometiendo esas tres horas para dedicarlas a un proyecto, sino a una persona viva, y esa persona viva es Jesús, que siempre está ahí. Está ahí, no por lo que yo pueda darle, sino por lo que Él me pueda dar a mí.

Fui al padre Kevin y le conté lo del anciano sacerdote. Inmediatamente me pidió que cancelara los planes y que volviera a mi programa original. Entonces entré en la capilla donde todos los demás estaban adorando el Santísimo Sacramento y orando. Me senté, sintiéndome un poco culpable de que el Señor me hubiera tenido que recordar mi compromiso. Cuando cerré los ojos, el Señor me dio una imagen de un monasterio que estaba rodeado por un muro con una puerta. Atravesé la puerta y llegué a otra puerta que tenía un cartel que decía: *clausura*. Miré esta puerta y el Señor me dijo: «¿Ves Briega?, en esa puerta dice *clausura*. No puedes entrar ahí. La gente que está ahí no sale, porque han hecho un compromiso para vivir su vida apartada del mundo. Es únicamente para recordarte —continuó el Señor— que éstas son sólo murallas materiales y que eso no es

lo que hace a un contemplativo. Lo que hace a alguien contemplativo es la clausura del corazón».

Entonces el Señor me reveló que aunque no sea una monja de clausura, debo tener un espíritu contemplativo. Tengo que ser una mujer que en momentos especiales pueda cerrar el claustro de mi corazón y no permitir a nadie más entrar en él, que esos tiempos especiales son sólo para el Señor. Antes de comprometerme con alguien, debo preguntarme si he mantenido mi compromiso con Jesús.

Me volví más consciente de la necesidad de ser fiel en la oración porque ésta es un don de Dios. Para cooperar con este don, debo tener la disciplina de dedicarle tiempo, y así Dios me dará la gracia y me enseñará a orar. Él me transformará a través de la oración.

Qué sucede en la oración

No es fácil estar ante el Señor. A veces podemos sentirnos aburridos o sin nada que decir; o podemos distraernos con asuntos muy serios. Es fácil decir: «¿Para qué sirve lo que hago?» o «¿De veras me estará haciendo bien? ¡No siento nada!». Puede parecer nos que nada sucede mientras estamos orando, pero la prueba del poder de la oración se verá más adelante, cuando trabajamos o servimos en nuestro ministerio. Nos damos cuenta de la fuerza interior que recibimos de la oración, así como la visión interior y la sabiduría que el Señor nos da cuando las necesitamos.

Cuando menciono que paso tres horas diarias en oración, a veces me dicen: «¿De dónde saca el tiempo?» o «¿Qué dice en tres horas? Yo me aburriría». Algunos me dicen: «Yo ni siquiera puedo orar durante media hora».

El Señor me pidió tres horas; pero no se lo pide a todo el mundo. Para un laico o un sacerdote o una religiosa que trabajan a tiempo completo, tres horas pueden parecer algo imposi-

ble o incluso no ser aconsejables. Pero ya seas sacerdote, religiosa, laico o diácono, tienes que encontrar un tiempo para orar. Creo que aquéllos de nosotros que estamos comprometidos en la Iglesia deberíamos dedicar al Señor al menos una hora diaria de oración. Pero cada persona tiene que encontrar el tiempo que sea conveniente según su propia vocación.

Siendo religiosa y viviendo en un convento, me siento muy privilegiada de tener el Santísimo Sacramento en mi propia casa. Puedo acudir al Señor en cualquier momento. Pero animo a todo el mundo a tener un lugar especial, un rincón, o una habitación reservada para la oración... Este lugar especial, con un icono o imagen de Jesús, os ayudará a dejar de lado por un momento las preocupaciones del mundo y os ayudará a tener una relación profunda con el Señor. A través de esta disciplina en la oración, Jesús me ha enseñado mucho sobre la sanación. Me ha mostrado cómo diferentes pasajes de las Escrituras están relacionados con lo que estaba enseñando; porque siempre estaba enseñando cuando sanaba. Me ha mostrado cómo su enseñanza y las Escrituras están relacionadas con mi propio ministerio en la época actual.

Me gustaría compartir una enseñanza que recibí un día, estando ante el Señor. Sólo miraba y adoraba el Santísimo Sacramento y decía al Señor que no tenía mucho que decirle excepto que lo amaba. Sentí como si el Señor me dijera: «Bueno, ¿sabes que no me tienes que decir nada? Simplemente quédate conmigo, entra en mi presencia. No es lo que tú hagas por mí, es lo que Yo quiero hacer por ti». Entonces vi la imagen de un hombre que salía de su casa y se sentaba al sol. Mientras estuvo sentado al sol, no hacía nada, pero empezó a cambiar de color. Los que le vieron sabían que había estado tomando el sol porque su piel lo mostraba. El hombre también lo sabía, porque sintió los efectos del sol: el calor y la luz. Oí que el Señor me decía: «Lo mismo ocurre cuando estás en mi presencia. Sentirás los efectos del tiempo que pasaste conmigo y la gente lo verá en tu forma de actuar».

Fue una gran enseñanza para mí saber que no siempre tenía que estar diciéndole cosas a Jesús, sino que lo único que tenía que hacer era estar ahí con Él.

Oración y santidad

La oración nos mantiene en contacto con Jesús. Nos hace conscientes de lo que es santo. La oración nos ayuda a discernir lo que viene de Dios. También nos hace sentir lo que no es santo de lo que viene de Dios.

Mi propio tiempo de oración personal me dio una nueva percepción de cómo está creciendo el pecado en el mundo. También me ha hecho darme cuenta de que puedo estar pasando por alto los pecados e imperfecciones de mi propia vida, mientras veo todo el pecado del mundo.

Fui a Nueva Orleans para un retiro de cinco días. Una noche me desperté sobresaltada. Cuando me incorporé miré al techo y ahí, como si estuviera viendo en una pantalla, había un jardín precioso. El jardín tenía muchas flores y entre estas flores había pequeñas hierbas. El Señor me dijo: «Briege, ésta es tu alma». Las flores representan las virtudes que intentaba cultivar en mi esfuerzo por ser santa. Pero a la vez, al caminar por el jardín admirando las flores, miraba las hierbas y decía: «Bah, son muy pequeñas y no causarán ningún daño». Me vi dando unas palmaditas a las hierbas diciéndoles: «No me voy a ocupar de vosotras porque sois sólo unas hierbas muy pequeñas». Entonces el Señor me dijo: «Esas hierbas representan el pecado. Te estás comparando con el mundo, con todo el mal que hay en el mundo». Sabéis cómo es esto. Oímos las cosas terribles que ocurren en el mundo y entonces decimos: «Oh, pero no mato, ni robo, ni trafico con drogas. Tampoco vendo mi cuerpo en prostitución...».

El Señor me dijo: «No has sido llamada para compararte con el mundo. Tú estás llamada a compararte conmigo. Yo soy tu

modelo, no el mundo. No debes aceptar el pecado jamás». Me di cuenta de que estaba cayendo en la misma trampa que yo predicaba. No estaba vigilando el pecado en mi propia vida. Al seguir mirando la imagen, vi entrar al jardinero. Me miró y me dijo: «Si me lo permites, Yo erradicaré esas hierbas por ti. Entonces las flores tendrán un color más brillante y tu jardín crecerá mejor».

La mayor enfermedad de hoy no es la enfermedad del cuerpo, sino la del alma. La enfermedad del alma sólo puede ser sanada por el médico divino. El Señor me mostró que el sacramento de reconciliación era el medio que Él usaba para erradicar el pecado, que éste es un gran sacramento que nos ayuda a crecer en santidad. En este sacramento, Jesús vivo viene a combatir al enemigo de nuestra alma.

El Señor me mostró otras dos cosas a través de esta imagen:

Primero, no puedo salvarme por mí misma. No puedo embellecer mi jardín por mí misma. No puedo llegar a ser santa por mí misma, tengo que reconocer que soy pecadora. Si no lo hago, seré engreída y soberbia.

Segundo, aprendí el valor del arrepentimiento y la belleza de la confesión. La confesión es acudir a Jesús que me ama, y quiere que refleje su amor y su belleza. Quiere que comprenda que su amor por mí le llevó a sufrir su pasión y su muerte.

El padre Frank Sullivan, un profesor de Teología en la Universidad Gregoriana de Roma, dijo una vez: «Si quiere saber lo que Dios piensa del pecado, lea la pasión de Jesús». La pasión de Jesús nos muestra lo que Dios piensa del pecado, cuán despreciable lo encuentra. En ella también vemos el gran amor de Jesús a su Padre y a cada uno de nosotros. Vemos que nos ama tanto que está dispuesto a sufrir y morir en nuestro lugar.

Como resultado de esta visión que tuve del Señor, me encontré arrodillada al lado de mi cama. Hice un compromiso con el Señor: intentaría confesarme cada dos semanas.

Cuando comparto esto con las personas, a veces me preguntan: «¿Qué le dice al sacerdote? Yo no sabría qué decirle».

Siempre les respondo: «Pregunta a cualquiera que viva contigo y ellos te dirán tus pecados».

La belleza de la confesión

Acudir a la confesión con regularidad me ha hecho apreciar más este sacramento. A menudo pregunto por qué la gente no va a confesarse hoy más a menudo. No puede ser que estemos pecando menos, o ¿acaso habremos perdido el aprecio por el sacramento de la reconciliación porque ya no nos damos cuenta de lo terrible que es el pecado? ¿O es que ya no apreciamos el sufrimiento y muerte de Jesús, que murió por nosotros? ¿Es que ya no nos damos cuenta de que todo lo que tenemos que hacer es reclamar los beneficios de sus sufrimientos a través de la confesión de nuestros pecados y acogernos a su misericordia?

Es mucho más fácil luchar por la santidad cuando acudimos regularmente a Jesús a través de este sacramento. Es un gran consuelo espiritual y un recordatorio del gran amor de Jesús poder acercarnos al sacerdote y escuchar esas hermosas palabras: «Tus pecados te son perdonados». Mientras nos esforzamos por evitar el pecado, sabemos que en el sacramento de la reconciliación somos purificados y podemos comenzar de nuevo otra vez.

A menudo recuerdo, pensando en cómo luchamos contra el pecado, a Jesús en su camino al Calvario. Él cayó varias veces, pero siempre se volvió a levantar. Somos llamados a luchar continuamente para alcanzar la santidad.

Luchar por la santidad significa admitir que, aunque soy débil y voy a volver a pecar de nuevo, tengo que levantarme y seguir adelante. Como católica, no hay mejor forma de mostrar mi deseo de santidad que acudir a Jesús pidiéndole que me perdone y que me dé la gracia para seguir adelante.

Gracias a que acudo con frecuencia al sacramento de la reconciliación, el Señor ha dirigido a la gente hacia mí. Vienen a hablarme de su vida interior, de sus problemas morales.

En una ocasión, cuando viajaba en avión, el sobrecargo se me acercó y me preguntó si podía hablar conmigo. Lo llamaré Arturo, aunque éste no es su verdadero nombre. Arturo me dijo que era católico e iba a misa todos los domingos, pero que tenía un problema moral muy grave. Le daba miedo ir a confesarse. No se había confesado en diez años. Le asustaba hablar con un sacerdote porque diez años atrás tuvo una mala experiencia en la confesión. Me explicó su problema ampliamente, estaba llorando. Dijo: «Hermana, no sé qué hacer, estoy aterrado. Sé que iré al infierno. Hago todo lo que puedo para reparar el mal que hago, pero parece que no puedo superarlo».

Le miré y le dije: «¿Sabes, Arturo?, no hace falta que te metas en un confesionario para confesarte». Le hablé del nuevo rito de reconciliación y cómo entendía yo este sacramento. Me dijo que no sabía cómo confesarse; no lo había hecho en años. Le dije: «Bueno, te acabas de confesar conmigo, pero yo no soy sacerdote y no te puedo dar la absolución. Lo que me has dicho a mí, deberías ir a decírselo a un sacerdote». «¿Es así cómo se confiesa uno?», me dijo. Esto me hizo darme cuenta de que mucha gente no va a confesarse porque ha olvidado cómo hacerlo, y no porque no quiera ir. Ha habido muchos cambios en la Iglesia católica y la gente siente que el sacerdote va a pensar mal de ellos si acuden a él en busca de reconciliación, y además no saben cómo empezar.

Tomé la mano de Arturo y le dije: «Voy a hacer una oración por ti y le voy a pedir a Jesús que te dé el valor. Y hablaré con un sacerdote para que te vea».

Al empezar a orar por él, el Señor me dio dos imágenes que, tanto para mi vida como para la de Arturo, fueron muy reveladoras. En la primera imagen, vi a Arturo atrapado en una red, como si alguien la hubiera lanzado sobre él y estuviera inmobilizado. Entonces vi cómo un hombre se acercaba a él, abría la

red y le sacaba de ella. La red representaba el pecado; el hombre que abrió la red era el sacerdote que Dios usa para darnos una prueba tangible de perdón y sanación.

En la segunda imagen, vi a un hombre cerca de un iceberg. Tenía un pequeño pincho. Con él estaba pinchando el iceberg hasta conseguir derribarlo por debajo del nivel del agua, y quedó muy satisfecho. Por lo menos había logrado eso. Se fue, pero cuando se dio la vuelta y miró hacia atrás el iceberg había vuelto a emerger. El Señor me mostró que Arturo estaba haciendo actos de reparación a Dios por el pecado. Estaba intentando probar a Dios que le amaba y que realmente era sincero al hacer toda clase de buenas obras. Arturo estaba intentando santificarse y superar su naturaleza pecadora sin la ayuda de Dios.

A Arturo le resultaba difícil aceptar que Jesús fuera a perdonarle. No llegaba a comprender que Jesús había venido a salvar a los pecadores, no a los justos. Le expliqué que el sacramento de reconciliación no es sólo para limpiar los pecados ya cometidos, sino que la gracia del sacramento nos permite erradicar los hábitos pecaminosos de nuestras vidas.

Mientras hablaba con Arturo me di cuenta de que cuanto más frecuente el sacramento de la reconciliación, menos caigo en mis propios pecados. El sacramento me da esperanza en la misericordia del Señor y fortaleza ante la tentación.

Arturo hizo un compromiso en el avión. Dijo: «Hermana, encuéntreme un sacerdote e iré a confesarme». Se confesó después de diez años. El sacerdote fue compasivo y pudo llevarle a un arrepentimiento sincero y a vivir una experiencia real de conversión.

Tres meses después tuve ocasión de hablar otra vez con ese joven. Me dijo que se confesaba casi todas las semanas y añadió: «¿Sabe?, todavía sigo teniendo tentaciones, pero no he vuelto a caer en ese pecado. Dios me ha enseñado que la tentación no es un pecado y que puedo volver a Él y me da la fuerza para superar el pecado. Le doy las gracias por haberme enseñado».

do que Jesús no es un juez despiadado, sino compasivo y que desea abrazarme y recibirme como al hijo pródigo».

Hablando del pecado, arrepentimiento y crecimiento espiritual, tenemos que darnos cuenta de que el Maligno tiene un arma muy sutil que usa para desanimar a las almas en su búsqueda de Dios. Esta arma es la culpa.

Ciertamente existe una culpa saludable. Cuando hemos hecho algo mal y nos sentimos culpables, eso es que nuestra conciencia nos habla. Así sabemos que tenemos que confesarnos y arrepentirnos. Pero hay personas que tienen un terrible sentimiento de culpa aun después de haberse confesado. Esto les despoja del gozo que da el recibir el perdón de Dios en una forma personal y consciente. No ser capaz de perdonarse a sí mismo es soberbia.

Cuando vamos a confesarnos, nos damos cuenta de que hemos caído, pero Jesús nos perdona. Ésa es la belleza de nuestro Dios, que es bueno y compasivo. Como dice san Pablo: «Mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Rom 5, 8). Eso significa que aun estando en pecado, nos ama.

Uno de mis pasajes favoritos del Evangelio es cuando Pedro le dice a Jesús: «Aunque todos te abandonen, yo no», y Jesús le dice: «Yo te aseguro: hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres» (Mc 14, 29-30).

Es cierto que Pedro negó al Señor, pero cuando el Señor lo miró, él se arrepintió y lloró amargamente su pecado (Mc 14, 72). Pedro se perdonó a sí mismo. Si no lo hubiera hecho, no hubiera podido asumir la tarea que el Señor le asignó: guiar a sus hermanos y confirmarlos en la fe. La diferencia entre Pedro y Judas fue la habilidad de Pedro para decir: «Bueno, he pecado y he negado a mi Señor, pero Él me ha perdonado». Judas no pudo perdonarse a sí mismo y tampoco fue capaz de aceptar el perdón de Dios.

No debemos permitir que la culpa nos derrumbe. No debe llevarnos al desaliento ni a la depresión. Debemos humillarnos una y otra vez y decir: «Jesús, lo he vuelto a hacer; por favor perdóname». Y volvemos a levantar y seguir adelante.

Qué hacer en la oración

Una parte de vuestro compromiso con la oración es levantarse y seguir adelante. La oración es disciplinada. No es algo fortuito. Está organizada hasta cierto punto. Me gustaría compartir cómo paso mis tres horas de oración, y cómo el Señor me ha ayudado a crecer en mi vida de oración.

Cuando entro en la capilla, primero paso un rato alabando a Dios. Oro en lenguas y alabo al Señor. Doy gracias a Dios por ser el Señor. Jesús dijo: «Si mi pueblo no me alaba, gritarán las piedras» (Lc 19, 40). Si alguna vez te resulta difícil alabar al Señor, coge los Salmos, porque están llenos de alabanzas.

Encuentro que en mi propio tiempo de oración la alabanza me saca de las distracciones de la vida diaria y me ayuda a abrirme al Espíritu. No somos como una radio. No podemos desconectar de lo que estábamos haciendo y de golpe quedar absortos en Dios. Uno arrastra consigo lo que ha estado haciendo a lo largo del día, y los acontecimientos que le preocupan. Cuando los llevamos con nosotros a la oración, la única forma de evitar que se conviertan en distracción es someterlos al Señor en un espíritu de alabanza.

También leo la Sagrada Escritura. Creo que todo lo escrito en la Palabra de Dios contiene un mensaje para cada uno de nosotros, especialmente las lecturas de la misa diaria. Da igual la hora que sea, en algún lugar del mundo en ese día, esas Escrituras están siendo proclamadas. A menudo pienso que en algún lugar, alguna persona se está convirtiendo por ese Evangelio. Creo que no hay mejor camino para llegar a estar en unión con

la mente y el espíritu de la Iglesia que leer esas lecturas diarias. Yo las leo y releo muchas veces e intento meterme en esos pasajes, para descubrir qué me quieren decir a mí en particular.

También rezo el rosario. Se me conoce por la rapidez con que lo rezo en grupo, pero durante mi tiempo de oración lo hago lentamente meditando los Misterios.

Luego, tan sólo me quedo ahí y hablo con Jesús. Lo primero que hace una persona cuando habla con otra es mirarla a los ojos. Si alguien dice: «Hola», tú miras a esa persona. Si la persona sigue hablándote, tú seguirás mirándola.

Cuando santa Teresa habló de reconocer la presencia del Señor, dijo: «La incapacidad de darse cuenta de que alguien está ahí, de que Dios está ahí, es la raíz de todos nuestros problemas en la oración. No hacemos con Él lo que esperamos que otros hagan con nosotros cuando nos hablan; que es mirarlo».

Tenemos dificultades para imaginarnos a Jesús realmente presente delante de nosotros. Ésta es la razón por la cual santa Teresa habla del valor de las imágenes sagradas, de los iconos. Para nosotros, católicos, la eucaristía nos ayuda a centrarnos en la presencia real, tangible de Jesús.

Tengo una preciosa imagen de la Santa Faz de Jesús y a menudo la uso para hablarle. Lo interesante del caso es que si empezamos a hablarle y aprendemos a escuchar, entonces Él empieza a responder y a hablarnos. Éste es el magnífico camino de santa Teresa en la oración: «Sólo míralo».

Dijo: «Antes de empezar a orar y mientras oras, deja que tu mirada interior descanse en Aquél que está ahí, y si te distraes, renueva tu mirada. Recordemos que Jesús nos está mirando y que nosotros lo estamos mirando a Él».

Finalmente, nadie te puede enseñar a orar, sino Jesús. La falta de instrucción no es problema. Hay muchos libros que nos ayudan y nos guían en la oración. Pero el problema es dedicar tiempo para la oración, estar dispuestos a ir a sentarnos delante de Jesús. Fijaos en Jesús con los apóstoles. No sólo los instru-

yó; Él los llevó consigo, pasó tiempo con ellos. La oración realmente comienza cuando pasamos tiempo con Jesús.

La tienda raída

Como joven religiosa, a menudo oigo charlas sobre vivir en la presencia de Dios. En la sociedad actual, a causa de tanto ruido y la dificultad de encontrar lugares en silencio, la gente dice que le resulta difícil sentir a Jesús.

Hace algunos años, en mi retiro anual, me vi sometida a terribles tentaciones y al desaliento. Esa noche tuve todas las tentaciones que se te pueden ocurrir. Cuando iba a misa a la mañana siguiente, me sentía abatida y desanimada por los ataques y tentaciones de la noche anterior.

Cuando iba a comulgar, hice un acto de fe. Dije: «Jesús, sé que te estoy recibiendo, pero me siento tan desanimada, tan deprimida y tan indigna de recibirte...».

Así fue como me sentía al comulgar. Al recibir la Sagrada Forma, me di la vuelta para volver a mi sitio y recibí una imagen clara de una tienda. Recuerdo que al mirarla pensé: «Vaya, esa pobre tienda está muy estropeada», y al examinarla me dije: «Ha debido de pasar por una terrible tormenta». Al llegar a mi banco y arrodillarme, vi que un hombre entraba en la tienda. Me vi en la imagen diciendo al hombre: «Oh, no puede entrar aquí, está todo desordenado. Está estropeada, tiene agujeros muy grandes». El hombre me miró y sonriendo me dijo: «¿Qué quieres decir? Yo vivo aquí».

En ese momento me di cuenta de que la tienda raída era yo, que había sido estropeada por las tentaciones y por el desaliento y todas esas cosas que me habían atormentado durante la noche. Ahora, Jesús me estaba mostrando que, estropeada y todo, Él seguía haciendo su morada en mí; y que acababa de venir a mí bajo la forma de la Sagrada Hostia.

Fue algo muy humillante: ¡nunca había pensado en mí misma como en una tienda raída! Entonces sentí como si Jesús me llevara a la tienda. Le vi sentado a la mesa y yo estaba sentada enfrente de Él. Me cogió ambas manos y me habló desde el otro lado de la mesa. Mientras me hablaba, yo miraba la tienda y decía: «Oh, Dios mío, ¡mira esta tienda! ¿Qué pensará la gente? ¡En qué desorden está la tienda!». Me disculpé y aparté mis manos de las de Jesús, empujé la silla y me levanté. Pensaba: «¿Qué dirán de mí si ven estos agujeros?». Me puse inmediatamente a arreglar la tienda para que se viera bien ante los demás. Fue entonces cuando sentí que Jesús me sentaba de nuevo con mucha delicadeza. Me miró, con mucho amor y me dijo: «Briege, si te preocupas por estos agujeros y trabajas arreglándolos, entonces te olvidarás de mí. Pero si te preocupas por mí, yo repararé tu tienda».

Me di cuenta de que estaba pasando demasiado tiempo preocupándome de las tentaciones y de mis pecados, de cómo les iba a hacer frente y de lo que las demás personas pensaban. El Señor me mostró que la conversión y el arrepentimiento ocurren cuando sólo nos preocupamos de Jesús y nos volvemos hacia Él. Cuando te vuelves hacia Jesús, automáticamente te apartas del pecado. No puedes prestar toda tu atención a Jesús y al mismo tiempo pecar.

Eso es lo que les ocurrió a todos los grandes santos de la Iglesia: ellos se volvieron hacia Jesús, y se apartaron del pecado. Mirad a san Francisco de Asís. Estaba sólo preocupado por Jesús, y se olvidó de todas las cosas que quería hacer en su vida, y Dios se hizo cargo de ellas. Lo mismo se puede aplicar a san Pablo, san Pedro, san Ignacio, santa María Magdalena, y santo Tomás de Aquino, por nombrar unos pocos.

Todos tenemos que recordar que cuando pecamos, no tenemos que preocuparnos por el pecado y seguir pensando en él, sino volvernos a Jesús. Cuando empieces a intentar complacerle y vivir por Él, entonces Él cambiará tu vida.

El Señor me mostró esta segunda lección usando la tienda de campaña. Una vez más estaba sentada a la mesa con Él. Me asomé fuera de la tienda y vi gente con muchos problemas, enfermedades y dificultades viniendo hacia la tienda. Dije: «Oh, tengo que irme, porque toda esa gente me necesita.». Me levanté de un salto y dije: «Oh, Dios mío, ¿cómo voy a manejar todos esos problemas, tanta gente y tantos disgustos?». Mientras estaba de pie en la puerta de la tienda, intentando pensar cómo iba a ayudarles, volví a sentir que la mano de Jesús me llevaba de nuevo hacia dentro. Sacudiendo su dedo con una sonrisa me dijo: «Ellos no vienen a ti para que les resuelvas sus problemas. Sólo vienen a ti porque Yo vivo en ti. Si te levantas y dices “Tengo que hacerlo” entonces te olvidarás de que Yo soy quien sana y quien da la paz. Yo soy el que sana a los enfermos. Lo único que necesito de ti es que seas el instrumento. Así que siéntate y deja que Yo vaya a la puerta». Me vi sonriendo mientras decía a Jesús: «Sí, ahora sé por qué dijiste que cuando alguien confía en ti no fracasa. Si yo intento hacer las cosas por mí misma, fracasaré».

A partir de esa experiencia, fui más consciente de que es Jesús quien tiene el poder y quien realiza toda la obra. Como dice san Pablo: «No soy yo quien vive, es Cristo que vive en mí» (Gál 2, 20).

Frecuentemente, cuando recibo invitaciones para ir por todo el mundo a hablar a todo tipo de personas (obispos, sacerdotes, médicos...), suelo pensar: «No puedo hacerlo». Y oigo cómo Jesús me dice: «Tú no puedes, déjame hacerlo a través de ti». Es cierto, yo no puedo hacerlo. El día que crea que puedo, será porque me he escapado y lo he dejado a Él sentado solo a la mesa, en esa tienda raída.

El día que intente hacerlo por mí misma, quedaré frustrada y cometeré muchos errores. Será el día en que Briege empiece a querer edificar su propio reino en vez del Reino de Dios.

El Señor es quien sana

JESÚS ES QUIEN SANA. Él tiene una forma de sanar, que se encuentra en la Sagrada Escritura. Cada sanación que Jesús realizó estuvo unida a una enseñanza. Él no sanaba y dejaba la cosa así, sino que con cada oportunidad instruía a sus discípulos.

Al caminar diariamente con el Señor en la oración, Él empezó a enseñarme más y más sobre su ministerio de sanación. Me capacitó para que fuera más efectiva dejando que Él obrara a través de mí.

Al principio del ministerio de sanación, había muchas cosas que no comprendía. Una de las preguntas que me hacía mucha gente, y yo también me hacía, era: «¿Qué ocurre cuando oras por personas y no mejoran, cuando se mueren, cuando el Señor responde llevándoselas con Él? ¿Cómo consuelas a sus seres queridos en esa dolorosa experiencia, cuando ellos habían orado esperando una sanación?». A través de una experiencia así, yo aprendí una definición de sanación. Hoy empleo esta definición cuando me preguntan en qué consiste el ministerio de sanación.

Decirle sí a Dios

Hace algunos años, el padre de una niña de 9 años vino a verme. Estaba destrozado. Era su única hija y se estaba murien-

do de leucemia. Había oído que el Señor me había usado como instrumento suyo para llevar la sanación a personas con leucemia, especialmente a niños. Desesperado me dijo: «Lo he probado todo, y nada ha funcionado, incluso he probado con Jesús. Pero Él no ha hecho nada, así que ahora depende de usted». Le respondí: «Si olvida que yo sólo trabajo para Jesús, que yo sólo soy su instrumento, se va a volver a decepcionar».

Fui al hospital con él, esperando al menos poder consolarle. La niña estaba en la cama moribunda, con grandes dolores. Cuando me arrodillé y tomé su manita, era como si a través de ella me transmitiera el siguiente mensaje: «No necesito sanación, es mi padre el que la necesita. Yo estoy feliz de irme».

Decidí que tenía que hablar con el padre, porque estaba intentando presionarme diciendo que su hija se iba a sanar, porque eso era lo que quería oír. Si la hermana Briege dijera eso, le haría sentirse bien.

Mientras estaba arrodillada al lado de la niña, me hubiera gustado poder decir: «Se va a sanar como ustedes desean», pero entonces yo estaría tomando el lugar de Dios; estaría asumiendo una postura en la que permitiría que la compasión hablara en mi lugar. La compasión es buena, pero no debe usurpar el puesto de Dios ni hablar por Él. El padre y yo abandonamos el pabellón y salimos a la sala de espera. Allí hablé con él y con su esposa. Tomé las manos de ambos y les dije: «Me encantaría decirles que Mary se va a sanar del modo que ustedes desean, pero yo no sé cómo va a ser curada. Lo que sé es que Jesús no va a defraudarlos, porque Él los quiere, y a su pequeña Mary, mucho más de lo que nadie pueda amarla. Él les dará la fortaleza que necesitan y sanará a Mary del modo que Él considere mejor».

Los padres de la niña no podían aceptar lo que les acababa de decir. Estaban destrozados. Cuando salí del hospital, hubiera querido poder curar a Mary, pero sabía que no podía hacerlo. Esta revelación de que no podemos hacer lo que queremos,

demuestra que somos tan sólo instrumentos, que no tenemos control sobre lo que Dios hace.

La gente a menudo actúa como si pudiera manipular a Dios para que hiciese lo que ellos quieren que haga. Si crees suficientemente o dices lo correcto y si tienes suficiente fe, Dios tiene que actuar. Pero a través de esta experiencia, Dios me enseñó que Él no cambia para favorecernos. Mientras oramos, y a través de la oración, nosotros cambiamos para adaptarnos a la voluntad de Dios. Cuando entendemos esto, aceptamos las situaciones difíciles, porque Dios nos da la fuerza, gracia y visión. Nos muestra su voluntad con mayor claridad.

Unos tres días después de mi visita al hospital, me llamaron los padres para decirme que la pequeña Mary había muerto. Inmediatamente pensé: «Será mejor que vaya a verles porque deben de estar destrozados». Nunca olvidaré a esta niña en el ataúd en la funeraria, sus padres estaban de pie a su lado. El padre se acercó a mí, me abrazó y me dijo: «Hermana Briega, quiero darle las gracias». Se volvió, extendió su mano señalando a la niña y dijo: «¿Sabe?, ahora me doy cuenta de que la sanación no consiste en conseguir que las cosas salgan como uno quiere, sino en recibir la fortaleza y la gracia de decir *sí* a lo que Dios quiere. Ahora me doy cuenta de que Mary no era mía. Me fue entregada para que la nutriera, la amara y la cuidara, pero ella era del Señor. ¿Y quién soy yo para decirle a Dios lo que debe hacer? Pero quiero decirle que hace dos días no lo hubiera aceptado. Una hora antes de que muriera, no lo aceptaba. Ahora comprendo que Dios no nos da la fortaleza para algo a lo que vamos a tener que enfrentarnos dentro de un mes o dentro de dos semanas. Él nos da la fortaleza cuando la necesitamos. Simplemente quiero darle las gracias. Mary fue sanada y se fue al cielo, pero yo, su padre, me quedé aquí para hablarle a los demás de la belleza de la fortaleza que nos da el Señor y que Él siempre responde a nuestras oraciones».

Lo que ese padre dijo nos muestra algo de lo que realmente es la sanación. La sanación es decir *sí* a Dios. Cuando nosotros, como hijos de Dios, podamos decirle que *sí*, nunca seremos heridos. El Señor nunca haría nada en nuestra vida que pudiera lastimarnos. Él es un Dios de amor. Cuando nos resistimos y no queremos enfrentarnos a las cosas y decimos *no*, es cuando nosotros mismos nos dañamos.

Veo que mi misión en este ministerio de sanación es ayudar a la gente en cualquier estado de vida para decirle *sí* a Dios, tal como yo misma debo decirle *sí* en mi propia vida diaria.

Veamos algunos pasajes del Evangelio para ver cómo Jesús sanó durante su ministerio en la tierra, y cómo la gente le seguía cuando la sanaba. Esta reflexión nos ayudará a entender mejor cómo nos sana Jesús hoy. Dios sigue siendo el mismo hoy como entonces y nosotros no somos tan diferentes de las personas que vivieron en tiempos del Nuevo Testamento.

El paralítico

Jesús estaba hablando en una casa llena de gente. Había tantas personas, que llegaban hasta el patio. Habían ido a escuchar a Jesús que ya era famoso como un gran taumaturgo.

Unos hombres tenían un amigo que era paralítico, y por supuesto, como suelen hacer los buenos amigos, decidieron llevarlo a Jesús. Como no podía andar, lo llevaron en una camilla. Si realmente amas a alguien, lo llevas a Jesús.

Al llegar allí, nos cuenta el Evangelio, había tanta gente que no podían entrar. Pero perseveraron, treparon hasta el tejado, quitaron unas tejas, y por ahí bajaron al hombre hasta dejarlo a los pies de Jesús. El Señor vio que el hombre estaba paralítico, sus piernas estaban inertes, y por eso sus amigos le habían llevado, no le habían llevado por ninguna otra razón, sino para que sus piernas se curaran. Pero cuando Jesús lo miró, vio más allá de las

piernas paralíticas. Vio lo que era más importante. La peor parálisis de todas es la del alma, que es causada por el pecado. Jesús vio su alma y le dijo: «Tus pecados te son perdonados». La gente empezó a murmurar diciendo: «¿Qué autoridad tiene éste para perdonar los pecados?, ¿quién es Él para hablar así?».

Al reflexionar sobre este pasaje del Evangelio, el Señor me mostró que nuestras vidas necesitan tener orden y prioridades. ¿Qué es más importante: la sanación física de piernas inmóviles o la sanación espiritual?

Es mucho más importante para nosotros buscar la sanación del alma. Sabéis los millones de dólares que se emplean en investigación para curar el cuerpo. Eso es bueno. El Señor quiere que usemos recursos para encontrar curas. Sin embargo, parece que no tenemos el mismo celo para deshacernos del pecado que causa la enfermedad del alma.

Mucha gente viene a verme para sanarse físicamente, y no tiene ningún interés en la sanación espiritual. En una ocasión un hombre me llamó por teléfono y me dijo que tenía una pierna muy mal. Le respondí: «Oraré con usted para que reciba una sanación espiritual y también física». Él me respondió: «No se preocupe, no se moleste por la sanación espiritual, lo único que necesita sanación es mi pierna». Le respondí: «No va a necesitar su pierna para entrar en el cielo, pero sí necesitará un alma sana».

No siempre se da cuenta la gente de la necesidad que tiene de una sanación espiritual. Esto representa un peligro para quienes estamos en el ministerio de sanación. Podemos llegar a estar demasiado preocupados con las sanaciones físicas y entusiasmarlos con ellas, cuando deberían ser un signo que lleve a la sanación espiritual y a una relación más profunda con Jesús.

En una ocasión, cuando impartía clases en la escuela, un caballero entró en mi clase. Me dijo: «Hermana, mi esposa está persiguiéndome todo el rato: “Ve a ver a la hermana Briege y haz que ore por ti, porque ella tiene el don de sanación y podría ayudarte”. Pero, hermana Briege, yo no creo en usted.

Le dije a mi esposa: “No creo que la hermana Briege tenga el don de sanación, creo que es un fraude. No creo en ella en absoluto”». Su esposa le dijo que fuese de todos modos, que yo le ayudaría. Él repitió que no creía en mí. Recuerdo que pensé: «¡Hay que tener valor para ser tan sincero!» y le dije: «Usted no tiene que creer en mí. En la Biblia no está escrito que tiene que creer en Briege McKenna. Pero, ¿cree en Jesús?». Me miró sorprendido y dijo: «¡Pues claro que creo en Jesús!». «Eso es lo único que necesita. Yo puedo orar por usted, y usted no tiene que creer en mí, sino en que Jesús le puede curar». A continuación le pregunté: «¿De qué quiere ser sanado?». Dijo: «Eso es otra cosa, le dije a mi esposa que es bastante raro pedirle a una monja que ore por mí; pero mi trabajo es al aire libre y aquí en Florida hace demasiado calor para trabajar al aire libre. Me gustaría poder beber una cerveza para refrescarme. Me encanta la cerveza, pero tengo mal el estómago y no me sienta bien. Me gustaría que orara para que pudiera tomarme un par de cervezas para refrescarme». Cuando me dijo esto, pensé: «¡Qué necesidad tan trivial! Sin embargo, para él es importante».

Así que oré por él, y mientras lo hacía me hizo gracia pensar que había orado tantas veces por alcohólicos para que dejaran de beber, y ¡heme aquí rezando por este hombre para que pudiera empezar a hacerlo!

Pude ver, mientras oraba por él, que la oración lo conmovió. Poco tiempo después, me enteré por su esposa y por él mismo, que había tenido un problema moral grave, aunque no me dijo lo que era. La necesidad que había tenido en su vida en realidad era mucho mayor que ese asunto trivial de poder beber cerveza.

El hombre se convirtió totalmente al Señor y recibió una maravillosa sanación interior en su vida espiritual. Se volvió un hombre comprometido por completo con el Señor. Tal como Jesús hizo con el paralítico, el hombre fue sanado tanto física como espiritualmente.

En mi caso personal, acudí al Señor buscando ayuda espiritual porque eso era lo que realmente pedía a gritos. Mis piernas, como las del parálitico, estaban deformadas, pero lo que más me preocupaba era mi alma. Ahí también el Señor me enseñó una hermosa lección. No hay que separar lo físico de lo espiritual.

Yo no pedí una sanación física porque pensé que el alma era mucho más importante. El Señor me mostró que le puedo pedir todo. También aprendí que muchas de nuestras enfermedades pueden originarse en la enfermedad de nuestra alma.

El criado del centurión

Un centurión fue a Jesús para suplicarle que curara a su criado. Jesús le dijo: «Iré inmediatamente», pero el centurión le respondió: «Oh no, no hace falta que vengas. No soy digno de que entres en mi casa. Di una sola palabra y mi criado quedará sano».

En este pasaje encuentro dos enseñanzas. Una es la sanación a distancia. A veces, la gente cree que alguien que reza por la sanación tiene que estar con la persona enferma. Dirán: “«¡Oh, si la hermana Briega pudiera venir e imponerle las manos, sucedería!»». La gente puede hacerte sentir culpable por no poder estar en todas partes y por no poder orar por todos.

En este pasaje del Evangelio, el centurión creyó que lo único que tenía que hacer era pedirle a Jesús, que Jesús no estaba limitado. En efecto, Jesús no está confinado en un lugar. Dios está en todas partes, y si creo que Jesús es Dios, entonces tengo que creer que su poder no tiene límites y que para Él no hay distancias.

Esto me ha ayudado mucho en el ministerio de sanación. No tengo que estar yendo de un lado a otro para estar con los enfermos. A través de mi ministerio por teléfono, oro por personas de un rincón a otro del planeta. No estoy con ellos, pero me uno a ellos y hago justo lo que el centurión hizo con Jesús. Podemos estar unidos espiritualmente ante Dios y pueden ocurrir las sanaciones.

Hace algunos años, estaba en México. Fui al hospital para orar por un sacerdote que tenía cáncer. El sacerdote estaba muy grave. Dije una breve oración y salí del hospital.

Al día siguiente, estaba ejerciendo mi ministerio con un gran grupo de sacerdotes y una señora se me acercó, nos interrumpió y dijo: «Acabo de recibir una llamada del hospital diciendo que el padre se está muriendo». Cuando la mujer nos lo comunicó, de manera espontánea pedí a los sacerdotes que nos uniéramos en oración. No pensé que eso fuera algo extraordinario. Para mí orar era lo natural.

El Evangelio del día siguiente era la sanación del criado del centurión. El sacerdote que leyó el Evangelio nos dijo lo que pasó por su mente cuando recibimos la noticia del sacerdote moribundo: «Cuando entró esa señora y nos dijo que el padre se estaba muriendo, pensé que sor Briege tenía que ir al hospital con él». El sacerdote dice que en ese momento sintió una voz interior que le decía: «No necesito que sor Briege vaya al hospital, sino que vosotros y ella creáis en mi poder».

Se dio cuenta de que no tenía que limitar a Jesús a la hermana Briege, que ella sólo era un instrumento. Lo que Dios quería que hiciera en ese momento era enseñar y compartir con esos sacerdotes, y eso era lo que estaba haciendo. El hecho de que yo esté limitada físicamente en un sitio no debe limitar al Señor.

Un año después, recibí una llamada telefónica de un sacerdote que me dijo: «Hermana Briege, acabo de leer un precioso testimonio en una revista mexicana sobre un sacerdote por el cual usted oró y que fue totalmente sanado. Ahora ha vuelto a dar clases en la universidad». Me leyó el testimonio, y mientras lo hacía, es como si oyera al Señor decirme: «Recuerda que porque creíste y porque confiaste, el sacerdote fue curado». Y fue como revivir la historia del criado del centurión.

En otra ocasión, en un servicio de sanación en Escocia, dije a la gente como siempre hago: «No hace falta que ore por las

personas individualmente. Todos los que estamos aquí creemos que Jesús vive en nosotros. Todos estamos llamados a ser canales de amor. Y es el amor que nos tiene el Señor lo que nos sana». A continuación invité a la gente a interceder por sus seres queridos que no estuvieran presentes en el servicio de sanación: «Pedid a Jesús que llegue hasta ellos y los toque, como suplicó el centurión a Jesús por su criado enfermo».

Una señora de entre los asistentes tenía una hermana en Irlanda que al día siguiente iba a ingresar en el hospital para que la operaran de un tumor canceroso. Durante el servicio de sanación en Escocia, empezó a orar por su hermana en Irlanda. En ese momento el Señor empezó a actuar en la mujer con cáncer. Tres semanas después conocí a aquella mujer. Me dijo que no sabía que su hermana que estaba en Escocia estuviera orando por ella, pero cuando fue al hospital, el tumor había desaparecido totalmente. Estaba curada.

Ésta era una confirmación más de que el Señor puede curar a distancia, y que nunca debemos poner límites al Señor.

Hay otra lección del mismo pasaje del Evangelio en Mateo 8: el poder de la intercesión.

¿Qué estaba haciendo este centurión? Fue a Jesús e intercedió por su criado. Suplicó a Jesús que lo sanara. Es uno de los grandes ejemplos de la necesidad que tenemos de creer cuando oramos.

Mi tía Lizzie ha sido una gran fuente de inspiración y de gozo en mi vida. Según cuenta ella, llegó una señora a su casa en Irlanda para verme. Yo no estaba en casa, así que tía Lizzie decidió que ella misma evangelizaría a esta persona. La mujer, como suelen hacer al preguntar por mí en mi ciudad natal, preguntó a tía Lizzie: «¿Está la monja en casa?». Mi tía respondió: «La monja no está, pero usted no necesita verla. Escriba en una hoja sus intenciones y ella intercederá por usted ante Jesús». La señora le dijo: «Está bien, deme la libreta» y comenzó a escribir.

Había en la calle dos autobuses llenos de gente que aquella mujer había traído desde el otro extremo de Irlanda. Estuvo escribiendo sus intenciones durante una hora y media mientras las personas se las iban gritando desde las ventanillas de los autobuses: «Paddy, ¿dónde te duele? Mary, ¿qué te ocurre?».

Tía Lizzie comenzó a cansarse de estar ahí de pie y le dijo a la señora: «¿Sabe?, debería hablar con Dios usted misma. Debería pedirle a Jesús e interceder usted misma». Ella miró a tía Lizzie y le dijo: «¿Interceder? ¿Hablar con Dios? ¡He estado hablando con Dios durante cuarenta años y nunca me ha escuchado!». Tía Lizzie le contestó: «Bueno, a lo mejor no le habla correctamente». Y la mujer dijo: «Bueno, yo sólo conozco una manera. ¿Conoce usted alguna otra?».

Más tarde, tía Lizzie me dijo: «¿Sabes?, lo mejor es que tú misma te ocupes de evangelizar, ¡porque lo que es yo, no supe qué responderle!».

Pero, ¿no es cierto que mucha gente dice que lleva hablando a Dios durante cuarenta años y no ha recibido ninguna respuesta? Y es que no le han escuchado. Jesús sí nos responde, pero puede ser que no lo haga inmediatamente. La oración de intercesión no siempre recibe una respuesta inmediata. Otra historia nos muestra la importancia de la oración de intercesión y cómo hay que perseverar en ella.

Hace algún tiempo, mientras daba un retiro de matrimonios, se me acercó un señor. Estaba muy atribulado porque su matrimonio pasaba grandes dificultades. Él y su mujer tenían muchas actividades diferentes, y se estaban distanciando en su relación. Para complicar más las cosas, tenía evidencia de que su esposa le había sido infiel. Él había acudido a un consejero matrimonial, y éste le dijo que le diera un ultimátum a su esposa y que, si eso no funcionaba, pidiera el divorcio.

El hombre me dijo que eso lo destrozó, porque no aceptaba que el divorcio pudiera ser una solución a su problema. No sabía qué hacer.

Le llevé a la iglesia ante el sagrario. El Señor me dio una palabra para él: las cosas iban a empeorar, pero luego mejorarían. No era una palabra muy consoladora para dársela al pobre hombre.

Le dije que esto sería una prueba para su fe, que a veces tenemos que perseverar en la oración e intercesión por alguien. Le expliqué que cuando intercedemos por otros, Dios puede obrar en nuestras vidas también, y podemos llegar a creer que los milagros ocurren. Le dije que un aumento de fe era uno de los beneficios de perseverar en la oración.

Después de esto, me telefoneaba para que orara por él. Lo único que podía decirle era. «Sigamos orando y no te des por vencido». Me decía: «Amo a mi esposa», y es que sentía en su corazón que el Señor no quería que él se separara de su esposa, que su matrimonio había sido bendecido por la Iglesia, que era un sacramento. Todos sus consejeros le decían: «Si yo estuviera en tu lugar, la abandonaría»; sin embargo, cada vez que hablaba conmigo yo lo alentaba a que no se diera por vencido. Le recordaba que Jesús dijo que nada sería imposible para el hombre que creyera. Sentía mucha pena por él: «Es muy difícil identificarse con alguien que sigue rechazándole, pero identificate tú con Jesús. Aún hoy, Jesús nos ama y nosotros lo seguimos rechazando. Pero Él nunca deja de amarnos. Si tú te empeñas en sanar tu matrimonio por ti mismo, no lo lograrás. Pero puedes pedir a Jesús que te dé una fortaleza sobrenatural. Esto no te evitará el sufrimiento ni el dolor del rechazo, pero obtendrás la fortaleza necesaria para perseverar».

Un día me telefoneó y me dijo: «Hermana Briege, quiero darle las gracias. Dios respondió a nuestras oraciones». Entonces me relató una experiencia espiritual preciosa que su esposa y él tuvieron.

Una noche, los dos sintieron la presencia transformadora de Dios, mientras se preparaban para ir a la cama. Él no había tenido relaciones con su esposa desde hacía algún tiempo, porque el saber que le había sido infiel suponía una barrera que le impedía expre-

sarle su amor. Pero cuando se acostaron esa noche, el Señor los envolvió en su amor, y recreó en ellos el amor que se habían tenido cuando se casaron. Jesús los transformó. No sólo renovó su matrimonio, sino que les dio todos los dones del Espíritu Santo.

El hombre dijo que quería verme. Ocurrió que estaba en la ciudad donde él vivía, así que le dije que viniera. Cuando llegó, me dijo: «Hermana Briege, espero que esto no sea un insulto para usted, pero usted es una gran señal para llevarnos a Jesús. Muchas veces, al irme a trabajar, sentí ganas de acudir al juzgado para pedir el divorcio, pensando: ¿por qué tengo que pasar por todo esto?, pero cada vez que hablaba con usted, al señalarme a Jesús, me hacía volverme atrás. No es que me llevara allí, pero desde luego me indicó lo que Jesús podía hacer. Hoy se lo agradezco, por haber sido una señal en el camino: no me lleva a donde quiero ir, sino que me señala la dirección que debo tomar para llegar. Aprendí dos lecciones de todo esto —dijo—, primero, nunca debo tomar mi matrimonio a la ligera. Amo a mi esposa, pero nunca se lo había dicho realmente. Segundo, nunca debo subestimar el poder de la oración ni la fuerza sobrenatural que nos viene de ella».

Sanación progresiva

Aunque mucha gente crea que no han sido respondidas sus oraciones si no se sanan en el momento y milagrosamente, he aprendido que el Señor sana de muchas maneras, y tiene sus razones para hacerlo. A menudo va sanando poco a poco a través de un largo periodo de tiempo. Yo lo llamo «sanación progresiva». He visto algunos ejemplos conmovedores de este tipo de sanaciones. Los Evangelios se refieren a ellas en dos pasajes; Marcos 8, 22-26; y Lucas 17, 12-19.

En Marcos 8 tenemos la historia del ciego que suplicó a Jesús que lo tocara. Jesús llevó al ciego a las afueras de la aldea

y le puso saliva en los ojos e impuso sus manos sobre ellos. Luego Jesús le preguntó: «¿Puedes ver?». El hombre respondió: «Veo a las personas, pero parecen árboles que caminan». Jesús lo tocó por segunda vez y entonces veía perfectamente.

Cuando leo esto me digo: «Bueno, Jesús es Dios. Él no hubiera necesitado tocarle dos veces, podía haberlo sanado la primera vez». Lo que me chocó fue que, aunque la curación no fuera completa, desde el momento en que comenzamos a orar, comienza en nosotros una sanación progresiva. Quizás ese hombre estuvo caminando durante largo rato viendo a la gente que parecían árboles que caminaban y por eso regresó a Jesús, para que lo tocara por segunda vez y lo sanara totalmente.

¿Por qué no lo sanó el Señor la primera vez? Jesús no dice por qué, pero quizás a través de la sanación progresiva el ciego se acercó más a Dios que si hubiera sido sanado de inmediato. La sanación en dos etapas hizo que buscara a Jesús por segunda vez. Después de haber sido sanado por completo, la Escritura dice: «Vio todo con claridad». ¿Podía eso significar que vio a Jesús claramente, a través de una visión espiritual renovada?

En una conferencia en los Estados Unidos, un matrimonio se acercó a mí con su hijo pequeño. El pequeño David tenía un tumor cerebral y el médico sólo le había dado siete meses de vida. El matrimonio tenía otros cinco o seis hijos que estaban desechos de pensar que iban a perder a su hermano.

Mientras oraba con ellos, me di cuenta de que toda su esperanza estaba en la hermana Briege: «Si tan sólo sor Briege rezara con nosotros, entonces todo se arreglaría y David se pondría bien».

Hay muchas historias en los Evangelios que narran cómo la gente iba a Jesús intercediendo por ellos o por sus familias o sus hijos. Yo les conté algunos de estos pasajes. «Puedo orar —les dije—, pero el pequeño David es su hijo. Dios se sirvió de ustedes como esposos para participar con Él en traer a David al mundo. Ahora regresen a casa e intercedan por su sanación ante Jesús todas las noches». El padre me dijo que quizás Jesús no

quisiera sanarlo, que a lo mejor ésa no era su voluntad. Este pensamiento tan común lleva a mucha gente a pensar que no debe orar pidiendo una curación. Hay dos cosas que yo digo. La primera es que la voluntad de Dios siempre se cumple, pero con su voluntad viene una gran paz y gran fortaleza para aceptarla. Algunas personas dicen: «No es la voluntad de Dios», usando esto como excusa porque no creen que Dios pueda hacerlo realmente. Segunda, tienen miedo de que no ocurra la sanación: «¿He fallado en algo?», ¡claro que no han fallado! Pero esto proviene de ciertas ideas equivocadas de cómo la fe puede incidir en la sanación.

Dije a los padres de David: «Olvídense por un momento de la voluntad de Dios. Si Jesús estuviera aquí ante ustedes, ¿qué le pedirían a Jesús que hiciera por David?». La madre respondió: «Oh, le pediría que sanara a David, porque lo amo». «Bueno —dije—, pídanle a Jesús todos los días que lo sane. No traten de adivinar cuál es la voluntad de Jesús para él. Después de todo los milagros sí existen. Simplemente díganle a Jesús cómo se sienten y también que aman al pequeño David y pídanle que por favor lo sane».

Mucha gente dice una cosa a Jesús, pero piensa otra. Piensa que tiene que hacer que Jesús se sienta bien, diciéndole cosas agradables. No hace falta que hagáis que Jesús se sienta bien. Él sabe lo que pensáis de todos modos. Sabe cómo nos sentimos. Sabe lo que es el amor de los padres por sus hijos. Sabe que no sería normal que los padres dijeran: «Señor, llévate a mi hijo porque es tuyo». Jesús dará la fortaleza a los padres para hacerlo, llegado el momento, pero jamás deberán dejar de interceder y pedir a Jesús la sanación que tanto desean para sus hijos. Lo que la Sagrada Escritura nos enseña sobre la oración es que debemos seguir llamando a la puerta, que sigamos insistiendo.

Dije a estos padres que fueran a casa y que todas las noches oraran con David, que reunieran a todos sus hijos, algunos de ellos adolescentes, para orar.

El padre me dijo: «Hermana, no sabemos rezar bien». Yo les contesté: «Simplemente hablen con Jesús. Aunque sólo sea decir un Padrenuestro o un Ave María despacio. Hagan que sus hijos pidan a Jesús que sane a David y que le digan también a Jesús cuánto lo aman. Mientras oran impongan sus manos sobre David». Les expliqué que el padre, como cabeza de familia, tiene verdadero poder para bendecir a sus hijos, y que debe orar por ellos. Su esposa, como madre, también debe orar por ellos.

Unos dos años después, me encontré al padre. No había tenido noticias de ellos desde el día en que oramos juntos por David. Me dijo: «Hermana, tengo que contarle una preciosa historia», y siguió diciéndome que cuando volvieron a casa, reservaron una hora todas las noches después de la cena para orar por el pequeño. Nadie podía salir de casa hasta que se hubieran reunido alrededor de David y hubieran hecho ese tiempo de oración. Los padres hicieron que sus hijos pidieran a Jesús que sanara al niño. Descubrieron que sus hijos no tenían ningún problema en pedirle a Jesús que sanara a su hermano pequeño.

Según iban pasando los meses, el tumor siguió creciendo. El padre se sentía cada vez más desanimado. Solía decir: «La verdad, esto no está funcionando». Él esperaba que algo sucediera de manera instantánea. Pero su esposa perseveró. Ella dijo: «No, tenemos que seguir. Sigamos rezando».

De repente, se dieron cuenta de que habían pasado los siete meses y que David seguía vivo. El tumor seguía creciendo, pero David no estaba ciego. Vieron que sólo se habían concentrado en una cosa, que el tumor era cada vez mayor. Después de unos dieciséis meses, el tumor empezó a reducirse. Al seguir orando por David, vieron que disminuía hasta desaparecer completamente, y el médico también lo vio.

El padre me dijo: «Ahora hermana Briege, le diré lo que ha sucedido a causa de la sanación de David. Cuando sanó, el médico dijo: “No sé lo que han estado haciendo, pero sigan haciéndolo, porque funciona. Lo han hecho muy bien”. Fue entonces

cuando me di cuenta de que durante esos dos años nuestros hijos se transformaron. Si se hubiera sanado de golpe, mis demás hijos jamás habrían experimentado esa transformación». Dijo que, incluso después de que David sanase, los hijos adolescentes nunca salían de casa después de la cena hasta que la familia no hubiera orado unida. Esto se había convertido en parte de sus vidas y ellos se sentían a gusto orando juntos en familia.

Éste es un gran ejemplo de una sanación progresiva. Quizá no obtengamos lo que pedimos inmediatamente, pero el Señor nos sana a su tiempo y es que Él quiere poner en orden muchas áreas de nuestra vida.

Mientras oramos, Dios no cambia. La oración sí nos cambia a nosotros, tal como la oración cambió a esta familia: de una familia que no estaba muy unida a una familia que ama al Señor y cuyos miembros se aman mutuamente.

En Lucas 17, 12-19, se encuentra el pasaje sobre los diez leprosos que sanó Jesús. Dice claramente: «(...) y sucedió que mientras iban, quedaron limpios». No tenemos idea de cuánto tiempo habían estado «de camino», pero podía haber sido durante semanas o meses. En todo caso su curación no fue instantánea, por así decirlo. Ellos dejaron a Jesús y después descubrieron que habían sido sanados. Sólo uno venció el tiempo y la distancia entre el momento en que Jesús oró por ellos y su sanación; sólo uno se acordó de volver para darle las gracias a Jesús. Los demás se olvidaron.

¿No es cierto que a veces pedimos algo en la oración y cuando lo conseguimos, lo aceptamos y ni siquiera damos las gracias? Nos olvidamos de que el Señor respondió a nuestras oraciones porque no las respondió instantáneamente.

Vivimos en la época del café y del té instantáneos, fotos al instante: todo parece que tiene que ser al instante. Y tratamos a Dios de igual modo. Creemos que si Dios no nos da lo que queremos al momento, entonces no nos lo va a dar.

Hay quienes dicen que si uno ora pidiendo una curación, entonces hay que anunciar la sanación inmediatamente. Digamos

que oro por alguien que tiene dolor de cabeza. Algunas personas creen que, para que desaparezca el dolor, tienen que decir que ya no lo tienen. Esto es tan sólo una forma glorificada de decir mentiras... Si sigues con el dolor de cabeza, no estás sanado.

Hay veces, como ocurrió en mi caso, que el Señor sana al momento. El Señor tiene sus propias razones para sanar a unos de forma instantánea y a otros poco a poco.

Yo lo explico de este modo: creo que existen dos tipos de sanaciones. Para mí un *milagro* es algo que ocurre instantáneamente, y una *sanación* puede ser progresiva y puede ocurrir a través de la medicina, de la cirugía, o por medio de una oración continuada.

Una vez mientras estaba dando un retiro con el padre Kevin Scallon en Australia, conocí a una religiosa que estaba tullida por la polio. Llevaba aparatos ortopédicos en las piernas y en la espalda. Después de que el padre Kevin le administró el sacramento de la unción de enfermos, ella estuvo sentada ocho horas en la capilla. Durante todo ese tiempo, permaneció en la misma postura, y todo su cuerpo temblaba. Yo estaba segura de que ella estaba empezando a recibir una sanación progresiva. Me acerqué y le dije: «Hermana, Dios te está sanando». Después leí en una revista que a diario y durante cuatro meses, mientras descansaba, todo su cuerpo empezaba a temblar otra vez. El médico explicó que sus tejidos y músculos, que estaban inertes por la polio, se estaban reconstruyendo bajo la unción de Dios.

A algunas personas les cuesta creer en milagros o sanaciones. Siempre dicen: «Sería tan fácil creer, si tan sólo viera un milagro». Eso mismo me dijo, mientras me encontraba dando un retiro en Japón, un sacerdote irlandés. Le respondí: «Padre, el Señor lo usa todas las mañanas para realizar un milagro». Él me contestó: «Estás hablando de la misa, pero ya sabes lo que quiero decir, si viera a alguien curado que fuera ciego o que tuviera parálisis en las piernas, sería muy fácil creer». Le dije: «¿Lo cree así, padre? He visto a mucha gente sanada, pero eso

no lo hace más fácil. Yo sigo teniendo que orar y muchas veces me descubro pensando: “Oh, esa persona está demasiado enferma” y me pregunto si será posible una sanación». Él me respondió que en su caso sería diferente, que si pudiera ver un milagro, realmente creería.

Unos tres días después, el padre Frank Sullivan se reunió con doce de sus jesuitas en el cuarto que yo había estado usando para hablar con los sacerdotes. Entré y me dijeron que orase con ellos. Así lo hice. Entre esos jesuitas había un anciano sacerdote francés que tenía una gangrena muy grave en una pierna. El médico le había dicho que tendría que amputársela pero él le pidió al médico que le dejara hacer el retiro y que después regresaría para la amputación. El padre Frank nos pidió a todos que orásemos por una sanación.

A la mañana siguiente, nos estábamos preparando para ir a desayunar. El sacerdote francés vino a mí gesticulando y haciéndome todo tipo de señas, apuntando al cielo y a su corazón, y no dejaba de hacerlo. Yo no hablaba ni francés ni japonés; así que simplemente me lo quedé mirando, aunque pensé sonriendo para mis adentros: «A este pobre hombre le está dando un ataque o se ha vuelto loco». Simplemente me alejé, entré en el comedor y el mismo sacerdote vino corriendo hacia mí con la pernera del pantalón levantada. Estaba enseñando a todo el mundo que su pierna estaba totalmente sanada.

A tres asientos de mí, estaba mi amigo irlandés. Yo le miré y le dije: «Padre, ahí tiene el milagro del que usted hablaba el otro día». El sacerdote irlandés le miró primero a él, luego a mí y dijo: «¡Dios mío, qué difícil es creer! ¿De verdad tenía gangrena?». Entonces le dije: «¿Lo ve padre?, ¡un milagro no hace más fácil que creamos!».

La moraleja de esta historia, supongo, es que la gente que tiene fe no necesita ver.

El poder sanador de la eucaristía

EN LUCAS 8, 40-48, encontramos a una mujer entre la multitud que miraba a Jesús con esperanza. Durante años había buscado desesperadamente una sanación. Nadie había podido sanarla. Había oído hablar de Jesús. Creyó y se dijo: «Si tan sólo pudiera tocarlo, sé que sería curada».

La mujer avanzó entre la multitud, extendió su mano y lo tocó. Mucha gente estaba oprimiendo a Jesús, según las Escrituras, todos querían verlo y tocarlo. Pero esta mujer sólo pensaba una cosa, ella creía que si lo tocaba, quedaría sanada.

Lo tocó, y en uno de los relatos evangélicos se cuenta que Jesús se volvió rápidamente y dijo: «¿Quién me ha tocado?». Los apóstoles preguntaron: «¿Qué quieres decir? ¿Todo el mundo te está apretando y preguntas quién te ha tocado?». Pero Jesús sabía que había alguien ahí que no sólo lo tocó físicamente, era alguien expectante, con el deseo que todos deberíamos tener cuando nos acercamos a Jesús; una fe expectante. Entonces Jesús miró a la mujer cuando ella se adelantó y le dijo: «Tu fe te ha sanado».

Mucha gente, cuando lee este pasaje, dice algo como: «¡Si pudiera tocar a Jesús! ¿No sería maravilloso poder tocarlo?», o dicen: «¡Vivir en tiempos de Jesús y poder acudir a Él! ¡Entonces lo tocaría en fe, como hizo esa mujer!».

Los católicos a menudo nos olvidamos de que podemos hacer mucho más que tocar a Jesús. Como católicos creemos que recibimos realmente el cuerpo y la sangre de Jesús. El Señor viene a través del poder del sacerdote ordenado, y toma posesión del pan y del vino. Luego, por invitación del propio Jesús —«Tomad y comed»—, recibimos la eucaristía y el Señor toma posesión de nosotros.

A menudo usamos la palabra *posesión* para el demonio, pero como cristianos tenemos que vernos como hijos que el Señor posee con gran amor.

Cuando miro atrás y veo mi vida anterior en Irlanda, pienso que probablemente debí tener mayor aprecio a la eucaristía. Los irlandeses, a lo largo de los siglos, han tenido que pagar un alto precio por su fe católica. En Irlanda hay muchos recuerdos de los sufrimientos de nuestros antepasados para preservar la eucaristía y trasmitírnosla a nosotros. Irlanda está cubierta de «rocas de misa». En tiempos de grandes persecuciones, los sacerdotes tenían prohibido decir misa. Había un precio sobre sus cabezas. Tenían que salir al monte, en secreto, a veces durante la noche, para decir la misa. Solían seleccionar una roca plana que sirviera de altar, para celebrarla. Por eso se llama a esas rocas, que aún hoy se conservan, «rocas de misa» y es así como la gente podía alimentar su hambre de Cristo en esas terribles persecuciones. Hasta el día de hoy, todos los años hay una celebración en esas rocas.

Hay muchas historias en nuestra tradición étnica y nacional de personas que sufrieron en el pasado por proteger y preservar la eucaristía.

Bautismo en el Espíritu Santo

A pesar de todo, sólo fue después de mi propia sanación física cuando llegué a tener una nueva comprensión de la euca-

ristía. Después de haber recibido el «bautismo en el Espíritu», experimenté un despertar espiritual que me ayudó a ver con mayor claridad el gran don que el Señor nos ha dado en la eucaristía y los demás sacramentos.

Mucha gente quizá no esté familiarizada con el término *bautismo en el Espíritu*. Es un término tomado de la Escritura, en particular de Hechos 2 y 11: recibimos el don del Espíritu en el bautismo; recibimos el Espíritu Santo a lo largo de nuestra vida, cuando comulgamos y a través de todos los sacramentos. Es como recibir un regalo de cumpleaños. Si recibiera un regalo de cumpleaños y pusiera toda mi atención en el envoltorio y en los bonitos adornos y nunca abriera el regalo, nunca podría usar su contenido. El contenido es lo que tiene valor, no el envoltorio, lo externo. Lo mismo ocurre con la efusión del Espíritu Santo. Jesús mismo nos lo da. Él dijo: «Os enviaré mi Espíritu y Él os enseñará todas las cosas y os ayudará a comprender».

El bautismo en el Espíritu nos permite entender los dones que recibimos a través del bautismo y abrirnos al poder del Espíritu para comprender los sacramentos y su poder. El bautismo en el Espíritu nos capacita para entender todos los dones que nos han sido dados para permitirnos crecer en santidad. A través de este bautismo en el Espíritu, los sacramentos adquieren un mayor significado.

Los sacramentos no se nos dan sencillamente para hablar sobre ellos o para jactarnos de ellos. Los sacramentos tienen que ser efectivos en nuestras vidas. Tenemos que vivir el poder de los sacramentos. Por ejemplo, si recibo a Jesús en la eucaristía, debo reflejar al Señor en mi vida diaria. Si me acerco a Jesús en el sacramento de la reconciliación, tengo que reflejar una vida de arrepentimiento y perdón. Si recibo al Espíritu Santo en el sacramento de la confirmación para que me dé poder para ser un cristiano fuerte, seguramente debo llamar al Espíritu Santo en momentos de combate espiritual. Si una pareja recibe al Espíritu Santo a través del sacramento del matrimonio, ha recibido un sacramento que, como

un río, fluye constantemente. Los casados pueden sacar fuerza del Espíritu de su sacramento en cualquier tiempo de necesidad, igual que un sediento se detiene ante un manantial para saciar su sed. Los cristianos casados deben reconocer su sacramento como una fuente continua de fortaleza que les ayude a permanecer fieles a sus votos y a su misión en el mundo.

El sacramento del orden sacerdotal permite al sacerdote manifestar la presencia de Cristo a través de su ministerio y llevar a Cristo a las personas a través de los sacramentos. También, a través del poder del Espíritu Santo, este sacramento capacita al sacerdote a vivir plenamente la vocación sacerdotal todos los días de su vida. El orden sacerdotal es un sacramento que ayuda al sacerdote o al diácono a renovar, todos los días, el compromiso de su ordenación.

El sacramento de la unción de los enfermos es mucho más que un ritual en el que acudes al sacerdote y te unge con óleo. Es un encuentro con Jesús el sanador por medio del Espíritu Santo. El poder de este sacramento sana tanto espiritual como físicamente. Jesús también perdona todo pecado.

El bautismo en el Espíritu no es un sacramento en sí, sino más bien una gracia actual, que permite comprender y experimentar todos los dones del Espíritu. Todos estos dones, incluyendo los que san Pablo menciona en 1 Corintios 12, funcionan en nuestras vidas cuando los necesitamos.

En mi propio bautismo en el Espíritu, en el día de mi sanación, la eucaristía cobró un nuevo significado para mí. Antes de que esto sucediera, ponía más énfasis en cómo recibiría a Jesús y en lo que yo tenía que hacer. No fue hasta algunos años después que me di cuenta de que lo más importante de la eucaristía no es lo que yo haga, sino lo que Jesús hace y lo que yo le permito que haga en mí. Tengo que dejar que Jesús amoroso me sane y me transforme a través de su cuerpo y de su sangre. No es sólo mi esfuerzo, sino su acción, lo que me transforma.

Lo que Jesús puede hacer en la misa

Me di cuenta de esta verdad cuando asistí a una misa al aire libre en un país montañoso en América Latina. Muchas personas muy pobres participaron en ella. El sacerdote usaba una vieja mesa como altar. Llevaron a un niño pequeño que sufría de quemaduras muy graves y llagas en todo su cuerpo. Recuerdo haber pensado: «Dios mío, verdaderamente no se puede hacer nada por él. Está tan grave, y aquí no hay ni médicos ni medicinas...». Admiraba al sacerdote. Su fe en Jesús me enseñó que tengo de dejar a Jesús hacer lo que sólo Jesús puede hacer en y a través de la eucaristía, que es cambiar nuestras vidas.

Oramos por el pequeño, entonces el sacerdote le dijo a la mujer que había traído al niño: «Póngale debajo de la mesa, y vamos a seguir con la celebración de la eucaristía».

En el transcurso de la misa, me sorprendió sobremanera la participación de la gente en la celebración. Me impresionó que el sacerdote fuera tan consciente de lo que estaba haciendo a través de la liturgia, él hizo que la misa cobrara vida para esa pobre gente. Era evidente, por su manera de actuar, que estaba emocionado, que tenía una fe profunda y personal en Jesús y la transmitía a esta gente que asistía a la misa al aire libre.

Cuando llegamos a la Consagración, yo tenía los ojos cerrados. Al abrirlos, descubrí que la gente estaba postrada en el suelo, sólo levantaban los ojos para adorar al Señor. La mirada en sus rostros me hizo pensar: «Ellos realmente creen que ése es Jesús». Cuando miré la sagrada hostia, en mi imaginación, vi la figura más hermosa de Jesús con ambas manos extendidas. Él sonreía con mucho amor y compasión. Abrazó a esa pobre gente y dijo: «Vengan a mí todos los que estén cansados, yo les daré vida y fe». Fue en ese momento cuando comprendí en lo más profundo de mi corazón: «Querido Jesús, ése eres realmente Tú. Puede parecer pan y una copa, pero sólo Tú podías pensar de una forma tan creativa para hacerte presente ante tu pueblo».

Después de la misa, fui a ver cómo estaba el pequeño. Lo habían colocado debajo de la mesa que sirvió de altar, pero ya no estaba allí. Le pregunté dónde estaba a la mujer que lo había traído. Ella me dijo, señalando un grupo de niños que jugaba cerca de allí: «Ahí está». Miré al niño y estaba bien. No había rastro de nada en su cuerpecito.

Dije en voz alta, más para mí que para los demás: «¿Qué le ha pasado?». La anciana me miró y me dijo: «¿Qué quiere decir con qué le ha pasado? ¿Acaso no ha venido Jesús?».

Durante esta misa y en todas las misas, el sacerdote puso sus manos sobre el pan y el vino e invocó la acción del Espíritu Santo para santificar esta acción «a fin de que se convierta en el cuerpo y la sangre» de Jesús. Cuando el sacerdote dijo esta oración, el Espíritu Santo vino, pero ciertamente no se limitó a hacer sólo lo que el sacerdote pidió. El Espíritu también infundió su poder en ese pequeño y el niño fue transformado, fue sanado por completo.

Ese mismo día, al comienzo de la misa, también vi a un niño pequeño que tenía una terrible deformación en su cara. Al final de la celebración, su madre vino corriendo hacia mí con su hijo en los brazos. Dijo: «Hermana, mire a mi hijo». La deformación de la cara había sido sanada.

Yo fui la única sorprendida, pero este sacerdote tenía una gran capacidad para presentar a la comunidad a Jesús vivo. Como la mujer en el Evangelio, ellos se acercaron a Jesús con una fe expectante. Ellos no fueron simplemente para ver lo que el sacerdote estaba haciendo o para criticar su predicación o su modo de celebrar la Misa. Ésta era su eucaristía. Ellos venían a participar con Jesús en una celebración que se ofrecía a su Padre. Ellos formaban parte de esta ofrenda. Para ellos, fue una experiencia viva con Jesús.

Abandoné esa montaña con un entendimiento totalmente nuevo de la eucaristía. No se trata tan sólo, pues, de lo que yo puedo hacer para acercar a la gente a la eucaristía, ni de que sean muy

reverentes y le digan a Jesús que lo aman. Eso está muy bien, pero se trata más bien de lo que Jesús puede y quiere hacer por todos nosotros, por el mundo entero. Jesús no necesita que nosotros vayamos a misa, somos nosotros los que necesitamos a Jesús.

Esa noche no pude dormir. Estaba muy inquieta. Sentí como si Dios estuviera tratando de decirme algo. Cerca de las cuatro de la mañana todavía estaba despierta. Estaba dando vueltas de un lado a otro. Así que me levanté y me arrodillé al lado de la cama y dije: «Jesús, ¿qué quieres decirme?». Sentí que el Señor me respondía: «Tienes que darme a conocer en la eucaristía. La gente se acerca a ti. Mucha gente vendrá a ti en busca de sanación. Y dirán “Oh, si sólo pudiéramos conseguir que la hermana Briega nos tocara” o “Si la hermana Briega pudiera imponernos las manos, entonces nos sanaríamos”. Muchos se hacen falsos dioses de las personas que trabajan en el ministerio de sanación. Buscan a las personas y no a Mí. Yo vengo todos los días en la eucaristía. Yo prometí darles vida y dársela en abundancia, llenarlos de fortaleza para su peregrinación. Quiero que vayas al mundo y me señales en la eucaristía. Quiero que digas a la gente que quiten sus ojos de Briega McKenna y los pongan en su Señor Eucarístico, que pongan su fe en Mí. Tú puedes desilusionarlos y los vas a desilusionar, como sucederá con cualquier persona que atraiga a la gente hacia sí misma. Pero si los conduces a Mí, nunca quedarán defraudados».

Una vez más, esto me mostró que yo tenía que ser una señal que anunciara a Jesús. A partir de esta experiencia de oración, comencé a centrar mis enseñanzas en la eucaristía.

Fe, no sentimientos

La gente empezó a venir a mí diciendo: «No siento nada en la misa. Es aburrida. Saco mucho más provecho cuando voy a un grupo de oración que está lleno de vida y me hace sentir tan

bien». Siempre respondo: «La fe y los sentimientos son dos cosas distintas. No hay lugar en la palabra de Dios donde Jesús dijo “Por vuestros sentimientos seréis salvados” o “Por vuestros sentimientos seréis sanados”. Él ensalzó la fe de la gente. La fe es creer en lo que no vemos. Jesús dijo: “Bienaventurados los que creen sin haber visto”».

Esto es un gran reto para nosotros como católicos. No podemos explicar la eucaristía porque es un milagro y un misterio. Lo que cuenta no es entender con la mente, sino creer con el corazón. No son los sentimientos los que hacen a Cristo presente en la eucaristía. Es el poder del Espíritu Santo que obra a través del sacerdote ordenado lo que hace a Cristo presente para nosotros en la eucaristía. Puede ser que yo no sienta nada, pero aun así Jesús está ahí. Por otro lado, podía ir a un servicio de oración, tomar un trozo de pan y tratar de hacer todo lo posible para que Jesús se haga presente, pero eso no lo hará presente. Se requiere el poder conferido en la ordenación.

A veces me pregunto si realmente creo que Jesús está presente en la eucaristía. ¿Creo que ése es el regalo del que Jesús habló en Juan 6? Recordemos que muchos de los discípulos y seguidores de Jesús ya no creyeron en Él cuando dijo que para salvarse tendrían que comer su cuerpo y beber su sangre.

Era fácil aceptar a Jesús cuando estaba haciendo milagros y toda clase de signos y maravillas, pero es difícil creer cuando no podemos entender ni podemos ver las cosas con nuestros propios ojos. Ése es el reto para el cristiano. Hemos sido llamados a creer que Jesús está en la eucaristía y que Él nos ama.

Los primeros discípulos tuvieron el mismo reto que tenemos nosotros ahora. Incluso para ellos fue todavía más difícil. Ellos no tuvieron la ventaja que nosotros tenemos: el conocimiento de que Jesús resucitó de entre los muertos, el testimonio de los apóstoles en Pentecostés y dos mil años de tradición.

Simplemente imaginemos la escena. Ahí está Jesús, de pie, vestido con su túnica blanca. Está hablando a todos sus discipu-

los poco después de haber multiplicado los panes y los peces para alimentar sus cuerpos hambrientos. Les dice que los ama, que Él es el Pan de Vida y que va a darse a sí mismo como alimento. Ellos tendrán que comer de su cuerpo y beber de su sangre. Les dice también que ellos le siguen porque Él los alimentó haciendo un milagro, pero que Él es el verdadero pan que baja del cielo. Que no es el maná de Moisés lo que les va a salvar. Que ese maná no les dará la vida eterna, sino el pan que Él les dará que viene del Padre. Les dice que Él es ese pan y les repite una y otra vez que tendrán que comer de su cuerpo y beber de su sangre... ¡Léanlo! Está en el Evangelio de san Juan, capítulo 6. Luego llega el momento en que los discípulos empiezan a mirarlo. Les cuesta creer lo que dice. ¿Cómo pueden comer su carne y beber su sangre? ¿Qué clase de enseñanza es ésta? Esto suena horrible. Han estado siguiendo a este hombre y ahora Él les dice que va a darse a ellos como alimento.

Recordemos: esto fue antes de la resurrección. Vivían con Jesús durante su vida terrena. Era como cualquier otro hombre porque era verdadero hombre, verdaderamente humano. Él les estaba pidiendo que creyeran algo muy difícil. Muchos dijeron: «Hasta ahora ha sido muy sensato pero, ¿oyes lo que nos dice ahora? ¡Vamos a tener que comer su carne, y así obtendremos la vida!». Muchos simplemente movieron la cabeza y abandonaron a Jesús.

¿Qué hizo Él? ¿Les siguió y les dijo: «Oh, no os vayáis. No me habéis comprendido. Os lo explicaré más adelante»? ¿O dijo: «Voy a hacer que sea más fácil creer para vosotros. ¿Verdaderamente no quiero decir lo que pensáis que dije»? No. No dijo nada de eso. ¿Sabéis lo que hizo? Les dejó ir, aunque se entristeció porque fueron muchos los que le cuestionaron y ya no le siguieron.

Entonces se volvió a aquellos hombres a quienes daría el poder de hacerle presente en su Iglesia como alimento. Les retó: «Y vosotros, ¿también os queréis marchar?». No lo puso fácil para ellos. ¿Os imagináis a los pobres discípulos? Ellos le ama-

ban de verdad, pero debían de estar pensando: «Esto es verdaderamente difícil de aceptar». Pedro, aquél a quien Jesús elegiría para guiar a su pueblo, habló en nombre del resto de los discípulos. En el capítulo 6 leemos que miró al Maestro y le respondió, probablemente sin comprender lo que Jesús quiso decir: «Señor, ¿a quién iremos? Tus palabras dan vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Hijo de Dios». Ellos lo aceptaron. Aceptaron a Jesús y le amaron tanto que creían en lo que decía, aunque no comprendieran cómo podría ser.

En armonía con la fe de la Iglesia católica y las enseñanzas del magisterio, todo católico tiene que poder decir las palabras de Pedro: «¿A quién acudiremos? Estamos convencidos y hemos llegado a creer que eres el Hijo de Dios».

Yo creo, como católica, que el vicario de Cristo representa auténticamente el pensamiento del Señor. Puede que haya muchas cosas que enseñe que no comprendamos o que nos cueste aceptar. Le doy gracias a Dios porque me ha dado la fe para mirar al papa Juan Pablo II y decir: «Sí, creo que es el elegido por Jesucristo. Amo la Iglesia católica y creo». Estoy convencida de que el Señor premiará nuestra fe, como hizo con los apóstoles. Premiará nuestra obediencia a su palabra proclamada a través del magisterio de la Iglesia, nuestra fidelidad a las tradiciones, las enseñanzas, y los dogmas de nuestra fe.

Necesitamos reflexionar sobre lo que Jesús hizo después de que Pedro profesara su fe en Él. Jesús nos dio una enseñanza profética. Si leemos Juan 6 veremos que Jesús no dice: «Bueno, esto parece pan sagrado», ni «Este pan será bendito». No. Él dijo: «Este es el pan vivo bajado del cielo. Aquél que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna». Y en los relatos de Pascua en Mateo, Marcos y Lucas, Jesús dice: «Esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Ésta es la sangre de la nueva alianza que será derramada por muchos para el perdón de los pecados».

La misa y la fe en la eucaristía no tienen nada que ver con nuestros sentimientos. Estoy segura de que los apóstoles no sen-

tían nada especial cuando fueron desafiados a tener esa fe, a creer algo que aún no habían visto y tampoco podían entender. Así nos ocurre cuando vamos a misa. Vamos a la eucaristía todos los domingos con la fe de Pedro y decimos: «Creo que éste es el Cristo vivo que ha bajado hoy a nuestro altar, y voy a recibirlo».

Hay otra analogía que me ayuda a aceptar el gran misterio de la eucaristía. Tomemos el ejemplo de una televisión. Puedo ver un acontecimiento, como las Olimpiadas, incluso meses después de que hayan ocurrido, y emocionarme tanto como si hubiera estado ahí en el momento en que realmente ocurrió. Puedo unirme al esfuerzo de los corredores y los nadadores y animar con las multitudes. Puedo estar al borde de la silla apoyando a mi atleta favorito. Al mirar ese acontecimiento, es como si realmente lo estuviera viviendo.

Creo que a través de la misa, a través del poder del Espíritu Santo, estamos en verdad reviviendo, de una manera incruenta, el sacrificio del calvario, la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Jesús sólo sufrió una vez. Pasó su pasión, muerte y resurrección sólo una vez. Como dice san Pablo en la Carta a los hebreos, los sacerdotes judíos estaban ofreciendo sacrificios continuamente para purificarse del pecado y hacer reparación, pero Jesús ofreció un sacrificio y fue suficiente para purificar, redimir al mundo, a todas las personas de todos los tiempos. Ese sacrificio que vivimos a diario con Jesús a través de este tremendo milagro de la misa.

Si realmente creo que me encuentro con Jesús, entonces vivo la misa con toda su fuerza, me doy cuenta de que se da de dos maneras muy concretas y poderosas. Encuentro a Jesús a través de la proclamación de la palabra de Dios. El diácono o el sacerdote que proclama el Evangelio para mí me está entregando una palabra viva que me purifica, me sana y me libera. Cuando recibo la eucaristía, recibo el alimento para mi alma. En la mesa del Señor, recibo dirección y guía para mi camino en la vida. En la eucaristía recibo alimento para fortalecerme, para vivir lo que acabo de escuchar en la proclamación del Evangelio.

Tocando a Jesús en la eucaristía

En relación con el encuentro que tenemos con Jesús de estas dos formas, y al recordar de nuevo el pasaje de la mujer que tocó el borde de su manto, quiero compartir un par de incidentes con vosotros que ilustran este pasaje del Evangelio.

Uno es la historia de un joven sacerdote. Me llamó por teléfono, muy angustiado y asustado. Acababa de saber que tenía cáncer en las cuerdas vocales y que dentro de tres semanas tendrían que extirparle la laringe. Me dijo que estaba desesperado. Sólo hacía seis años que había sido ordenado. Al orar con él, sentí que el Señor quería que le hablara de la eucaristía. Le dije: «Padre, puedo orar con usted ahora por teléfono, y lo voy a hacer, pero esta mañana, ¿no tuvo usted un encuentro con Jesús? ¿No se encuentra con Él todos los días?». Lo que yo no sabía era que este sacerdote no celebraba la misa a diario.

Le dije: «Padre, todos los días, cuando celebra la misa, cuando toma la hostia consagrada y la come, usted se encuentra con Jesús. La mujer sólo tocó el borde de su túnica. Pero usted toca a Jesús, lo recibe en su cuerpo, lo tiene como alimento. ¿Se da cuenta del hecho de que Jesús pasa a través de su garganta? No hay nadie mejor a quien ir sino a Jesús. Pídale que lo sane». Le oí llorar por el teléfono. Me dijo una y otra vez: «Ay, hermana, gracias, gracias».

Tres semanas después ingresó en el hospital para ser operado. Me llamó más tarde para decirme que la cirugía no se realizó. Los médicos descubrieron que el cáncer había desaparecido y que sus cuerdas vocales estaban como nuevas. Jamás supe su nombre. Un año después tuve noticias de él a través de un amigo suyo. Antes de su enfermedad, este joven sacerdote había dejado de celebrar la misa, sólo la celebraba los domingos, tomaba la celebración eucarística muy a la ligera. Dios usó esta experiencia del cáncer para transformar su vida. Este sacerdote fue sanado, pero no sólo físicamente. Se convirtió en un sacerdote centrado en la

eucaristía. Ésta se volvió para él el momento de encuentro con Jesús vivo, como la mujer en el pozo, en Juan 4. Comenzó a encontrarse con Jesús en el pozo más grande de todos, donde se bebe y nunca más se tiene sed. Sí, los milagros sí existen.

Otra sanación relacionada con la eucaristía ocurrió en Sidney, Australia. Una mujer vino al lugar donde el padre Kevin y yo estábamos dando unas charlas. Se acercó a mí en un pasillo para que orara por ella. Estaba desesperada porque tenía cáncer de estómago. Tenía un tumor que le causaba una gran hinchazón. Los médicos le habían dicho que no valía la pena operarla porque estaba demasiado extendido.

Sabía que esa tarde había una misa, así que le dije que rezaría por ella, pero también le dije que acudiera y que pidiera a Jesús que la sanara. Su principal preocupación era el miedo a la muerte. Dijo: «Hermana, tengo tanto miedo a la muerte. ¡Si Dios me quitara este terrible miedo que tengo!». Yo le dije: «Vaya a encontrarse con Jesús en la eucaristía. Aunque no puedo decirle a nadie que será curado como quiere, puesto que no soy Dios, Jesús le dará la fortaleza para enfrentar cualquier cosa que le ocurra en su vida. Si Él ha decidido que cruce el umbral de la muerte, Él le dará la gracia para que lo atraviese sin ese terrible miedo. Y si ha de vivir, le dará la gracia para vivir». Yo no sabía que también había acudido al padre Kevin, y él le había dicho lo mismo.

Esto sucedió a primera hora de la mañana en un sábado. Esa noche, mientras manteníamos un encuentro, una mujer vino corriendo por el pasillo del auditorio y me abrazó diciendo: «Hermana, ¡ha ocurrido, ha ocurrido!». Me pregunté quién era ella y qué había ocurrido. Me dijo: «Míreme. Vine a hablar con usted esta mañana. Fui a misa como me dijo. Cuando iba a comulgar, me dijo: “En unos minutos, voy a encontrar a Jesús. Voy a tomarlo en mi mano y le voy a pedir ayuda”».

Aunque era una católica que recibía la comunión con frecuencia, esta vez miró la sagrada hostia y dijo: «Sé que Tú

realmente estás ahí. Hoy, cuando vengas a mí, llévate este miedo. Sáname si quieres, pero por favor, haz algo por mí». Me dijo además: «Tan pronto como sentí la hostia en mi lengua y la tragué, tuve la sensación de que algo me quemaba la garganta y me llegaba hasta el estómago. Me vi el estómago y el bulto había desaparecido».

Esa mujer sanó. Me gustaría saber cuántos de nosotros acudimos a la eucaristía sólo físicamente, sin una fe expectante, sin emoción por lo que vamos a hacer. Quizás acudimos a la eucaristía sólo para provecho nuestro y no le damos gracias a Dios ni le alabamos porque Él se nos da en la eucaristía.

La fe es una decisión. Tenemos que esforzarnos y poner de nuestra parte. Podríamos decir de la misa: «No la entiendo, no siento nada, pero creo en ella». Si asistimos a misa con una actitud correcta, nuestra vida cambiará. Nuestras iglesias a menudo están repletas de gente que entra y sale tal como entró. Y te preguntas: «¿Es ése Jesús? ¿Acaso ha cambiado? ¿No está cumpliendo sus promesas?». ¿O quizá pudiera ser que no tengas la fe expectante para permitirle tocar tu vida y responder a tus necesidades?

Él es el mismo Jesús de ayer, hoy y siempre. Es el Jesús que sanó en el Evangelio. Así que debe estar cumpliendo sus promesas y respondiendo a las necesidades de su pueblo.

Podemos culpar al sacerdote por nuestra falta de fe cuando decimos que es aburrido, o no es carismático o que es demasiado ruidoso, o demasiado tímido, pero el sacerdote no es realmente la cuestión. El verdadero problema es nuestra propia fe. Es cierto que el hecho de que el sacerdote tenga mucha fe es un gran paso para una adoración más profunda. Por eso en mi ministerio siempre les desafío a aumentar su fe.

Tenemos que mirar más allá de nosotros mismos, y más allá de la humanidad del sacerdote para ver lo que representa en la misa, y lo que está haciendo. Como católica, sé que no tengo que dejar que él se interponga entre Jesús y yo en la eucaristía.

La Iglesia nos obliga a ir a misa, no porque Jesús nos necesite, sino porque como toda buena madre, la Iglesia sabe que necesitamos del Pan de Vida para vivir en un mundo que Jesús mismo nos dijo que nos odiaría tanto como le odia a Él. Necesitamos ser fortalecidos para nuestro viaje. Alimento para el alma y alimento para el cuerpo: eso es lo que Jesús nos da en la misa.

Elegidos entre los hombres

DIOS ES UN DIOS de gran amor. Nos provee de todo en todos los sentidos. Nos ha dado los sacramentos para capacitarnos y fortalecernos en nuestra peregrinación a través de esta vida. Si bien no es posible hablar aquí en profundidad de cada sacramento, me gustaría reflexionar con vosotros sobre uno de ellos, que afecta a nuestra vida entera, y que está siendo gravemente atacado en este momento de la historia. Hablo del sacramento del orden sacerdotal, del sacramento del sacerdocio.

Puesto que el sacerdocio está siendo tan atacado, necesita, quizá más que nunca, nuestro aliento y apoyo basándonos en nuestra gratitud a Dios por su gran bondad.

Para todos, sacerdotes y laicos, pueblo en peregrinación, este sacramento es otra bella expresión de la fidelidad de Dios para proveer a su pueblo y cumplir sus enseñanzas proféticas en nuestro tiempo. El sacerdocio es un don que afecta a todos los católicos. Gracias al sacramento del orden sacerdotal, podemos recibir el Pan de Vida. A través de este sacramento recibimos la unción de enfermos, el sacramento de la reconciliación y todos los demás.

Aparte de estos sacramentos específicos, existen esos momentos indudables de comunión con Jesús que nos da la vida, nos perdona, nos sana. El sacerdocio nos toca de muchas y muy diversas maneras, por ejemplo, cuando estamos de duelo por la muerte de algún ser querido. También está ahí para cele-

brar un matrimonio, cuando estamos llenos de gozo y de esperanza. Está ahí como un padre para aconsejar, dirigir, alentar.

El sacerdocio nos afecta a todos en nuestra vida. Incluso afecta a las vidas de la gente que no va a la iglesia, porque el párroco reza diariamente por sus feligreses, por toda la Iglesia, por la conversión de los pecadores, por la reconciliación de aquéllos que se han apartado de la Iglesia. Él dirige a toda la comunidad de fe cuando ora por la paz, por los pobres, por los pecadores. Por todo esto, y por el hecho de que nuestros sacerdotes están siendo atacados, quiero compartir algunas cosas con vosotros y reflexionar sobre el sacramento del orden sacerdotal.

Siendo una joven religiosa, tuve el gran privilegio de estar bajo la influencia de una mujer muy santa, la madre Agnes O'Brien, OSC. Ella fue la superiora general de nuestra congregación. La madre Agnes siempre tuvo un gran respeto y amor por el sacerdocio. A menudo me habló con gran gratitud sobre ello. Durante las horas que pasé con ella durante su enfermedad, Dios me estaba preparando para la misión que me iba a encomendar años más tarde, especialmente por mi trabajo con los sacerdotes.

Ataques al sacerdocio

A principio de los años 60 hubo grandes cambios en la Iglesia después del Concilio Vaticano II. Estos cambios tuvieron un efecto dramático en el sacerdocio. Las actitudes hacia los sacerdotes también cambiaron. Hasta hace poco, se les tenía en un pedestal, y nosotros los mantuvimos ahí porque eso nos resultaba seguro. No queríamos que se bajaran porque hubiera sido un desafío demasiado grande para nosotros.

El sacerdote fue apartado de la gente de muchas maneras. A menudo era el único hombre instruido de la comunidad. A él acudían todos automáticamente para cualquier necesidad. La gente creía que era un hombre de Dios, un hombre elegido.

Pero últimamente, se les está criticando con gran libertad. Hubo un gran desconcierto y muchos abandonaron el sacerdocio. A principios de los 70, cuando acababa de empezar mi ministerio de sanación, encontré que yo misma estaba criticando y juzgando ciertas actitudes y opiniones del clero.

Un día, en la capilla, mientras pensaba en todo esto, le pregunté al Señor: «¿Qué anda mal en el sacerdocio?». La respuesta fue: «¿Qué quieres decir con qué anda mal en el sacerdocio? ¿Alguna vez he dado un don que no sea perfecto? ¿Qué habéis hecho vosotros y cómo me habéis agradecido el don del sacerdocio que afecta a vuestra vida y a la de toda la humanidad?».

Fue entonces cuando el Señor me reveló que yo no podía seguir criticando a los sacerdotes tranquilamente. De hecho, en el sacramento del orden sacerdotal, el sacerdote le dice *sí* a Dios para poder ser sacerdote para mí, para ti y para todos nosotros.

Jesús me llevó a lo que parecía una secuencia de imágenes que aparecieron encima del sagrario. Ahí vi la ordenación de un sacerdote a través de los ojos de Nuestro Señor.

Cuando miramos un tapiz colgado en la pared, sólo vemos el resultado final de la labor del artista. No vemos toda la labor y el amor que empleó en su realización. Sin embargo, por el revés vemos todas las diferentes tramas y puntadas que contribuyeron a embellecer esa obra de arte. Así también, cuando vemos a un sacerdote, vemos sus puntos fuertes y sus debilidades. Pero no vemos detrás de las bambalinas, donde Nuestro Señor, amoroso y fiel, ha ido revistiendo su alma con una vocación sacerdotal, guiándole hasta la ordenación.

Lloré mientras veía el desarrollo de esta poderosa revelación del sacerdocio y lo que significa para un hombre la ordenación sacerdotal. Tuve la sensación de que todos en el cielo, María, los ángeles y todos los santos, alababan la fidelidad de Dios con la humanidad, al llamar a hombres de todas las épocas para darles el poder de hacerle presente en medio de su pueblo.

A través de esta experiencia, recibí un nuevo entendimiento del sacerdocio. Recibí un nuevo amor y un respeto más profundo hacia el sacramento del orden sacerdotal. Llegué a entender que el sacerdocio no es algo que se pueda adquirir por medios humanos, ni tampoco es un don que pueda pedir a Dios porque quiero igualarme a otros. No tiene nada que ver con equipararse. Es como cualquier don. Los dones no son algo que yo pueda forzar o exigir. Un don se da libremente. Dios nos da este don por su generosidad. Él da este poder, su poder, a la humanidad, para que podamos alimentarnos de Él, el Pan de Vida.

Fue con este gran sentimiento de gratitud por el sacerdocio que Nuestro Señor me llevó a entender lo que me estaba pidiendo esa mañana.

Me mostró un grupo de gente muy hambrienta y me dijo: «¿Ves estas personas? Vienen a ti porque están buscando ayuda, para sanación. Vienen a ti porque están hambrientos. Llegará un tiempo en que habrá una gran hambruna, y tendrán hambre del Pan de Vida. Yo soy el Pan de Vida».

Entonces me permitió echar una mirada a lo que había de venir. La gente se volvería en contra del sacerdocio y empezarían a verlo sólo como un empleo. Me enseñó la vocación sacerdotal como una pequeña semilla que Él sembraba en los corazones de muchos hombres jóvenes, pero la semilla no era alimentada y por eso no podía crecer ni dar fruto.

Dios me reveló que llegaría un tiempo en el que las familias ya no verían el sacerdocio como un don que quisieran para sus hijos. Crearíamos un ambiente apartado de Dios, pagano y materialista, arraigado en la sabiduría del mundo. Debido a este tipo de sociedad, los jóvenes que habían recibido la semilla de la vocación sacerdotal no serían capaces de responder. La semilla se quedaría ahí dormida. Ellos no escucharían la llamada, ensordecidos por el materialismo y por la apatía de sus padres.

Poco a poco, donde el sacerdocio ya no fuera apreciado, donde fuera atacado y no fuera defendido por el pueblo católi-

co, moriría. Y moriría no porque el don no fuera dado, sino por haberlo rechazado, porque no lo quisimos, porque elegimos los dioses falsos del materialismo y de una religión diluida.

Me di cuenta de que habría muchos ataques a través del cotilleo y las críticas. Estas murmuraciones y crítica añaden leña al fuego. Las dificultades que afectan a algunos sacerdotes ya son suficientemente malas, pero muchos católicos acrecientan el escándalo difundiendo las malas noticias entre familiares y amigos, cayendo en la trampa del Maligno, que ha planeado destruir aún más el don sagrado del sacerdocio. Esta actitud aumenta las dificultades de los sacerdotes en su lucha contra el pecado en sus vidas.

Sentí que el Señor me decía: «Quiero que vayas al mundo para que digas a mi pueblo que el sacerdocio es un don para él, a fin de poder ser alimentado y fortalecido. Quiero que les llames para que intercedan, que amen a mis sacerdotes, que respeten este sacramento. Cuando mi pueblo ame, respete y esté agradecido por el sacerdocio, florecerán en él las vocaciones. Será una alegría para los jóvenes decir *sí* a esta llamada, porque contarán con el apoyo de sus comunidades y de sus familias».

Mi primera misión era ir al mundo y llamar a los laicos y los sacerdotes para que reconocieran la importancia y el poder de este sacramento. Desde los tiempos apostólicos, Dios nos ha bendecido con sacerdotes que hacen presente a Jesús para nosotros en la eucaristía y en la proclamación de su palabra. En todas las épocas las fuerzas del mal han intentado destruir el sacerdocio. Leemos historia tras historia de cómo los sacerdotes han sido destruidos en muchos países, encarcelados y martirizados. Incluso en países que se llaman cristianos, vemos un aumento de anticlericalismo. Hoy en día hay personas que disfrutan ante la noticia de un sacerdote que abandona su vocación o que causa algún tipo de escándalo público. Parece que haya un espíritu de triunfo cuando la gente se jacta cínicamente: «Vaya, he ahí que cae otro sacerdote».

Los ataques contra el sacerdocio son ataques contra todos nosotros como católicos. Y cuando me di cuenta de esto, oí que

el Señor me decía: «Tienes que decir a mi pueblo que el Maligno los engaña a todos cuando empiezan a rechazar este don del sacerdocio, cuando lo intentan poner a un nivel humano, cuando dicen que es sólo un empleo, una profesión».

La segunda misión me resultó clara en una imagen que me conmovió profundamente. Fue como si estuviera de pie al lado de Jesús y me permitiera mirar hacia la ciudad de Jerusalén. La ciudad estaba llena de obispos y sacerdotes. De repente Jesús empezó a llorar y me dijo: «Briege, éstos son los hombres que he elegido para que pastoreen a mi pueblo, para que lo alimenten, para que alienten a mi pueblo y lo guíen. Están perdiendo la fe en mí. Están buscando la sabiduría del mundo. Están negando mi poder y eligiendo el poder del mundo». Me reveló que iba a haber una gran crisis en el sacerdocio. Los sacerdotes iban a perder la fe en Jesús y ya no serían capaces de reconocer que su poder actuaba a través de ellos en el sacramento del orden sacerdotal.

Sentí que Dios me pedía que fuera al mundo y recordara a los obispos y sacerdotes estas palabras: «No es humildad negar el poder del sacerdocio, sin embargo, es humildad reconocer que yo los he elegido. Los he elegido no porque sean santos, no porque sean mejores que otros, sino que los he elegido por mi misericordia, amor y compasión por la humanidad. Y por esta misericordia, amor y compasión, los uso para hacerme presente. Pero, ¡cuánto deseo hacerlo con más eficacia a través de ellos! ¡Ve y diles que crean en mí!».

Cuando me levanté para salir de la capilla, después de casi cuatro horas, mi actitud había cambiado. En el siglo XXI, Dios sigue dándonos el don del sacerdocio.

Mi actitud hacia la humanidad del sacerdote cambió. Fui mucho más consciente de que hace falta orar por los sacerdotes para que sean verdaderamente hombres de fe.

Enseñar a los niños el significado del sacerdocio

Decidí comenzar con mis alumnos de primer grado. Todos los días oraba con ellos y les hablaba del sacerdocio. Invité a un sacerdote, el padre Harold Cohen, de Nueva Orleans, para que celebrara la misa y les explicara lo que significa la eucaristía. Le pedí que explicara la diferencia entre su padre y un sacerdote, cómo el sacerdote fue llamado a ser un padre, aunque de una manera distinta a la de sus padres; que el sacerdote tenía que entregar toda su vida a Jesús, para que el Señor pudiera actuar por medio de él. El padre Harold llevó una vela y una cesta a la clase. Les contó el pasaje del Evangelio acerca de no ocultar nuestra luz bajo el celamín, y les dijo que un sacerdote era un hombre que traía la luz al mundo. Luego les explicó lo que iba a ocurrir cuando pusiera sus manos sobre la hostia y el cáliz pidiendo al Espíritu Santo que viniera para que el Señor se hiciera realmente presente.

Después de la misa, pregunté a los niños si alguien podía darme una definición del sacerdocio. Un niño pequeño levantó su mano y dijo: «Un sacerdote es un hombre que enciende las velas de los demás».

¿Y no es cierto que el sacerdote trae la luz de Cristo a todos sus hermanos y hermanas en el mundo?

Estos pequeños de primer grado hicieron que me diese cuenta del poder de la oración y de la necesidad de orar por los sacerdotes. A través de ellos pude atestiguar la primera gran sanación de un sacerdote: le conocí en una reunión de oración. Atravesaba una crisis muy dura y estaba pensando en abandonar el sacerdocio. Le prometí que mis niños de primer grado orarían por él. Hice que los pequeños rezaran y ellos decidieron escribir al sacerdote. Como no les había explicado su problema, sino que sólo les había pedido que rezaran por su sanación, creyeron que estaba enfermo o que había tenido un accidente. Sus cartas y dibujos mostraban al sacerdote en la cama con la pierna escayolada y con vendajes en la cabeza.

Unos meses después, el sacerdote me llamó y me dijo que quería hacer un viaje especial a Florida sólo para hablar con los niños. Vino y se trajo sus cartas y una gran bolsa de dulces que, por supuesto, les encantaron. Les dijo que había estado atravesando momentos muy difíciles, que había dejado de hablar con Jesús y que gracias a sus oraciones, él seguiría siendo sacerdote porque ahora era nuevamente amigo del Señor.

Más tarde me contó que, en particular, la carta de una niña de 5 años lo había conmovido profundamente. La carta decía que yo les había contado que él estaba enfermo, y añadía: «Sé que no puedes hacer las cosas que Jesús quiere que hagas en este momento. Pero le hemos pedido a Jesús que te ayude. Tú eres muy especial para Jesús. Sabemos que Jesús hará que te pongas bien. Te necesitamos y te queremos. Esperamos que cuando estés bien, vengas a visitarnos». Cuando el sacerdote leyó la carta, su corazón fue traspasado y nuestro Señor le habló: «Esta pequeña lo entiende. Esta niñita sabe lo que significa tu sacerdocio. ¿Pero lo sabes tú realmente?». Me dijo que fue entonces cuando empezó a orar y su vida cambió.

Esto me causó gran alegría porque confirmó lo que Jesús me había dicho en la capilla; que si yo hacía que la gente orara e intercediera por los sacerdotes, ellos serían renovados.

Unos meses después de haber recibido la imagen en la capilla, el padre Cohen me llamó por teléfono y me pidió que le ayudara a dar un retiro a sacerdotes. Mi reacción inmediata fue. «Padre, no puedo ir a un retiro para sacerdotes. Soy maestra de primer grado. No hay manera de que pueda asistir. No será posible. Mi directora no me dará permiso».

Le di todas estas excusas porque tenía miedo de ir. El padre Cohen me dijo: «Usted sabe, Briege, que no haría ningún daño a los sacerdotes el ser maestra de alumnos de primer grado. Creo que el Señor quiere que venga». Fui a hablar con mi directora y para mi sorpresa me dijo: «Briege, creo que sería una gran idea que fueras».

Estaba asustada. Nunca antes había dado una charla a sacerdotes. Me enteré de que muchos de ellos no querían estar en ese retiro. Fueron sus obispos los que les pidieron que fueran, a fin de aprender más sobre la renovación carismática. No estaban muy interesados en la renovación y el hecho de que una monja asistiera a ese retiro no les causaba ningún entusiasmo.

Cuando escuché al padre Cohen decir en su charla introductoria que sería el Espíritu Santo el que daría el retiro, pensé: «Espero que lo haga, porque estoy aterrada». A la mañana siguiente, para mi horror, el padre Cohen estaba bastante enfermo. Me dijo que yo tendría que seguir con el retiro y me alentó con su confianza en mí. A pesar de mi miedo y nerviosismo, nuestro Señor me utilizó. Sentí un gran amor, compasión y gratitud por estos hombres. Por primera vez en mi vida, oí la historia de sacerdotes en su humanidad. Oí sus gritos pidiendo ayuda, pidiendo ser amados, reafirmados. Percibí su soledad y su necesidad de que alguien los atendiera.

Parecía que Nuestro Señor había reunido en esos cuarenta ministros suyos cada uno de los problemas que yo encontraría en mi ministerio con los sacerdotes. Fue como un curso intensivo del sacerdocio. Ahora, muchos años después, miro atrás. He viajado por todo el mundo para atender a los vicarios de Cristo. He tenido la oportunidad de hablar a laicos y religiosos. Ambas misiones se han hecho realidad.

Gracias a Dios, me doy cuenta de que muchas personas comienzan a interceder y a orar por los sacerdotes. La gracia para amarles y animarles es una creciente realidad entre más laicos y religiosos alrededor del mundo.

El desafío a la fe

Algunas personas pueden pensar que la mayor necesidad en el sacerdocio es un cambio en las reglas del celibato en la Iglesia.

Pero si hoy me preguntaran cuál es la necesidad más importante del sacerdocio, yo diría que es una fe profunda y viva.

Me gustaría desafiar a los sacerdotes en su llamada para que tengan una fe mayor, pero también una mayor esperanza y amor. Al retar a los sacerdotes, también reto a los laicos, porque desde el bautismo todos compartimos el sacerdocio real de Cristo. San Pedro nos llama «pueblo sacerdotal» (1Pe 2, 5-9). Nos necesitamos mutuamente en nuestra misión en la Iglesia, en el sacerdocio ministerial y en sacerdocio bautismal de los fieles.

Es esencial que el sacerdote sea un hombre que crea en Jesucristo. Cuando Jesús llamó a sus primeros discípulos, les invitó a seguirle. En los tres años que Él pasó a su lado, transformó la mentalidad normal del mundo que tenían aquellos hombres, para adecuarla a la suya. Les llamó para que creyeran que para Él no había nada imposible. Les dio oportunidades de crecer en la fe al desafiarles en situaciones imposibles, tales como alimentar a miles de personas con cinco panes y dos peces, caminar sobre el agua, o yendo a sanar a los enfermos y a expulsar demonios.

A los sacerdotes, en el mundo de hoy, se les presentan los mismos desafíos. Los sacerdotes tienen que creer. No se les envía para defender a Jesús o dar excusas en su nombre. Se les envía para proclamar a Jesús. A menudo he dicho a los sacerdotes que cuando un hombre en el mundo de los negocios está vendiendo un producto, tiene que creer en él, porque si no, no se lo comprarán... Lo mismo ocurre con la Buena Nueva. Si un sacerdote no cree en ella, no podrá convencer a nadie.

Conozco a un sacerdote en Sudamérica que estaba ansioso por ayudar a los pobres. Tenía gran entusiasmo. Tenía los medios materiales para aliviar la pobreza y el hambre de esa gente. Cuando llegó, empezó a construir clínicas y escuelas. Después de diez años, se dio cuenta de que muchos de sus parroquianos se iban a una misión establecida por unos evangélicos.

Un día se quejaba a uno de los ancianos, un hombre muy fiel que siempre estaba en la iglesia ayudando al sacerdote. El

anciano le miró y con lágrimas en los ojos le dijo: «Padre, no quiero herirle, pero le tengo que decir que nos trajo muchas cosas buenas. Ha trabajado muy duro, pero no nos ha traído a Jesús y nosotros necesitamos a Jesús».

El sacerdote me contó que se sintió avergonzado. Se dio cuenta de que había decidido darles todo lo que necesitaban para su cuerpo, pensando en que después celebrarían con ellos y les predicaría, pero estaba tan ocupado que no celebraba la misa. Era un sacerdote obrero. No tenía tiempo. Era tan importante alimentar a esta gente. Tenían hambre. Sin embargo, el Señor le mostró, a través de las personas por las que había empleado todas sus energías, que ellos querían algo más que cosas materiales. Fue entonces cuando el Señor sacó a este sacerdote de Sudamérica y lo llevó de vuelta a su país. Asistió a un grupo de oración y oyó a una señora mayor dar una enseñanza que cambiaría su vida.

Ella recordó que Jesús dijo: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4). Cuando el sacerdote oyó esto, empezó a darse cuenta de algo que había olvidado: de que su responsabilidad era edificar el reino de Dios. Las cosas materiales son importantes, pero el sacerdote no puede convertirse en un trabajador social o en un político. No puede depender de los recursos humanos. Su único recurso tiene que ser Jesucristo.

Cuando desapareció su ceguera espiritual, este sacerdote me dijo: «Hermana, había perdido mi fe. Me enfurecí cuando vi cómo eran explotados los pobres: no veía nada más». El sacerdote volvió a Sudamérica totalmente cambiado. Había tenido un encuentro con Cristo vivo. Comenzó a ver que lo primero que tenía que hacer era predicar el Evangelio.

Yo trabajo mucho en América Latina y en muchas otras partes del mundo. Digo a los sacerdotes que traer a Jesús a nuestros altares es lo más hermoso que pueden hacer. Les pregunto:

«¿Creen realmente que tienen el poder, gracias a su ordenación, de hacer presente al Dios vivo en la tierra? ¿Tienen la fe que tuvo María?». Cuando María dijo *sí*, dijo *sí* a dar a luz, a entregar su cuerpo entero, todo su ser para permitir que Jesús viniera. Sería difícil, porque tenía que renunciar a su propio plan y permitir que Dios cumpliera su voluntad a través de ella. María tuvo que observar mientras Dios cumplía su voluntad por medio de Jesús.

Lo mismo ocurre con el sacerdote. Cuando dice *sí* al sacerdocio, tiene que renunciar a esa parte de él que quisiera hacerlo todo por sí mismo, que quisiera arreglar todo lo que está mal, que quisiera cambiar la opresión y a los opresores. Tiene que renunciar a sí mismo y permitir que Jesús, a través de él, sea la respuesta a estos problemas. Tiene que reconocer que, como María, él da a luz a Jesús. Sólo él puede traernos a Jesús por medio de la eucaristía.

Necesitamos trabajadores sociales y toda la ayuda que la gente pueda dar a los pobres. Necesitamos a todos nuestros misioneros laicos, y a todas las religiosas, pero no olvidemos nunca que necesitamos, más que nada, el Pan de Vida. Necesitamos a Jesús entre nosotros. Los pobres y los oprimidos deben tener la misma oportunidad de recibir a Jesús que tienen las personas en naciones más ricas y más libres. Negarles esto es una terrible ofensa a Dios. Éste es el don que Dios les ha dado.

Por eso es tan importante la fe. Es importante que cuando el sacerdote sienta su impotencia y quiera hacer las cosas por sí mismo, sea capaz de decir: «Es necesario que Él crezca y yo disminuya» (Jn 3, 30). Debe darse cuenta de que no puede hacer nada por sí mismo, porque, como dijo san Pablo, sólo Dios «tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar» (Ef 3, 20).

El sacerdote volvió a Sudamérica como un hombre cambiado con su fe renovada. Empezó a comprender las palabras que dijo Jesús a sus apóstoles y que hoy le decía a él: «Para mí nada es imposible». Vio, a través de los ojos de la fe, la importancia

de su llamada al sacerdocio ministerial, y comprendió la necesidad de depender de Dios, por medio de la oración, pidiendo la fortaleza para cumplir con su vocación.

La experiencia de este sacerdote me recuerda una cita de una conferencia que dio el canónigo Patrick Augustine Sheehan a unos jóvenes irlandeses a principios de este siglo. El canónigo Sheehan había nacido en County Cork, fue párroco y un prolífico escritor espiritual. Dijo: «Como veis, los hombres buscan cumplir su voluntad y sus intereses, tened cuidado, porque en ese momento seréis tentados para que olvidéis o neguéis los principios sagrados que habéis aprendido. Seréis tentados a creer que vuestro sagrado oficio no es una misión y vocación, sino una mera profesión y que tenéis la libertad de introducir el lenguaje, las costumbres y los principios del mundo en el santuario donde sólo las máximas del Evangelio deben ser reconocidas y aceptadas». Doy gracias a Dios diariamente por el sacerdocio. Al estar en mi capilla ante el santísimo sacramento, le doy las gracias por los hombres que han respondido a su llamada.

Un último pensamiento sobre la fe y el ministerio sacerdotal. Un sacerdote, como he dicho, recibe su poder de Dios en el sacramento del orden sacerdotal; del Espíritu Santo que le habla en la oración y también a través de la Iglesia. Su poder viene de su unión con Dios a través de la oración. No recibe el poder de los estudios teológicos o de sus títulos académicos. Si bien el estudio es importante y ciertamente necesitamos teólogos y estudiosos, el conocimiento nunca podrá reemplazar la fe, nunca podrá reemplazar el ser uno con Dios a través de la oración y confiando sólo en Él.

Es el poder de Jesucristo el que convierte y transforma a la gente. La experiencia del sacerdote en Sudamérica, y de muchos otros por todo el mundo, lo confirma.

El santo cura de Ars es un buen ejemplo de un sacerdote que confió solamente en el poder de su Señor. A Juan Vianney casi le negaron la ordenación porque era un mal estudiante. Pero,

una vez ordenado y lleno del poder del sacerdocio, personas del mundo entero le conocieron por su sabiduría y por su gran conocimiento pastoral en el confesionario. La gente iba a Ars, Francia, desde todos los rincones del mundo, para confesarse con él, para pedirle oración.

Los sacerdotes nunca deben sentirse inadecuados porque les falten doctorados u otros títulos académicos reconocidos. Después de la ordenación, el sacramento confiere al sacerdote el poder que él necesita para su misión en la Iglesia.

El reto de tener esperanza

La segunda área de reto para los sacerdotes y para todos los cristianos es la esperanza. El sacerdote es llamado a ser un hombre de esperanza. Nuestro Santo Padre recuerda constantemente a los sacerdotes y religiosos que tienen que ser signos y símbolos de esperanza en un mundo donde la esperanza es quebrantada a diario. La gente que ha perdido de vista a Dios ahora pone sus esperanzas en los gobiernos, en la seguridad financiera o en otras personas. ¡Pero la única seguridad, la única esperanza viene de Jesús!

Yo les digo a los sacerdotes que es bueno que miremos a María y el desafío que esta joven mujer judía tuvo que afrontar. María escuchó las hermosas palabras del ángel Gabriel: su hijo sería el Hijo del Altísimo. Ella estaba profundamente conmovida por las preciosas palabras proféticas, y sin embargo, tuvo que atravesar la dolorosa y contradictoria experiencia de la vida de Jesús. Su hijo nació en un establo, se le perdió a los 12 años, fue rechazado por su pueblo, tratado como un criminal, flagelado, abofeteado y escupido, crucificado y ridiculizado. A través de todo eso, María estuvo dispuesta a mantenerse firme en la esperanza cuando tener esperanza parecía algo ridículo.

Como María, el sacerdote recibe una promesa cuando es ordenado. Como María, tiene que enfrentarse a muchas contradicciones. Al igual que María, está llamado a tener esperanza cuando tener esperanza parece algo ridículo.

Como sucede con la fe, la esperanza sólo viene a través de la oración. Es muy importante que reconozcamos la fe, la esperanza y el amor como los sarmientos que brotan de la vid.

Una amiga mía, cuyo marido se estaba muriendo, tuvo un encuentro muy decepcionante con un sacerdote. Tanto Susan como su marido tenían una gran fe y creían que Jesús iba a sanarlo. El capellán del hospital, sabiendo que el hombre se moría, fue a visitarle. Le sorprendió descubrir que ese hombre agonizante se aferraba a la esperanza de que Jesús le fuera a sanar. El sacerdote, aparentemente, no creía que los milagros sí existen. Le dijo al hombre que tenía que prepararse para su muerte y que debía descartar por completo su curación.

Las palabras del sacerdote resquebrajaron toda esperanza, y en consecuencia, el hombre entró en coma. El médico hizo venir a Susan. Muchas horas después, mientras ella aguardaba en la sala de espera, el sacerdote entró. Mi amiga le dijo: «Oh Padre, por favor, ¿podría usted orar por mi marido? Está en coma. Pídale a Jesús que lo sane». El sacerdote le contestó: «Estuve aquí antes con su esposo y le dije que iba a morir; le advertí también sobre los riesgos de tener una falsa esperanza». Susan se dio cuenta de que la falta de esperanza del sacerdote fue lo que causó esa angustia en su marido y le respondió: «No tiene usted que preocuparse por si mi esposo y yo podemos aceptar la voluntad de Dios. Nosotros sabemos que vamos a morir cuando Dios lo decida. Pero padre, no creo que usted esté llamado, como sacerdote, a decirle a la gente lo que Jesús no puede hacer ni quitarle su esperanza. Sólo le pido a Dios que lo que hoy ha sucedido no vuelva a suceder jamás a causa de su falta de esperanza».

El marido de Susan murió unos días después. Ella nunca le guardó rencor al sacerdote por eso; entendió que él había tratado de protegerles de una decepción. Todos queremos proteger a la gente de falsas esperanzas. Podemos dar a las personas falsas esperanzas si atraemos su atención hacia nosotros mismos, pero jamás les daremos falsa esperanza si les señalamos a Jesús y les decimos lo que Él puede hacer por ellas.

Yo les digo a los sacerdotes que no tienen por qué sentirse limitados al afrontar situaciones que representan un desafío para la esperanza. El Evangelio, en su esencia misma, tiene el poder de dar esperanza. Éste es el poder de la palabra de Dios. Aun cuando el sacerdote no esté predicando, él alienta a la gente a volverse hacia Dios. Les infunde esperanza, la clase de esperanza que tuvo María en medio de su oscuridad.

El desafío del amor

Por último, el sacerdote tiene que ser un hombre de amor. El mayor mandamiento que Jesús dio a sus discípulos, que todos tenemos que seguir, es que debemos amar. La forma de crecer en santidad es crecer en el amor a Dios y a nuestro prójimo. Éste es el desafío para el sacerdote contemporáneo. Él es llamado para reflejar a Cristo de una forma radical. Solemos llamarle «hombre de Dios». Tiene que reflejar a Cristo en su amor, amabilidad, poder y comprensión. Es una llamada muy difícil. Es imposible si el sacerdote intenta lograrlo por sí solo, pero no es imposible si se mantiene unido a Cristo y si es un hombre de oración. El sacerdote es llamado por Dios, y Dios lo capacita para vivir una vida de amor.

Es importante ver de qué manera, tanto laicos como sacerdotes, vemos el sacerdocio en el aspecto integral de amor en el mundo de hoy. Me gustaría mirar al sacerdote como un hombre de amor en términos de unidad, celibato, paternidad y relaciones. La unidad por la que Jesús oró es esencial entre los sacer-

dotes y obispos. Hay muchas maneras sutiles a través de las cuales el demonio intenta dividir al clero. El Maligno fomenta un espíritu de competencia en vez de apoyo mutuo, de aislamiento en lugar de la fraternidad.

El papa Juan Pablo II, en su primera carta de 1979, dijo a los sacerdotes y obispos: «El amor a Cristo y a la Iglesia nos une». Una de las grandes necesidades en la Iglesia es que los sacerdotes se amen, apoyen, animen y oren unos por otros. Cuando doy retiros a sacerdotes, siempre los exhorto a que desarrollen un sólido espíritu de amor y fraternidad. Cuando hablo de amar, no me refiero sólo a decir cosas agradables. Estoy hablando de ser un hermano para un hombre que necesita un hermano, de decirle: «No hagas lo que piensas hacer», o «Haz lo que debes hacer».

Recuerdo que, hace algunos años en Irlanda del Norte, estaba hablando a unos sacerdotes. Uno de ellos dijo que estaba desanimado porque acababa de venir del funeral de un niño que había sido víctima de la violencia. Se sentía desgarrado entre su deseo de ser sacerdote del Evangelio y la exigencia del pueblo de que fuera un líder político. Viendo su gran dilema, sus hermanos sacerdotes le rodearon y oraron por él y le animaron a hacer lo que él sabía que era su deber. El amor y el apoyo de sus hermanos renovaron su fortaleza.

En cualquier diócesis, cuando los sacerdotes están fuertemente unidos entre sí y con su obispo, los laicos desarrollan un sentido de identidad católica con mayor facilidad. Esto realza la voz católica cristiana en la comunidad secular. Esta unidad encarna asimismo el carácter evangélico de la Iglesia: «Mirad cómo esos cristianos se aman unos otros».

El valor del celibato

Me gustaría reflexionar sobre el valor y el significado del celibato en la sociedad moderna. Hoy no se puede decir la pala-

bra *amor* sin que la gente piense de inmediato en el sexo. Cuando dices que los hombres y mujeres célibes tienen que amar, mucha gente cuestiona el mandato de la Iglesia sobre el celibato. ¿Cómo puede amar auténticamente una persona no casada, si nunca ha conocido la intimidad del amor sexual, y si nunca ha experimentado el amor de sus propios hijos?

Mucha gente admite que no comprende el celibato, lo ridiculiza, no encuentra que tenga ningún valor. Dice que la Iglesia lo impone, que debería ser opcional, y que el celibato obligatorio debería ser abolido. Pero el celibato no es una negación del amor humano. No es una negación de la posibilidad de contar con el apoyo y mantener buena amistad con personas del sexo opuesto. El celibato no me llama a negar mi sexualidad y todas sus atracciones y emociones. Una actitud tan forzada y antinatural hacia mi propia sexualidad no me permitiría ser una representante de Jesucristo que es el hombre del amor.

El celibato no es una negación de la belleza de la paternidad o de la maternidad. No es una negación de la necesidad que yo tengo de recibir apoyo, tanto de hombres como de mujeres. Sería una mentira creer que la persona consagrada puede ir por la vida como ministro de Jesucristo sin el amor y sin el apoyo de otros creyentes. Como sucede en todos los compromisos, el celibato es exigente y pide disciplina, negación de uno mismo y fidelidad en la oración. No hay que temer el celibato, porque no me impide que sea una persona llena de amor. Es un don que me permite amar a hombres y mujeres y llevarlos a una relación más plena con Dios. El celibato es un don y el Señor me invita a responder a su invitación viviéndolo. No se me impone.

Para mí, como mujer, el celibato es un llamamiento al amor con un poder que me viene a través de mi generosidad de decirle *sí* a Dios. Ese *sí* me invita a consagrar mi feminidad y su capacidad potencial a Dios, de una forma especial, por su reino. Al hacerlo, abrazo una maternidad espiritual que sólo puede ser satisfecha con una vida al servicio de los demás. Los hombres

llamados al celibato también se consagran a una paternidad espiritual y a una vida de servicio.

El papa Juan Pablo II, en su primera carta a los sacerdotes, después de haber sido elegido Papa, dijo lo siguiente acerca del celibato: «El punto de vista, a menudo difundido, de que el celibato sacerdotal en la Iglesia católica es una institución impuesta por ley en aquéllos que reciben el sacramento del orden sacerdotal es el resultado de un malentendido, o mala fe. Todos sabemos que eso no es así. Todo cristiano que recibe el sacramento del orden sacerdotal se compromete al celibato con pleno conocimiento y libertad, después de años de preparación, de profunda reflexión y de asidua oración. Toma la decisión de vivir el celibato de por vida, sólo después de haberse convencido de que Cristo le concede este don para el bien de la Iglesia y para el servicio a los demás. Sólo entonces se compromete a observarlo durante toda su vida».

El compromiso al celibato no nos libera de tentaciones sexuales. Esas tentaciones se presentarán como en cualquier vocación en la vida. Me parece que el demonio nos tienta porque estamos dispuestos a aceptar esta elección radical por la edificación del reino.

Cuando hago un compromiso, tengo que abandonar otras opciones. Forjamos nuestro futuro al comprometernos. Una persona miedosa, pasiva o indecisa, o que flaquea, acaba siendo una desgraciada, insatisfecha y fragmentada. Intentando mantener abiertas todas las opciones, no realiza ninguna de ellas.

Cuando ejerzo mi ministerio con sacerdotes, o con cualquier otra persona, siempre les digo que no hace falta que me cuenten sus problemas. Sólo necesitan darse cuenta de que el Señor los conoce y los ama. Simplemente les digo: «Déjeme orar por usted, padre, y estoy segura de que si el Señor quiere darle algo, lo hará».

A menudo el Señor me da una imagen, quizá una escena del Evangelio, que Él sabe que «va a hablar» al sacerdote por el que estoy orando. Casi el 99 por ciento del tiempo tiene algo que ver

con la vida interior del sacerdote. Estas visiones interiores que me da el Señor en la oración son un don de Dios y me las hace para que sus vicarios y la gente puedan sentir su presencia y amor en una forma inequívoca, personal y relevante. Es una experiencia muy hermosa ver cómo Dios toca a sus sacerdotes y obispos con tanto amor y compasión.

Me gustaría compartir una hermosa historia, que supuso para mí una gran enseñanza sobre mi propia maternidad espiritual y la importancia de amar a estos hombres con un corazón de madre.

En esta ocasión particular, estaba en Lourdes ejerciendo mi ministerio a un gran grupo de sacerdotes. Como siempre, pasaba mucho tiempo en el ministerio individual con obispos y sacerdotes. Una mañana, fui a rezar a la gruta. Mientras estaba allí sentada sentí una mano sobre mi hombro y recibí un leve beso en mi mejilla. Alcé la mirada y vi a un sacerdote anciano. Él se sentó junto a mí y me dijo: «Sor Briege, quiero darle las gracias por ser mi madre». Sonreí y pensé: «Vaya, los milagros nunca terminan, ¡heme aquí con 36 años y un hijo de 80!».

Me dijo: «No sabía que estuviera aquí, hermana. Vine esta mañana a agradecerle a la Virgen por haberla traído. Mi madre murió cuando yo tenía 5 años. Tuve siete hermanos y ninguna hermana. Ingresé en el seminario muy joven y nunca tuve contacto con mujeres. Para mí el celibato significaba que tenía que mantenerme lejos de las mujeres y nunca permitirme entrar en contacto con ellas. Viví mi sacerdocio entero rehuyéndolas. Así pasé por la vida rechazando mi sexualidad y convirtiéndome en un hombre muy duro de corazón. Y véame ahora a los 84 años de edad. Nunca pensé que vendría a un retiro impartido por una mujer. Ayer, cuando acudí a su ministerio, no sabía qué iba a decirle. No sabía cómo relacionarme con las mujeres. Cuando usted empezó a hablarme, fue como si estuviera leyendo la historia entera de mi vida con la ternura de Jesús. Al derrumbarme y comenzar a llorar, porque me

sentí conmovido, usted puso su brazo alrededor de mis hombros y me dejó llorar. Por primera vez en mi vida, sentí la ternura de una madre. Nunca supe lo que era ser tocado por una mujer y que pusiera su brazo alrededor de mis hombros».

Luego añadió: «Nunca tuve devoción por la Virgen. Ella era una mujer y las mujeres estaban descartadas en mi vida. A través de su ministerio, experimenté el calor y la ternura de María, la Madre de Jesús. Ahora he aceptado a María como mi madre. Quiero darle las gracias, hermana».

Sentí un gran gozo al oír esto. Ésa es justamente la razón por la cual soy célibe, para ser capaz de llevar a Cristo a su pueblo. Hay muchas maneras de llevar a Cristo, pero para mí, ésta fue la más hermosa; saber que presenté a ese sacerdote a María, con la ternura de una madre, con la belleza de la feminidad, con una parte de su propia vida que no había sido tocada jamás.

¿Cómo podía él ser un hombre de amor, de ternura, de compasión, si su propio corazón nunca había sentido calor humano?

La gran humanidad de Jesús y su cálida acogida era lo que atraía a las multitudes. Hoy en día tenemos a hombres y mujeres célibes que reflejan estas cualidades del Maestro. Hay muchos, pero vienen a mi mente dos de ellos: Juan Pablo II y la madre Teresa de Calcuta. Una vez le pregunté a la madre Teresa cuál era el mensaje más grande que, según ella, yo podía dar a los sacerdotes. Ella sonrió, tomó mi mano y dijo: «Hermana Briega, dícales que deben pedirle a Jesús que les dé su corazón para amar. Dícales que deben ser hombres de amor, que deben amar al pecador, no el pecado».

El celibato no es una llamada fácil, pero viene del Señor mismo. En Mateo 19 leemos los puntos de vista de Jesús acerca del divorcio y de volverse a casar. Los discípulos sugieren que, si ése es el caso, sería mejor no casarse.

Jesús dijo: «No todos pueden hacer esto, sino sólo aquéllos a quienes Dios se lo concede. Algunos no se casan porque nacieron incapacitados para eso; otros porque los hombres los

incapacitaron; y otros eligen no casarse por causa del reino de los cielos. Quien pueda poner esto en práctica, que lo haga» (Mt 19, 11-12).

La paternidad del sacerdote

El sacerdote es llamado a ser un padre. ¿Qué es un padre?

Un padre es un hombre que Dios usa para traer vida. La acción de un hombre de dar la vida física sólo es el comienzo de la paternidad. Traer una criatura al mundo es una parte muy pequeña, pero la plenitud de la paternidad sólo se realiza cuando un padre ama, forma, corrige y guía a sus hijos. Un padre tiene que estar presente y mostrar ternura y compasión a sus hijos. Él les provee de comida para que puedan crecer y ser fuertes; provee para su educación; les enseña lo que está bien y lo que está mal, dándoles un sentido moral; les educa en el amor y el temor de Dios; les prepara para la sociedad y para un mundo en el cual ellos, a su vez, harán lo mismo.

Ése es el papel del hombre que es padre físico y ama a sus hijos. Se requieren los mismos deberes de un sacerdote como padre de los fieles. Dios ha elegido al sacerdote como padre espiritual. La primera llamada del sacerdote es amar a la Iglesia a quien ha comprometido su vida. Él debe amar a Dios en la Iglesia. Ha de ser leal a ella. Después, como padre de una familia de fe, debe enseñar y animar a su pueblo. Les tiene que alimentar con la palabra de Dios y el Pan de Vida.

Yo animo a los sacerdotes a que desarrollen una devoción a Dios Padre y que le pidan que refleje su paternidad a través de ellos. Un obispo tiene que ser un padre para sus sacerdotes, así como para el pueblo. Ha de ser el que no tiene miedo a mostrar ternura cuando sus sacerdotes se derrumben, no tener miedo de retar cuando haya necesidad de hacerlo o de ejercer una autoridad decisiva cuando sea preciso.

Durante un retiro a sacerdotes, acudió uno para que le atendiera, y mientras oraba por él recibí una hermosa imagen de Jesús. Estaba arrodillado en un camino accidentado, estrechando las manos del sacerdote y le decía: «Roberto, perdónate a ti mismo, Yo te he perdonado. Vuelve a mí. Recuerda la parábola del hijo pródigo. Ése eras tú. Estoy esperando que vuelvas a mí. Perdónate y vuelve de nuevo a mí». Le dije: «Padre, no sé lo que anda mal en su vida, pero el Señor le ha perdonado de veras por la equivocación que cometió».

El sacerdote rompió a llorar y me dijo que había cometido una terrible equivocación. Que tomó una decisión apresurada que había causado un gran escándalo. Él se ausentó con un permiso y volvió a casa de sus padres. Todas las mañanas iba a la parroquia de su ciudad natal y lloraba contándole a Dios la terrible equivocación que había cometido. Sentía que jamás podría volver, que el obispo estaría enfadado con él y que no le iba a acoger.

Un día, después de un año, leyó la parábola de hijo pródigo en Lucas 15. Recibió el valor de regresar para ver a su obispo. Me dijo: «Me puse de rodillas y le supliqué al obispo que me perdonara y le pedí que me acogiera de nuevo. ¿Sabe, hermana Briege?, nunca olvidaré lo que hizo el obispo. Estaba sentado detrás de su escritorio. Se levantó, vino a mí y me abrazó. Me dijo, como un padre a su hijo: “Roberto, yo te acojo de nuevo. Jesús te ha perdonado y yo también. Pero quiero que hagas una cosa. Quiero que vayas al retiro de la hermana Briege, que vengas a verme después del retiro y me cuentes cómo te fue. Yo te colocaré de nuevo en una parroquia”».

El padre Roberto vivió una experiencia fantástica que cambió totalmente su vida. Conoció la misericordia y el amor de Jesús. Y pienso que también experimentó la ternura, compasión y paternidad de su obispo. El obispo no le condenó ni le culpó por la vergüenza que había ocasionado a la diócesis, aun cuando así fue. Por el contrario, recibió a este sacerdote en el amor como hizo Jesús. Necesitamos orar para que cada sacerdote y

cada obispo tengan el corazón de un padre y para que discernan cómo responder con amor ante cualquier situación.

Relaciones

Al reflexionar en el área de las relaciones, me viene a la mente santa Clara, la fundadora de nuestra orden, que amaba y apoyaba a san Francisco en una relación auténticamente centrada en Cristo. Su relación inspirada con Dios y entre ellos dio origen a la gran familia espiritual de franciscanos que ha estado sirviendo a la Iglesia durante ochocientos años.

Algunos hombres y mujeres que ya hicieron la elección permanente de ser célibes ahora dicen que sienten que Nuestro Señor quiere que se casen. Yo no puedo aceptar esta afirmación tan fácilmente, sino que veo su situación como una prueba de su compromiso de servicio en la Iglesia como personas solteras para el Señor.

Hay tres lecciones que el Señor me enseñó sobre una relación que tengo con un sacerdote. Las lecciones tienen que ver con el dominio, el respeto y la diferencia entre ocultar las cosas o ser prudente.

Primero: cualquier cristiano, pero en especial un célibe religioso, tiene que recordar que él o ella no puede ser poseído por nadie excepto por Jesús. Nadie puede poseerme a mí. Poseer o manipular a otra persona para establecer un vínculo está mal.

Segundo: tengo que respetar a la otra persona. Si Dios me ha dado un amigo con el que poder hablar y compartir mi fe, tengo que respetar a esa persona y apoyarla en su vocación.

Tercero: tengo que conocer la diferencia entre la prudencia y ocultar las cosas. No debo tener miedo ni ocultar si tengo un amigo sacerdote con el que puedo relacionarme y compartir mi viaje hacia Cristo. Tengo que ser prudente. Ser prudente es evitar situaciones en las que se pueda causar un escándalo o poner en

peligro el propio compromiso. Todos somos de carne y hueso. El demonio intenta encontrar la manera de hacernos caer. Es importante que no oculte nada a mi confesor y que siga su consejo.

Hace algunos años, di una charla sobre el sacerdocio a unos cinco mil laicos. Había cierto número de sacerdotes que también asistieron. Hablé sobre la belleza del sacerdocio y compartí mucho de lo que ya he dicho en este capítulo. Después de mi charla, los laicos dijeron que estaban entusiasmados. Pero varios sacerdotes saltaron y, por lo que dijeron, sabía que mantenían unas relaciones malas. Mi charla les había confrontado con una imagen del sacerdocio que habían descartado u olvidado.

Les dije que sólo se engañaban a sí mismos, que ellos se habían comprometido con Jesús y que se estaban retractando. Les hablé sobre los grandes peligros de la hipocresía y la transigencia. Si yo no soy sincera y no intento vivir lo que profeso ser, si no soy pura y no intento ser casta, si no vivo esta vida de celibato para el Señor, me estoy engañando a mí misma.

Como resultado de este encuentro con dichos sacerdotes, sentí la necesidad de irme y pasar un tiempo de oración y ayuno. Fui al monasterio de la madre Angélica en Birmingham. Durante el retiro, el Señor me reveló muchas áreas de la vida sacerdotal por las cuales yo debía rezar.

Un día, mientras oraba ante el Santísimo, el Señor me llevó, en mi imaginación, a un seminario donde vi a un grupo de sacerdotes reunidos alrededor de Jesús. Él giró el rostro de un sacerdote para que yo le viera. Me lo mostró y me dijo: «Mira a este sacerdote. Llegarás a conocerlo. Él te enseñará mucho acerca del sacerdocio. Será una gran protección en tu vida. Juntos atraeréis a muchas almas a mí. No tengas miedo». Inmediatamente pensé en todas las dificultades que los sacerdotes estaban experimentando. Yo me sentía segura trabajando sola. Solamente pensar que tenía que trabajar con un sacerdote me resultaba una amenaza.

Tres años después, estaba en Irlanda y me invitaron a conocer a un sacerdote en Dublín, en All Hallows College (Universidad de

Todos los Santos). Estaba empezando una intercesión para sacerdotes, un programa que duraría un mes, en el que los vicarios de Cristo aprenden a conocer el valor y el poder de la intercesión. Al principio dudé, porque estaba de vacaciones, pero por mi amor al sacerdocio y mi interés por el tema, fui a Dublín a conocer al padre Kevin Scallon.

Hablamos sobre el valor de la intercesión y compartí con él mi experiencia en el ministerio con los sacerdotes. Cuando me iba, me preguntó si podría ir a la intercesión en algún momento para orar con los demás. Le dije que sí y me fui. Al salir me preguntaba dónde había visto yo al padre Kevin antes. Oí una voz interior que me decía: «Éste es el sacerdote que te mostré. Llegarás a conocerle bien». En ese momento, la imagen del seminario de tres años atrás volvió a mi mente. De repente me di cuenta de que el seminario de Todos los Santos era el que había visto en la imagen.

Con el paso del tiempo, empecé a recibir invitaciones para dar retiros donde también estaba invitado el padre Kevin. Nos encontrábamos constantemente sin que lo hubiéramos planeado o hiciéramos cualquier esfuerzo por nuestra parte.

De la relación que hemos mantenido en estos últimos diez años, los dos hemos obtenido un mayor entendimiento del valor y la riqueza del celibato. Ambos nos hemos enriquecido individualmente trabajando juntos y compartiendo nuestro compromiso de permanecer solteros por el Señor.

Una de las grandes protecciones en este tipo de ministerio en equipo es la sumisión a nuestros superiores. El provincial del padre Kevin y mi madre superiora nos apoyan en este ministerio en equipo. Hemos orado con ellos y buscado que Dios nos guíe a través suya. El padre Kevin y yo hemos viajado mucho sirviendo en este ministerio para sacerdotes en lugares como África, Europa, América del Norte y del Sur, Australia y el Lejano Oriente.

Quiero compartir con vosotros una experiencia que expresa la riqueza de una relación enraizada en el Señor. Tuvo un efec-

to profundo tanto en el padre Kevin como en mí y nos hizo muy conscientes de la presencia permanente de Cristo. Estábamos cenando en un restaurante en Dublín y el padre Kevin estaba frente a mí. Invitándonos a orar antes de nuestra comida, él dijo: «Pidamos a Jesús que nos visite ahora tal como hizo en el camino de Emaús». En ese momento, al decir esas palabras, yo agaché la cabeza y esperé a que continuara con la oración, pero no dijo nada. Levanté la cabeza para ver qué le impedía continuar. Y sentado en la silla vacía, estoy segura que fue en mi mente, vi con claridad una bellísima imagen de Jesús sonriéndome. Sin decirme nada me transmitió estas palabras: «Siempre estoy presente cuando soy amado, respetado y bienvenido». Entonces desapareció la imagen.

El padre Kevin me miró. Pude ver que estaba conmovido. Dijo: «Acabo de sentir que alguien se sentaba a mi lado». Lo que él sintió confirmaba lo que acababa de ver.

¿Deben las mujeres ser sacerdotes?

Reconociendo mi ministerio en la Iglesia de hoy y las muchas razones que se aducen actualmente para que las mujeres sean ordenadas, a menudo me preguntan por qué no hago campaña a favor de la ordenación de mujeres. Me preguntan si me siento incapaz o resentida por no poder ser ordenada.

Respondo que siempre he estado cómoda con la postura y las enseñanzas del Santo Padre. Por el dolor y confusión que este tema está causando en la Iglesia, me puse ante el Señor y le pedí que me diera un entendimiento más claro de su plan para la Iglesia. Le pedí el valor para aceptar, aun en medio de la oposición, mis propias convicciones y creencias. Reflexionando sobre el problema, a menudo había usado razonamientos humanos para explicar por qué las mujeres no son sacerdotes. Nunca antes había orado realmente sobre este tema o buscado la sabiduría del Señor.

Lo que aprendí me ha dado gran alegría. Para mí, es la respuesta a esta pregunta. Otros pueden no estar de acuerdo, pero aquí lo voy a compartir porque podría ser beneficioso. Mientras oraba ante el Santísimo, oí que el Señor decía: «Ahora te voy a dar una nueva conciencia acerca del ministerio sacerdotal».

Tuve una visión del plan de Dios para su Iglesia que edificó sobre la roca, Pedro. Lo primero fue una imagen de Pedro cuando Jesús colocaba la gran llave de la Iglesia en manos del pescador. Fui muy consciente de la grandeza de la Iglesia que Cristo fundó sobre Pedro, de la fidelidad del Señor al darnos a nuestro Papa actual, Juan Pablo II, que aparece hoy como un signo visible en la tierra. Él no se adapta a las ideas de la gente y tampoco suaviza el plan de Dios ni los retos del Evangelio, tal como él los entiende.

El Santo Padre está llamado a guiarnos en la verdad y a proteger las verdades de la Iglesia y de Cristo. La misión de la Iglesia es evangelizar al mundo con los valores evangélicos. El mundo no tiene la misión de evangelizar a la Iglesia. La primera parte de la visión fue ver a Jesús con san Pedro, su vicario.

A partir de ahí fue como si regresara al momento de la creación. Vi a Adán y Eva en la perfección de su humanidad. Tal y como lo había planeado, fueron creados a imagen y semejanza de Dios. En ese momento la voz me dijo: «Ser plenamente humano es ser plenamente perfecto. El pecado es lo que distorsiona a la humanidad». Hoy, la gente usa su humanidad como pretexto para pecar. Sin embargo, ser plenamente humanos significa estar libre de pecado como Dios quería.

Es importante reconocer que el pecado original vino a través de nuestros primeros padres. En su naturaleza humana, desobedecieron a Dios. No fueron simplemente un hombre y una mujer que se apartaron de Él, sino la parte más selecta de la creación de Dios, la parte que más se asemejaba a Él, seres humanos hechos a imagen de su hijo, poseyendo ambos un cuerpo físico y un alma espiritual. El resultado de esta desobediencia nos ha afectado a

cada uno de nosotros. Todos nacemos con ese pecado y es que nuestra naturaleza fue afectada por el pecado de nuestros primeros padres. Recibimos de la humanidad lo que ésta es.

Sabemos por la Sagrada Escritura que Dios reveló con claridad su intención de usar a la humanidad, ambos, hombre y mujer, como figuras clave en su plan de redención.

Entonces en mi imaginación, vi a María que fue creada en la perfección más hermosa y plenamente humana, libre de pecado, como lo fueron Adán y Eva antes de la caída. Dios iba a usar a una mujer en el plan de la redención. Ella era plenamente humana y llena de la perfección de Dios.

El Señor pudo haber enviado a Jesús a la tierra sin el concurso de una mujer. Él es Dios. Pudo hacer cualquier cosa, pero decidió usar a una mujer y acudir al vientre de una criatura humana. Haciéndolo así, creo yo, y así fue como lo sentí, en ese momento Dios elevó a todas las mujeres a una dignidad que nunca antes habían conocido.

Dios visitó a todas las mujeres cuando visitó a María. A través de Adán y Eva toda la humanidad sufriría los efectos terribles del pecado. Ahora, a través de María y del fruto de su vientre, la humanidad entera conocería los efectos maravillosos y el poder de la redención. Todos seríamos afectados por ello. En Jesús, la naturaleza humana dijo *sí* para vencer al *no* de Adán. Dios eligió a María para participar en la redención tal como Eva participó en la caída.

Me llené de gozo. Entendí en su totalidad las implicaciones de Dios al venir al vientre de una mujer. Dios se encarnó. Él fue concebido por el Espíritu Santo, pero todo lo que necesitó para su cuerpo físico lo tomó de María. Aun más, María fue quien lo alimentó y lo amó. Ella hizo todas esas cosas que una madre sabe hacer tan bien. ¡De qué forma tan hermosa honró Dios a todas las mujeres!

Entonces vi a Jesús yendo hacia el Calvario y cómo le clavaban en la cruz. La voz dijo: «Oh, pero la muerte no me manten-

drá apartado de mi pueblo, porque yo he vencido al pecado a través de esta muerte. Amo a mi pueblo, y estaré con él».

Siguió desvelándome su plan. Dijo que seguiría estando con nosotros, que se entregaría a nosotros de una manera física. Recordé la Última Cena, la institución de la eucaristía. Esta vez el Señor ya no vendría a nosotros bajo un aspecto humano, sino escondido, pero plenamente humano y divino bajo la apariencia de pan y vino.

Dios tuvo sus razones para elegir a hombres a la hora de cumplir esta parte de su plan, para traer al Señor a nuestros altares. No podemos sondear o explicar los planes de Dios. No sabemos por qué eligió venir como un hombre nacido de mujer. No sabemos por qué eligió sólo a hombres para ser sacerdotes. Pero la persona de fe acepta que la mente de Cristo y el plan de Cristo serán revelados en la Iglesia a través de los obispos del mundo en unión con el vicario de Cristo.

Entonces, pude ver por mí misma que nadie tiene derecho sobre el sacerdocio. Es un don de Dios. Yo no tengo el derecho de decirle a Dios: «¡Dame el poder de hacerte presente en el altar! ¡Dame el poder para transformar el pan y el vino en tu cuerpo y tu sangre!».

Fui consciente de que nadie, ni siquiera los sacerdotes, tienen derecho sobre el sacerdocio. Dios elige. Es el plan de Dios, su armonía y su voluntad es lo que tenemos que buscar.

Ésa fue la respuesta para mí.

Al final, sentí que el Señor me decía: «Recuerda, mientras el sacerdote te dé el cuerpo y la sangre de Jesús en la eucaristía, es el mismo cuerpo que María llevó en su vientre, que trajo al mundo y cuya muerte lloró en el Calvario. María, y con ella todas las mujeres, participan tan íntimamente en la eucaristía como lo hacen en la Encarnación. Recuerda además que todos los hombres y mujeres bautizados y abiertos a la acción del Espíritu Santo también me dan a luz. Ahí donde viven y trabajan, me hacen presente».

Así como Jesús vino al mundo a través de María, en el misterio de la eucaristía, Jesús viene a la Iglesia a través del sacerdote para fortalecer a su pueblo en su misión en el mundo, para que pueda llevar a Jesús a los demás.

Hacer presente a Jesús en el mundo es la misión de todos los cristianos bautizados. Somos alimentados con la eucaristía a fin de ser capaces de hacerlo.

Ruego a Dios que lo que he compartido con vosotros nos ayude a ver que nuestro Santo Padre, el vicario de Cristo, tiene que ser fiel a lo que él cree y sabe que es la verdad. Pido a Dios para que los hombres y mujeres de la Iglesia se alegren por el plan armonioso y creativo de Dios para su mundo y su Iglesia. Ruego para que Dios nos dé la gracia de alegrarnos por las grandes cosas que ha hecho por nosotros al darnos a Jesús a través de María, a través del sacerdocio y por medio de todos nosotros.

María, una mujer para todos los tiempos

EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS a la gente le ha resultado difícil identificarse con María, la madre de Jesús. Mucha gente pensaba que la devoción a María, junto con muchas devociones populares, ya no era relevante después del Concilio Vaticano II. Sin embargo, hoy millones de católicos se aferran a su amor por la Madre de Dios. No ven a María como una figura sombría del pasado, como una mujer cuya santidad y cuya relación con Dios y Jesús la han hecho inaccesible e intocable para el resto de la humanidad. Y, entre otros cristianos no católicos, empieza a haber un aprecio creciente por María y por el lugar que ella ocupa en nuestra fe.

María es humana. Fue una mujer de su tiempo porque ella es la Madre de Jesús. Y porque ahora está con Jesús en la eternidad y fue concebida sin pecado, puede ser reconocida hoy como una mujer plenamente viva, como una mujer que es, como dije en el último capítulo, plenamente humana. De hecho, después de la caída de Adán y Eva, a excepción de Jesús, María es el único ser humano que ha alcanzado la cúspide de la excelencia humana, la plenitud de la vida humana.

Cada uno de nosotros hemos sido creados de forma intencionada por Dios, nadie vino a este mundo por accidente. Dios decidió crearnos tal y como decidió crear a María sin pecado.

Su Inmaculada Concepción fue para Jesús y para cada uno de nosotros.

¿Podéis imaginar a Dios enviando a su hijo a un vaso sucio, un vaso tan manchado de pecado que hubiera ensombrecido la gloria de su vida? Si María no hubiese estado libre de pecado, ¿creéis que el ángel Gabriel le habría dicho: «Llena de gracia, el Señor está contigo»? ¿Podría haber dicho María: «Mi alma glorifica al Señor... Todas las generaciones me llamarán bienaventurada»?

La ausencia de pecado en ella es una visión de lo que nosotros éramos antes de la caída y de lo que podemos llegar a ser por la gracia salvífica de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. María es pura y sin pecado, pero su vida empezó en el mundo en el vientre de una mujer. Ella no ha perdido contacto con el mundo, porque ella ama lo que ama su hijo; y Él nos ama. Cuando Jesús estaba muriendo en la cruz, Él se la entregó a su discípulo Juan, y le entregó Juan a María, y María a todos nosotros.

Pido a Dios que estemos más abiertos al gran don que Jesús nos ha hecho a todos nosotros de su propia madre, una madre que desea nuestra salvación, una madre que participa a través de su amor por su hijo en la redención de toda la humanidad. Esto no quiere decir que sea co-salvadora con Jesús. Sólo Jesús salva, pero a través del amor, ella compartió el amor de Jesús por nosotros, su pasión por nosotros, su misión hacia nosotros. Jesús, en su misericordia, permitió que su madre sin pecado participara a través de su corazón y su espíritu en la redención de la humanidad, como Eva participó en su caída. En María, las mujeres encuentran la mayor prueba de su igualdad con los hombres. Gracias a María, la humanidad nunca debe dudar de que Dios ama a las mujeres tanto como a los hombres.

El papa Pablo VI escribió una bellísima exhortación llamada *El culto mariano*. En este documento de 1974, Pablo VI afirma que en vista de que el papel y el estatus social de la mujer han cambiado drásticamente en los últimos años, muchas personas ya no se identificaban con la doncella judía de los tiempos

del Nuevo Testamento. Sin embargo, el Papa dice: «La Virgen María ha sido siempre propuesta por la Iglesia para imitación de los fieles no precisamente por el tipo de vida que llevó y menos por el ambiente socio-cultural en que se desarrolló (hoy día superado casi en todas partes) sino porque en sus condiciones concretas de vida, Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios (cf. Lc 1, 38); porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; porque fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene valor universal y permanente» (nos 34-35).

El pueblo irlandés siempre ha tenido gran devoción a María, y siendo niña recuerdo haber rezado el Rosario en familia y tener gran respeto por la Madre de Dios. Seguí teniendo gran devoción por María a lo largo de todo mi noviciado en las clarisas y durante toda mi enfermedad en el sufrimiento y en mi sanación. Cuando estaba luchando con la decisión de aceptar el don de sanación, pedí a María que intercediera por mí, para que me mantuviera en el corazón de la Iglesia, y que me ayudara a responder a lo que Dios quisiera de mí.

Voy a compartir con vosotros algunas experiencias que muestran cómo, incluso en nuestros días, esta gran mujer continúa repitiendo su mensaje de Caná (Jn 2, 5), señalando a su hijo y diciendo: «Haced lo que Él os diga». Éste es su papel en la Iglesia: llamar a sus hijos continuamente a responder a la voluntad de Dios y a ser obedientes a la voz del Señor.

Poco tiempo después de haber aceptado el don de sanación, tuve el privilegio de ir a Lourdes. Mientras estaba allí, sentada ante la gruta, veía cómo los enfermos eran llevados al área de intercesión. Esta escena me conmovió mucho al darme cuenta de que la Virgen María está estrechamente unida al ministerio de sanación de Cristo. Mientras yo seguía mirando, escuché en mi interior: «Por el amor que tienes a mi madre, también tú par-

ticiparás de su obra aquí en Lourdes». Me dije: «¿No sería maravilloso poder orar por la gente aquí en Lourdes?». Pero pensé que sería imposible ya que sólo estaba allí como un peregrino más. Abandoné la gruta y me fui a la capilla donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento. La voz me volvió a decir: «Por el amor que tienes a mi madre, tú también compartirás su trabajo aquí en Lourdes».

Antes de que pasara una hora, mientras me tomaba un café en una cafetería con un matrimonio de Florida, mis ojos se posaron en un sacerdote que caminaba por la calle. Tenía una etiqueta de identificación con su nombre y decía que venía de la diócesis de Armagh, la diócesis de mi ciudad natal.

Le saludé y le dije que también yo procedía de allí, pero que ahora estaba destinada en Florida. Me dijo: «¿Es usted la hermana Briege McKenna?». Cuando le dije que sí me preguntó: «¿Me podría hacer un favor? Tenemos cuatrocientos inválidos en el hospital de mi distrito. ¿Podría venir a orar por ellos?».

Fui con él. Mientras caminaba de cama en cama, casi todos dijeron que me habían escrito a Florida pidiéndome que orara por ellos. En sus cartas me preguntaban si iba a volver a Irlanda pronto para que pudiera orar por ellos personalmente. No pensaba ir, pero el Señor llevó a gente de esa parte de Irlanda a Lourdes cuando yo estaba allí.

Mientras oraba por esas personas, me di cuenta de que el Señor estaba cumpliendo con lo que me había dicho, que participaría del ministerio de su madre en Lourdes. Supe que estaba experimentando los milagros reales que ocurren en Lourdes además de la sanación física: la gracia de ser llenados de gozo aun en medio del sufrimiento, y de aceptar el sufrimiento en espíritu de reparación e intercesión.

Después de esta primera experiencia, he servido en este ministerio varias veces en Lourdes, pero los momentos más brillantes fueron cuando me invitaron a participar dando retiros a sacerdotes. A uno de aquellos retiros asistieron muchos enfermos.

Esos sacerdotes llegaban a la sala de conferencias en camillas. Cuánto me inspiró verlos cantar las alabanzas al Señor mientras yo me acercaba a ellos para orar a su lado. A un retiro, que compartí con un sacerdote francés, asistieron más de quinientos.

Misión a escala mundial

En 1973, en Tampa, tuve un sueño que en ese momento no tenía ningún sentido para mí, pero que más adelante se hizo realidad y me hizo comprender que había sido profético.

En las primeras horas de la mañana del 1 de enero de 1973, soñé que estaba en la capilla ante una estatua de María y ella tenía un globo terráqueo en la mano. Al mirarla, pensaba lo hermosa que era, ella me miró y sonrió.

Yo miré y pensé, en el sueño: «Oh, está viva». Entonces se inclinó y me entregó el globo terráqueo. Al cogerlo, me susurró al oído. Yo le dije que jamás olvidaría lo que me había dicho.

En el sueño me volví para salir de la capilla. Al hacerlo oí sonar un teléfono. Me desperté, y mi teléfono estaba sonando. Eran como las cuatro de la mañana, y estaba medio dormida cuando respondí. Contestó un sacerdote disculpándose por llamar tan temprano, pero dijo que su madre se estaba muriendo y quería que orara por ella. Oré con él.

Intenté recordar los detalles del sueño pero no pude. No podía recordar lo que ella me dijo. Me volví a dormir, ¡y volví a tener el mismo sueño!

Volví a la misma capilla. Todo ocurrió igual que la primera vez. Ella susurró en mi oído y volví a decirle que nunca olvidaría lo que me dijo. Al salir de la capilla, todavía en el sueño, algunas personas vinieron corriendo hacia mí. En realidad todavía no había entendido que se trataba de María, pero esa gente en el segundo sueño me preguntó: «¿Qué te ha dicho María?». Respondí: «No sé, lo he olvidado». Me sentí frustrada. ¿Cómo

podía olvidarlo tan rápidamente? Acababa de dejarla. En el sueño, vi a una hermana que había estado en el noviciado conmigo. Ella se acercó y me dijo: «Oh, Briege, yo sé lo que la Virgen te dijo. Ella te dio un mensaje para tu espíritu y cuando llegue el momento lo recordarás, pero no ahora». Añadió: «El globo terráqueo que te dio es la tierra que tú vas a recorrer». Luego desperté. Más tarde entendería que éste fue un sueño profético, y es que en aquella época yo viajaba muy poco.

Milagros en Brasil

Varios años después, en el cuarto centenario de San Vicente de Paul, el padre Kevin tuvo una moción del Espíritu para inscribirme en la asociación de la Medalla de la Milagrosa.

Nuestra Señora dijo que aquéllos que usan esta medalla con confianza serán bendecidos, pero la medalla no es como un amuleto. Como dice el folleto acerca de la medalla, «se trata de una pequeña señal de amor diseñada por la Santísima Virgen que ella te entrega a ti». La gente usa la medalla como un recordatorio de su fe en Dios y en el poder de María como intercesora ante su hijo.

¿De dónde viene esta medalla? El 27 de noviembre de 1830, la Santísima Virgen se le apareció a la hermana Catalina Laboure en la capilla de la casa general de las Hijas de la Caridad en la Rue du Bac de París. La hermana Catalina describió a la Virgen Santísima como «hermosa en la perfección de su belleza». Cuando María se le apareció tal y como está en la medalla, la hermana Catalina oyó estas palabras: «Quiero que se haga una medalla según este modelo. Todos los que la usen recibirán grandes gracias». En una visita anterior, Nuestra Señora había dicho: «Ven a los pies del altar. Aquí se derramarán las gracias». María enseñó a orar a la hermana Catalina. Más tarde, Catalina fue canonizada.

El padre Kevin me habló sobre el valor de distribuir la medalla y me dio quinientas, sugiriéndome que las distribuyera durante mi próxima visita a Brasil, donde fui invitada por el entonces presidente Figueiredo.

Unos días antes de partir hacia allá, recibí la noticia de que el presidente estaba muy grave. Había tenido un infarto. Salí para Brasil el 7 de noviembre. Cuando llegué a la residencia presidencial, estaba rodeado de médicos y funcionarios del Gobierno. A los pocos días debía volar a los Estados Unidos para una operación a corazón abierto.

Yo oré por él, y mientras oraba, sentí la intuición de que debía darle una medalla milagrosa. Lo hice y le conté la historia. Me sorprendió su alegría. Preguntó: «¿Le ha dicho alguien lo que acabo de hacer?». Siguió diciendo que acababa de declarar una fiesta nacional en honor de la Virgen María el día 12 de octubre, la fiesta de Nuestra Señora Aparecida; a pesar de la oposición de los espiritistas y los cristianos no católicos que no comprendían el papel de María. Me fui ese día y a invitación suya fui a orar con varios miembros de su gabinete y otros funcionarios. Cuando oraba con esa gente, sentí la presencia de Nuestra Señora. Les di una medalla a cada uno y recibí una palabra del Señor para cada uno de ellos. Era como si el Señor me mostrara su vida interior. Ellos estaban profundamente conmovidos.

El presidente convocó una ceremonia nacional en el Santuario de Aparecida para consagrarle su país. Debido a su enfermedad, no pudo asistir, pero me pidió que fuera a la ceremonia, cosa que hice gustosa. Había más de doscientas mil personas congregadas en el santuario. Muchos de los obispos celebraron la misa ese día. En ausencia del presidente Figueiredo, el vicepresidente dirigió el acto de consagración. Ofreció una oración conmovedora, desde el fondo del corazón, en la que pedía a María que intercediera ante su hijo por la Iglesia y por el Gobierno. Pidió que la justicia prevaleciera en la nación y que las enseñanzas del papa Juan Pablo II se pusieran en práctica.

Después, el presidente Figueiredo fue a América para la operación. Atrasó el viaje porque la temía. Los médicos le habían dicho que estaría convaleciente unos sesenta días. Sin embargo, al llegar a Cleveland le dijeron que la operación no era inminente, así que volvió a casa. Le operaron dos años después; el presidente recibió una gran sanación espiritual, y el poder de Dios se manifestó en varios casos en su familia. Como regalo de Navidad ese año, regaló a cada miembro de su familia una medalla.

Me sentí abrumada por la fe y devoción del pueblo católico brasileño. Como resultado de una de mis conferencias, las señoras más destacadas del país organizaron una procesión eucarística y una cruzada del Rosario por la paz del país y del mundo. El acontecimiento tuvo lugar en Brasilia, la capital del país.

Cuando volví a Tampa y reflexioné sobre esta visita a Brasil, quedé conmovida por la cantidad de conversiones y sanaciones que se habían dado. Muchos dijeron, cuando les di la medalla —un signo de María— que sintieron la necesidad urgente de volver a practicar su fe. Otros informaron que habían recibido sanaciones físicas, de relaciones y también de otros tipos.

Unos dos meses después, ya en Tampa, estaba en la capilla realizando mi oración acostumbrada cuando oí con claridad: «Briege, tienes que ir a Rue du Bac». No iba a ir a París y no sabía cómo podría ir a la Rue du Bac. Se suponía que en marzo debería ir a Bélgica a visitar al cardenal Suenens, pero Bélgica no es París. Sin embargo, tuve la fuerte sensación de que sí iba a ir.

Tres días después, la señora Margie Grace, de Nueva York, me llamó por teléfono. Ella y su marido Peter, me han apoyado fuertemente en mi ministerio. Margie sabía que iba a ir a Europa y me dijo que ellos iban a ir allí en su avión particular. Me invitó a acompañarles. Me preguntó que a dónde iba. Le dije que iba a ir a Bélgica, pero que tenía un deseo muy fuerte de ir a París a la Rue du Bac. Llegué allí el día 19 de marzo, la fiesta de san José. No podía explicar el entusiasmo y la emoción que sentí en mi espíritu al acercarme a la Rue du Bac.

Cuando me arrodillé en esa hermosa capilla, vi una estatua de María con el globo terráqueo en sus manos. Todo me parecía tan familiar. Intenté recordar dónde había visto yo esa estatua antes. De repente, volví a vivir el sueño de 1973 y me vi recibiendo el globo terráqueo. Al recibirlo, se desenrolló un pergamino ante mí. Tenía escrito lo siguiente: «Ve y hazme reinar en los corazones de la gente que conozcas. Exprésale al mundo mi amor maternal y mi protección. Este globo representa el mundo que vas a recorrer. Al reinar en mi pueblo, reinaré en el mundo y habrá paz». Me di cuenta de que ése era el mensaje que yo no había podido recordar en mi sueño.

Entonces tuve una imagen de un corazón humano sin vida y marchito. Nuestra Señora me mostró una llave que introdujo en el corazón. Lo abrió e introdujo algo en él y el corazón empezó a latir con vida.

Ella dijo que debía usar la medalla milagrosa como un medio de presentarla a su pueblo; y que ella, a su vez, les llevaría a su hijo Jesús, que es el que nos da la vida. Entonces comprendí por qué tanta gente en Brasil a la que le di la medalla se abrió al poder vivificante de Jesús.

Tres días después, sin saber nada de esta experiencia, una amiga me dio una medalla milagrosa en forma de llave.

Desde entonces he viajado por todo el mundo con miles de medallas. Más que eso, he comenzado a ver una nueva dimensión en el ministerio de sanación: la gente vuelve a nuestra fe católica y al sacramento de la reconciliación.

La Reina de la Paz

En la Rue du Bac, Nuestra Señora me dijo que sería conocida como la Reina de la Paz. Algunos años después, mucha gente cree que María empezó a aparecerse en Medjugorje, Yugoslavia, donde instaba a la gente a arrepentirse y a orar por la paz.

En mayo de 1981, estaba ejerciendo mi ministerio en Roma, donde tuve el privilegio de orar con el padre Tomislav Vlasic, un sacerdote de Medjugorje. Me había pedido que orara por su ministerio como párroco en Yugoslavia. Recibí una imagen como las que a menudo tengo. Vi una iglesia blanca con dos torres gemelas. El padre estaba sentado en la sede del santuario de esta iglesia y ríos de agua viva fluían desde el altar. Mucha gente iba y recogía el agua con sus manos y la bebía.

El padre Tomislav se sintió muy consolado por esta imagen porque su parroquia estaba atravesando tiempos difíciles. La iglesia se enfrentaba a grandes dificultades porque el gobierno era cada vez más hostil hacia la Iglesia.

Fue un mes después, el 24 de junio, cuando la Virgen hizo su primera aparición ante los cinco jóvenes de Medjugorje. Desde entonces se ha aparecido a diario y ha habido muchas conversiones y milagros en esa aldea rural de la ex Yugoslavia. Miles de personas acuden de todas partes del mundo.

María pide a las personas que vuelvan a su hijo y les dice que si oran, ayunaran y se confesaran, habría muchas conversiones y las conversiones llevarían a la paz. Una vez más, se volvió a llamar la Reina de la Paz. El Padre Tomislav se encontró en la misma iglesia que yo le había descrito en la imagen de Roma.

Al ir creciendo el interés en Medjugorje, la gente me preguntaba si yo iría allí. Y muchos se sorprendían de que yo no tuviera planeado ir o de que nunca me hubiera sentido llamada.

En marzo de 1985, di un retiro en Irlanda. Allí conocí a un caballero irlandés que ahora vive en Inglaterra. Mostró gran sorpresa al saber que yo no había estado en Medjugorje y parecía estar seguro de que algún día iría. Él y su mujer me acompañarían si decidía ir. Le agradecí su ofrecimiento, pero le respondí que mi programa estaba totalmente lleno para los próximos dos años y que no veía ninguna oportunidad de ir. Abandonó el retiro esa tarde y un día después regresó a Inglaterra.

Muy temprano, al día siguiente por la mañana, mientras rezaba el Rosario, tuve una fuerte sensación de la presencia de María y me pareció oír una voz que decía: «Tienes que ir a Medjugorje, y allí te daré un mensaje para mis sacerdotes. Irás en la fiesta del Corpus Christi». Pensando que pudiera ser algo de mi imaginación o un deseo mío, después de haber oído tanto sobre Medjugorje, pedí al Señor que me guiara y me diera discernimiento. Vinieron a mi mente tres cosas que parecieron confirmar el mensaje.

Abrí las Sagradas Escrituras en el pasaje que había recibido para el padre Tomislav en 1981 sobre las aguas vivas. Segundo: la única semana y media que tenía libre en el próximo año era la semana del Corpus Christi que era en junio. Tercero: sabía que por mis votos debía someter el proyecto a mi madre general. Su respuesta también me confirmaría si debía ir. Ella reaccionó con mucho entusiasmo. Aún recibí otra confirmación cuando el caballero de Inglaterra volvió. Estaba preparado para marcharse, pero sintió una fuerte moción de volver al centro, donde yo impartía el retiro. Así que fui a Medjugorje. Durante su homilía en la misa, la primera noche que estuve allí, el padre Tomislav Pervan habló con gran entusiasmo y poder a una iglesia repleta. Mientras predicaba, empecé a llorar, aunque no comprendía lo que estaba diciendo en croata. Pero yo estaba recibiendo una imagen de un grupo de sacerdotes que eran vencidos por el mal y el pecado. Ellos no creían en el poder que tenían para vencer al pecado. Fue una escena triste y aterradora.

Después de la misa, le pregunté al padre Tomislav sobre qué había predicado. Su sermón se correspondía con mi imagen. Había predicado sobre el pecado en el mundo y la necesidad de reclamar el poder de Cristo, la necesidad de vestirnos con la armadura de Cristo (Ef 6, 10-17). Habló sobre el sacerdocio y la importancia de luchar contra las fuerzas del mal.

Recibí un mensaje de María que comparto con los sacerdotes cuando les doy retiros. También tuve la oportunidad de servir con mi ministerio a los grupos de oración y a los jóvenes de

la aldea. Además estuve en el cuarto de las apariciones y hablé con los videntes.

Los jóvenes de hoy son explotados por la sociedad y atacados por Satanás. La sociedad no acepta que sean puros y castos. Pero en Medjugorje fui testigo de un extraordinario sentimiento de la presencia de María y de su pureza en los jóvenes, especialmente en aquéllos que pertenecen al grupo de oración que Nuestra Señora pidió a los videntes que formaran.

Durante mi visita a este grupo de oración, les hablé sobre mantenerse fieles a su anhelo de santidad. Les dije que estuvieran siempre en alerta ante los esfuerzos constantes del Maligno para apartarlos de la santidad. Compartí con ellos la alegría de entregar la vida a Jesús y les dije que Dios nunca se deja ganar en generosidad. A día siguiente, Jelena, una de las videntes, recibió un mensaje de la Virgen que confirmaba mi enseñanza.

Siempre he celebrado la fiesta del Corpus Christi como un día especial, pero jamás lo he celebrado rodeada de gente con tanta fe, devoción y amor por la eucaristía como en Medjugorje.

María me ha enseñado muchas cosas bonitas cuando se lleva a la gente a su hijo. Una de las cosas es el Rosario. El padre Pío, ese santo místico, dijo del Rosario: «María ha puesto una espada en manos de sus hijos y esa espada es el Rosario». Creo que el Rosario es sencillamente caminar con María a través de la vida de Jesús.

El papa Pablo VI habló sobre el Rosario como una «oración del Evangelio, centrada en los misterios de la encarnación redentora. El Rosario es una oración con una orientación claramente cristológica». Como hermana de Santa Clara, creo con todas mis hermanas alrededor del mundo que debemos ser inspiradas por un gran amor a María, la Virgen Madre, y ver nuestra vida célibe como una fuente de fecundidad espiritual en la Iglesia y un signo profético para todo el pueblo de Dios de la vida de gloria futura que nos espera en la resurrección.

¡Vayamos! **¡En nombre del Señor!**

CUANDO DEJÉ MI CASA y abracé la vida de una hermana clarisa, hubiera sido inconcebible pensar o imaginar el plan que el Señor tenía para mi vida. Sus planes me iban a llevar lejos de mi patria a los confines de la tierra para proclamar su Evangelio.

Santa Clara, la fundadora de nuestra congregación, recibió una vez una palabra de Dios para san Francisco, que como franciscana, yo también tomo a pecho:

*Dios no te llamó sólo por ti mismo,
sino también para la salvación de otros*

Reconozco que, a causa de nuestra libertad franciscana, estamos capacitadas, con la libertad tan característica del espíritu de Clara, a expresar nuestros carismas gozosamente en los distintos apostolados. Voy con gozo en el nombre del Señor, a proclamar su amor y su poder sanador, con la bendición y el apoyo de mi congregación. A través de mis viajes, Dios ha enriquecido mi vida y la ha llenado con alabanza por su bondad y amor por la humanidad.

El Señor es el que hace maravillas. Estoy convencida de que, a través de su bondad, sólo puede uno convertirse en una señal

que indique el camino hacia Él, para ayudar a otros a descubrirle en sus corazones y permitir que les conceda grandes bendiciones

He viajado, como dijo Nuestra Señora, por todo el mundo. En estos últimos años, mis viajes internacionales han adquirido una nueva dimensión después de haber conocido al padre Kevin. Él, al igual que yo, tiene gran amor por la eucaristía y es muy consciente de su poder. Ambos hemos sido testigos del poder de la eucaristía en una visita reciente al Lejano Oriente. El padre Kevin recorrió los pasillos de un estadio repleto con más de veinte mil personas. Les habíamos dado una enseñanza sobre el Jesús que realmente les ama y está de verdad presente en la eucaristía. El padre Kevin les pidió que levantaran las manos hacia la custodia que contenía la sagrada hostia, y que pidieran a Jesús que les bendijera y sanara. Yo me quedé de pie ante el micrófono orando, y animándoles a centrar su atención y fe en el Señor. Ahí es donde deben centrarse. Siempre existe el peligro de que la gente mire al ministro y no al Señor.

En Taiwan, un país en el que tanta gente se vuelve hacia dioses falsos, proclamamos el Evangelio a muchos no creyentes. Pero también vimos una necesidad de que los católicos descubrieran el gran poder de la eucaristía y de los demás dones de nuestra fe. Hacemos hincapié en los sacramentos, en especial en el sacramento de la reconciliación. La unción de los enfermos realizó muchos milagros de sanación.

En el Lejano Oriente vimos muchos no cristianos que se arrodillaron ante el Santísimo Sacramento, al reconocer que era Jesús. Después nos pedían que les explicáramos nuestra fe y el misterio de la eucaristía.

Una preciosa experiencia en Hawai nos muestra el gran e indiscriminado amor de Jesús por todos. En uno de nuestros servicios de sanación, el padre Kevin recorrió el recinto en procesión con el Santísimo. Yo estaba ante el micrófono orando por la sanación mientras el auditorio se centraba en Jesús. Una mujer

joven católica había llevado con ella a una amiga mormona. Ésta tenía las manos deformadas. Tenían la esperanza de que nosotros oráramos por la chica. Para su gran sorpresa, no oráramos individualmente por las personas, pero les llevamos a Jesús entre ellos y les dijimos que se centraran en Él.

Tal como en Lourdes, el padre levantó la custodia y bendijo a la gente. La joven mormona explicó, después, que ella en realidad no comprendió nuestra enseñanza sobre la eucaristía, pero se dio cuenta de que nosotros los católicos pensábamos que esa hostia era la presencia real de Jesús.

Al mirar la sagrada hostia mientras el padre Kevin daba la bendición a la gente, ella pidió a Jesús que le aliviara el dolor de sus manos deformadas. Mientras miraba la hostia, sintió algo que salía de ella y que atravesaba todo su cuerpo. Al salir de la iglesia, tocó con el codo a su amiga católica y le dijo: «Mira». Extendió sus manos y estaban curadas.

¡Los milagros sí existen! Creemos que el Señor, tal como actuó con la chica mormona, también nos decía a nosotros los católicos: «¿Tú ves, y crees en mi poder?».

Ministerio en Sudamérica

Para mí, Sudamérica se ha convertido en un territorio muy familiar. He pasado muchos meses recorriendo países tales como Chile, Perú, Brasil y Venezuela. En 1979, en Latinoamérica, experimenté mi primer terremoto en un lugar llamado Viña del Mar, en Chile. Aunque causó poco daño, me asusté al notar cómo mi cama bailaba de un lado a otro de la habitación.

En esta visita Dios me condujo a una iglesia donde había un sacerdote esperándome. Tuvo un sueño en el que le dijeron que esperara en esta iglesia a alguien. También yo sentí el impulso de ir a dicha iglesia, donde tuve la oportunidad de ejercer mi ministerio para él.

Las grandes distancias y los largos viajes de Perú me hicieron darme cuenta de los muchos peligros de la vida misionera, pero el gozo y la fe de las miles de personas que vinieron a adorar a Jesús y buscar su sanación fueron muy reconfortantes. Fui testigo de muchas sanaciones entre los pobres de Dios. Estuve orando durante horas de manera individual por la gente.

A menudo me decía que estaba mareada. Puede tener muchos significados, pero Bolivia me mareó: la ciudad de la Paz está a tres mil y pico metros sobre el nivel del mar. Sólo atravesé la ciudad para dar un retiro en Cochabamba, pero el curso de los acontecimientos cambió mis planes. Durante la noche, hubo un golpe militar.

Cuando llegué al aeropuerto para abandonar la ciudad, estaba cerrado. Durante los siete días siguientes, con Blanca, mi intérprete chilena, y Jill, mi compañera americana de viaje, viví una terrible y sangrienta guerra civil. Todos los días veíamos desde la ventana de nuestro apartamento cómo los soldados se disparaban unos a otros y la ciudad era un torbellino.

Después de varios días escuchando cómo los informes afirmaban que quizá no podríamos abandonar el país durante semanas, decidimos hacer una vigilia que durara toda la noche para pedir la protección de Dios. Sentimos que no debíamos preocuparnos por nosotras, sino por interceder por tantas pobres personas que estaban sufriendo a causa de esa guerra civil. Sentimos que Jesús nos llamaba a tener más confianza y certeza en su protección. Al decirnos estas palabras, recordamos el Salmo 91 que habla de la seguridad de su protección.

A los Estados Unidos había llegado la noticia de la situación en que nos encontrábamos. Mucha gente empezó a orar por nuestra seguridad, como la madre Angélica, en Birmingham. Ella es una mujer que cree en la acción tanto como en la oración. Por eso habló con el Departamento de Estado, en Washington y les dijo que no podíamos salir de esa zona peligrosa. Funcionó. Dos días después tuvimos una visita de una

mujer de la Embajada de los Estados Unidos. Nos dijo que estuviéramos en el aeropuerto temprano a la mañana siguiente. Dos aviones militares fueron enviados desde Panamá para evacuar a los ciudadanos norteamericanos.

Jill y yo nos dimos a conocer a los oficiales americanos en el aeropuerto. Al leer la lista de nombres de la gente que debía salir del país, sonreí al piloto cuando nos preguntó: «¿Son ustedes las dos misioneras americanas?». Nunca había pensado que yo pudiera ser una misionera norteamericana.

¡Qué sensación de alivio tuvimos al embarcar en el avión militar que nos volvió a llevar a Perú! Vino a recibirnos personal alguien de la Embajada americana en Lima y había muchas cámaras de televisión. Nos dijeron todo lo que estaba disponible para los ciudadanos de Estados Unidos, tal como aviones que volvían a casa, hoteles donde nos podíamos alojar, y muchas otras cosas con las que la Embajada nos ayudó en esta situación de emergencia.

Nos recibió el padre Mike LaFay, que justo la semana anterior me hizo prometer que volvería algún día a Lima. Me dijo que no esperaba que cumpliera mi promesa tan pronto. Entonces me fui a Brasil, un país que llegaría a amar y visitaría muchas veces. Los brasileños me recuerdan a los irlandeses. Creo que es por su fe sencilla y la forma tan cálida y amistosa con que tratan a la gente por lo me sentí como en casa en ese país, a pesar de los muchos inconvenientes y los diferentes cambios de clima.

Ingrid y Peter Orglmeister habían planeado un programa apretado para mi visita a Brasil. Ingrid fue mi intérprete. De hecho, ha viajado conmigo en muchas ocasiones alrededor del mundo, ayudándome a comunicar el mensaje del Señor. Ella y Peter son un matrimonio católico estupendo y han servido a la Iglesia de muchas maneras.

Hablé en muchos sitios por todo Brasil. Miles de personas llenaban los estadios. En una ocasión, tuve que subirme a un camión y hablar desde allí a la multitud que ascendía a más de

veinte mil personas. En esos encuentros fue donde invité a la gente a que orara por los sacerdotes. Siempre se celebraba la misa. Solía ayudar a la gente a enfocar su atención en Nuestro Señor en la eucaristía, en vez de hacerlo en mí o en ellos mismos. Solía llamar a los sacerdotes antes de la misa y pedía a la gente que se uniera para orar por ellos. Esto era una gran fuente de aliento para los sacerdotes que, descubrí, necesitaban recibir reconocimiento y gratitud por su misión.

Este viaje a Sudamérica en 1979 fue el principio de una misión centrada en los sacerdotes y obispos de América Latina, especialmente de Brasil. Desde esa visita, he vuelto para dar bastantes retiros diocesanos por invitación de distintos cardenales y obispos.

Encuentros con los dirigentes nacionales

He tenido la experiencia del dolor y lucha que los misioneros sienten cuando intentan ayudar a los pobres y hacer frente a la opresión. Tanto en Perú como en Brasil, el Señor también me dio la oportunidad de hablar y orar con los presidentes y funcionarios de ambos países. Hace algunos años, estaba sentada en una iglesia en Lima. Sentí que Dios me pedía que fuera donde Él me enviara y dijera lo que él me decía. Estaba pidiéndole que me usara para ayudar a su pueblo y que me protegiera de la ceguera espiritual para cumplir mi misión con todo el pueblo de Dios: ricos, pobres, oprimidos y opresores.

Más tarde, esa misma mañana, una hermana sugirió que sería una gran idea que yo conociera al presidente de Perú. Inmediatamente sentí que Dios me había estado preparando para que tuviera un encuentro con el presidente. A las tres de la tarde, estaba con él; después de una visita muy agradable, sentí que Jesús me decía que orara por él.

Le sugerí que deberíamos orar y él aceptó gustoso. Mientras oraba, recibí una imagen que le habló muy poderosamente a este líder. Sentí el amor de Dios por él y lo que le apreciaba, y sé que él también lo sintió. En ese mismo día, oré por el ministro del Interior y por muchas otras personas. Di cientos de medallas de la Milagrosa.

Antes de mi siguiente viaje a Brasil, en febrero de 1980, mi padre murió de forma repentina. Fue un momento muy triste para todos nosotros. Debido al cambio de programa y a la necesidad de estar con mi familia, no pude prepararme adecuadamente para un mes de ministerio con sacerdotes y laicos. De camino a Brasil, ya que no me sentía preparada, le pedí a Jesús que aceptara el vacío y el sufrimiento que sentía por la muerte de mi padre.

A pesar de mi falta de preparación, sentí que ésta era una de mis misiones más poderosas, porque no tenía nada que ofrecer de mí misma. Desde mi pobreza tuve que dejar actuar al Señor.

Mientras viajaba por Brasil, pensaba en toda esa gente que había conocido y que me había hablado de su gran ira contra el Gobierno. También encontré a muchos que sentían que el Gobierno no tenía la culpa de los problemas en su país. Pero todos estaban profundamente preocupados por las injusticias en su patria. Con todos estos pensamientos, me encontré diciendo: «Jesús, me gustaría conocer al dirigente de este gran país. Él tiene que conocerte. Me gustaría hablarle del amor que le tienes». Una voz me respondió: «Vas a conocer al presidente. Voy a permitir que veas su corazón».

En esa época, no había conocido al presidente. Ingrid me preguntó si debía escribir una carta para concertar el encuentro. Sin embargo sentí que no sería necesario. Dios nos mostró que Él siempre se adelanta. Él sólo necesita instrumentos dispuestos y Él hace luego mucho más de lo que nosotros pudiéramos imaginar. Cuando llegamos al aeropuerto de Brasilia, de camino para dar un retiro a sacerdotes, el hombre que nos recibió men-

cionó que había tenido una llamada del presidente preguntando si sería posible entrevistarse conmigo.

Conocí al presidente Figueiredo al día siguiente. Fue un encuentro lleno de bendiciones. Hablamos sobre muchas cosas y oramos. Nos invitó a Ingrid y a mí a cenar. Vi que el presidente era un hombre que necesitaba, como cualquiera de nosotros, saber cuánto le amaba Jesús y escuchar la Buena Nueva.

Se conmovió mucho cuando oré por él y su esposa. El comentario que me hizo Ingrid después fue: «Nunca pensé que estuvieras acostumbrada a hablar con los dirigentes». Creo que estaba sorprendida de que yo diera testimonio de Jesús libremente al presidente, compartiendo lo que Jesús le pedía como dirigente. Lo que sentí en este primer encuentro con el presidente Figueiredo fue una extraordinaria presencia interior de Jesús. Sentí que Jesús estaba hablando a uno de sus hijos y de alguna manera yo sólo estaba sentada escuchando.

Una semana después recibí una invitación personal del presidente para que volviera a orar por su familia y otras personas. Volví y pasé una semana con muchos miembros del Gobierno y funcionarios de ese gran país.

Fue en esta visita en la que el presidente estaba enfermo y el país fue consagrado a María. De esta experiencia aprendí que no podemos «elegir a los pecadores». No podemos descuidar a los pobres, ni tampoco a los ricos; no podemos descuidar a la gente común, ni tampoco podemos descuidar a los líderes políticos o a los militares. Todos son hijos de Dios. Todos tienen que oír su palabra.

Sería imposible decir todas las maravillas ocurridas sólo en este viaje, pero quiero compartir algunos acontecimientos extraordinarios. En primer lugar, me volví a reunir con el presidente y muchos de sus ministros. Mientras oraba por cada uno de ellos, Dios les tocó. El ministro de Defensa envió una invitación a todo el personal militar para que asistiera a una charla dada por una hermana irlandesa-norteamericana. Fue impresionante poder

tener la oportunidad de proclamar la palabra de Dios a todos esos militares. Estuve orando durante horas antes de dirigirme a ellos para saber lo que el Señor quería que les dijera. Algunas de las esposas de estos hombres estaban en la renovación carismática. En cuanto acabé la charla, empezaron a cantar *Nuestro Dios reina ya*. Fue seguramente la primera vez que en el enorme auditorio militar cantaran unos mil militares.

El gobernador del distrito federal de Brasilia me invitó a hablar a un grupo de importantes hombres de negocios, políticos y funcionarios. También me dieron un tiempo para proclamar el Evangelio a medio día, la mejor hora de audiencia de la televisión.

Durante este viaje a Brasil, el presidente me pidió que orara por otros miembros del personal de su casa. Por supuesto, pensé que serían los criados y servicio de la casa, pero al ir a la residencia del presidente y salir del coche, vi cómo los soldados marchaban hacia donde Ingrid y yo estábamos. Les estaba mirando y me preguntaba hacia dónde se dirigían. Se lo pregunté a Ingrid, y me enteré de que estaban formando para que yo orara por ellos. Pensé: «¡No, esto no puede ser posible! ¡Todos estos soldados!».

El general hizo que sus soldados se formaran en fila ante nosotros. Cuando estaban formados, saludó y me presentó a esos hombres. Me gustaría recordar esa presentación, pero mi mente estaba demasiado ocupada pensando: «¿Qué les voy a decir a todos éstos?». Entonces oí una voz interior que me decía «Dame tus manos para tocar y bendecir y transmitir mi amor sanador a todos ellos y te daré mi corazón para amarles».

Les hablé de Jesús, y después fui de soldado en soldado orando por ellos. Como no podía imponer las manos sobre sus cabezas, por sus cascos, las puse en sus corazones. Le conté a Ingrid que nunca antes había sentido latir tantos corazones con tanta fuerza como ese día. Bajo estos cascos, Dios me mostró estos hombres por los que Él había muerto. Mientras caminaba de soldado en soldado, el Señor me enseñó con qué facilidad

podemos permitir que un uniforme nos impida oír lo que Jesús dice acerca del mandamiento más grande de todos: amar a todos los hombres y perdonar.

Vi la cara de Jesús al mirar a estos soldados. A menudo sus ojos estaban llenos de lágrimas. No me cabe la menor duda de que al igual que yo también ellos sintieron la presencia de Jesús.

El Señor me ha mostrado cuán ciertas son las palabras que el ángel dijo a María en la Anunciación: «Porque no hay nada imposible para Dios». Mi respuesta, como la de María, debe ser un *sí* y creer que las palabras de Dios se han hecho realidad.

Hoy, al recordar todos los países en los que Dios me ha permitido ejercer mi ministerio, me doy cuenta de que Jesús está vivo y activo y solamente necesita que creamos y que estemos dispuestos a decir: «¡Vamos! ¡En el nombre del Señor!».

Celebrar la fe con fidelidad

SER CRISTIANO SIGNIFICA QUE has hecho un compromiso para seguir a Jesucristo, para vivir según sus enseñanzas y obedecer sus mandamientos. Hoy, por todo el mundo, estamos experimentando una renovación en la fe. Mucha gente está aceptando a Jesús como su Señor por primera vez, o está renovando su fe y su compromiso con Él. Como católicos, disfrutamos de la plenitud de la revelación en la Sagrada Escritura.

También creemos que el Señor habla a su pueblo a través de nuestra historia de fe, de nuestra historia de caídas y arrepentimientos. Creemos que Jesús quiso decir lo que dijo cuando nos prometió que siempre estaría con nosotros y que el infierno no triunfaría sobre nosotros. Creemos que Jesús quiso decir lo que dijo cuando le dio a Pedro las llaves del reino. Creemos que quiso decir lo que dijo cuando le dijo a Pedro que alimentara y cuidara a sus ovejas y corderos, cuando dijo a sus apóstoles que lo que ataran y desataran en la tierra sería ratificado en el cielo.

Creemos, en una palabra, que Jesús nos habla a través de la tradición tanto como a través de la Escritura, que su vida no solamente está contenida en las páginas históricas de la Biblia, inspiradas por Dios, por medio de su Espíritu. Él habla a su Iglesia a través de Pedro y de los apóstoles. Y creemos que el Señor habla a través de los sucesores de Pedro y de los apóstoles.

Los apóstoles y sus sucesores, nuestra tradición y nuestras Escrituras, nos han enseñado que el Señor da a su Iglesia medios específicos para hacerlos presentes entre nosotros. Éstos son los sacramentos: bautismo, penitencia, eucaristía, confirmación, matrimonio, orden sacerdotal y unción de los enfermos. Los sacramentos son encuentros vivos con Cristo, quien nos fortalece y nos ayuda a vivir nuestro compromiso.

Entramos en la vida de Dios a través de la fe. Creemos que la fe es un don, dado libremente y celebrado en el bautismo. En él, somos adoptados por el Padre. En nuestro nombre, nuestros padres y padrinos prometen ayudar y nutrir nuestra fe. Recibimos una vela que simboliza la luz de Cristo. Empezamos nuestro camino como cristianos. El bautismo nos hace diferentes de los no cristianos. Ahora tenemos que actuar y vivir según las enseñanzas y mandamientos de Jesucristo.

Jesús nos llama a seguirle sin reservas en todas nuestras acciones y relaciones. Él vino a enseñarnos cómo vivir y actuar en este mundo. Cuando Jesús llamó a los apóstoles para que le siguieran, su llamada fue radical: «¡Venid y seguidme!». Durante los tres años de su ministerio, le conocieron personalmente. Les debió de alegrar mucho todo lo que hacía; podía sanar, hacer milagros y daba esperanza a todos los que le escuchaban realmente. Era un hombre con poder. En sus mentes tuvieron que pensar: «Qué vida tan maravillosa vamos a tener. Nuestro líder es tan poderoso. Ya no tendremos problemas. Él tiene todas las respuestas». Sí, Jesús tiene todas las respuestas, lo puede todo y es fuerte, pero él iba a lanzar un reto a estos hombres. Ellos parecían no entender un punto que Jesús dijo al principio de su ministerio: no tenía dónde reclinar su cabeza. No tenía nada que el mundo pudiera valorar como seguridad. Él sólo tenía a su Padre.

Un día, cuando habló sobre su viaje a Jerusalén y cómo tenía que sufrir, Pedro que lo amaba, se horrorizó y trató de persuadir a Jesús para que no fuera. Fue como si le dijera: «Señor, Tú no puedes sufrir. Después de todo, el sufrimiento denota debilidad».

Entonces fue cuando Jesús reprendió a Pedro y explicó a los discípulos lo que significaría ser sus seguidores. El compromiso de seguirle que ellos habían aceptado no sería tan fácil. Jesús les habló con palabras exigentes. Como seguidores suyos, tenían que estar dispuestos a negarse a sí mismos, tomar su cruz, y seguirle.

Entonces Jesús procedió a hacer con su propia vida lo que significaría un reto para sus apóstoles y seguidores; asumió radicalmente el compromiso de cumplir la voluntad de su Padre al morir en la cruz.

Los apóstoles llegarían a comprender lo que Jesús les dijo, después de su muerte y resurrección. Sólo entonces comprenderían a qué se refería el Señor cuando les decía que el mundo les odiaría, porque el mundo le había odiado primero a Él (Jn 15, 18).

Jesús no esperaba que los apóstoles vivieran este compromiso apoyados en sus propias fuerzas. Él les prometió enviarles al Espíritu Santo; todos conocemos los efectos que tuvo Pentecostés en la vida de sus seguidores. Su miedo se transformó en una fe firme, su tristeza en gozo, su desesperación en esperanza (Hch 2).

Todo cristiano está llamado a comprometerse personalmente con Cristo. Aunque cada uno lo exprese a través de diferentes vocaciones. Jesús debe ser lo primero en nuestras vidas. Sus enseñanzas deben guiar nuestras acciones. Sus mandamientos deben ser señales en nuestro camino. Para el clero, los religiosos y los laicos por igual.

No debo permitir jamás que el mundo me evangelice a mí, de tal modo que me haga olvidar el poder de Dios y su sabiduría, impulsándome a buscar el poder y la sabiduría del mundo. Jesús nos da la Iglesia, que es nuestra luz que nos guía en nuestro peregrinar. Nos da al vicario de Cristo: el Papa, y también a los obispos, cuya misión es animarnos continuamente en nuestro peregrinar hacia Dios. El Papa y los obispos deben mantenerse fieles a su compromiso pastoral con la Iglesia y con el Evangelio.

Mi compromiso con Jesús

Como hermana clarisa, hice un compromiso con Jesús. Ahora veo tres áreas en mi vida a través de las cuales puedo aprender cómo vivir con mayor plenitud mi compromiso: la confianza y el abandono, la cruz, y la victoria de la resurrección.

Al comprometerme por primera vez con Jesús en mi vida religiosa, hice voto público de una vida de fidelidad y confianza en Jesús, en todo lo que Él me pidiera. Me arrodillé ante el obispo y ante mi madre general y, con mis manos atadas de manera simbólica, hice voto de vivir una vida de pobreza, castidad y obediencia. Firmé un documento diciendo que sería fiel toda mi vida, de manera muy semejante a como los casados se comprometen públicamente ante Dios y entre sí el día de su boda.

Fue muy fácil arrodillarse ante el obispo. Esas palabras fueron muy hermosas e inspiradas. A los 16 años de edad, cuando hice mis primeros votos, todo parecía tan definitivo... A los 21 años, cuando recibí el anillo que simbolizaba un compromiso total y perpetuo en la Orden de las Hermanas Clarisas, fue algo grandioso.

Hoy, veinticinco años después de mis primeros votos, puedo decir que el Señor me ha enseñado mucho acerca de mi compromiso. Pronunciar las palabras no cumple mi promesa. Vivirlo cada día es decidirme por Jesús todos los días de la vida.

Mucha gente dice varios años después de un compromiso así —tanto en la vida religiosa como en el matrimonio— que cuando hicieron sus votos, ellos «no sabían verdaderamente lo que les esperaba» y que por tanto «Jesús no puede esperar de mí en realidad que cumpla ese voto».

Creo que se crece en el compromiso. Tomamos una decisión. Aceptamos la invitación. El Señor promete darnos la fortaleza. Tal como hizo con los apóstoles, Él no nos dice que tendremos una vida fácil. De hecho, nos dice que aunque dejemos todo por Él (Mc 10, 29-30), sufriremos persecuciones. Y no sólo eso, dice

que seremos bienaventurados cuando suframos esas persecuciones (Mt 5, 11-12) y que nos debemos alegrar por ello.

Así que lo mismo sucede con mi compromiso con las Hermanas Clarisas. Al mirar atrás me doy cuenta de que el compromiso no es fácil. Hay momentos en mi vida en que me pregunto: «¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho?». En esos momentos es cuando me doy cuenta de que el Señor me da la gracia y la fortaleza necesarias cuando le pido que me ayude a ser fiel a mi compromiso.

Fue en un momento así cuando tuve que afrontar la pregunta fundamental del compromiso cristiano: «¿Quién está primero en tu vida?».

¿Quién está primero?

Quería mucho a mi tía Lizzie, casi como a una madre. De hecho, antes de morir, mi madre le había pedido a la tía Lizzie que cuidara de mí si algo le ocurriera ella siendo yo aún pequeña.

Aunque no me fui a vivir con tía Lizzie en los años que siguieron a la muerte de mi madre, le tomé mucho cariño. Llegó a ser como una madre para mí. Me quería como a una hija y siempre estaba rezando por mí.

Como en la mayoría de las órdenes religiosas, la Orden de las Clarisas permite a las hermanas visitar a sus familias, especialmente en el caso de una enfermedad grave o una muerte. Cuando decidí irme de voluntaria a los Estados Unidos, puesto que quería tanto a tía Lizzie y mi madre había muerto, pedí permiso a mi madre general para que me dejara ir a casa en el caso de que mi tía estuviera muy enferma o se estuviera muriendo. Por supuesto que me dieron permiso, y yo solía decir a tía Lizzie: «No te mueras antes de que yo llegue a casa». Me respondía: «No tengo intención de morirme. Estaré aquí cuando vengas».

En 1984 viajé a América Latina. Ése fue el viaje en el que nos quedamos atrapadas en medio de una guerra civil en Boli-

via. Después de abandonar Bolivia fuimos a Brasil, donde debía permanecer varias semanas ejerciendo mi ministerio con sacerdotes, religiosas y laicos.

Durante los primeros días de mi estancia en Brasil, recibí una llamada telefónica por la mañana temprano diciéndome que mi tía había sufrido una embolia y que se estaba muriendo. Me dijeron que debía volver a Irlanda inmediatamente. Mi superiora en Tampa me dijo que me conseguiría un billete a Irlanda y que debería ir a Tampa lo antes posible. Yo estaba muy angustiada. Quería mucho a tía Lizzie. Casi era la hora de la misa, así que decidí esperar hasta después para arreglar las cosas e irme a Tampa. En mi corazón, pensé que podría ver a tía Lizzie antes de que muriera y que eso sería un consuelo para mí. Ingrid y Jill fueron a misa conmigo, ofreciéndome su apoyo en medio de mi dolor.

Durante la primera parte de la celebración, oré por tía Lizzie y pensé en todo lo que tenía que hacer antes de marcharme: mi programa estaba tan lleno, tendría que cancelar algunas cosas. Mi intención era ir a casa, porque me parecía lo correcto. Tenía permiso y mi familia me esperaba.

Cuando fui a recibir la comunión, tenía todo esto en mi mente. Al extender la mano para recibir la sagrada hostia, el Señor me preguntó: «Briege, ¿quién es el primero en tu vida?». Respondí inmediatamente: «Tú, Jesús». Escuché entonces estas palabras de manera determinante: «Entonces, no quiero que vayas a casa. Yo te traje aquí. Aquí es donde debes estar». Me puse a la defensiva y dije: «Oh Señor, pero tengo que ir a casa porque mi tía se está muriendo y no la volveré a ver, le prometí que iría y tengo permiso de mi madre general». Le di todas las excusas que se me ocurrieron.

Fue como si el Señor me volviera a repetir las palabras: «Briege, ¿quién es el primero en tu vida?». Volví a decir: «Eres Tú, Jesús». Me respondió: «Bueno, pues entonces no quiero que vayas a casa».

En ese momento me vi ante el Señor, mirándole y luego mirando a mi familia. Es probable que ésa fuese la primera vez que, después de tantos años, verdaderamente tuve que hacer la elección de la promesa que hice cuando pronuncié mis votos.

Tenía permiso de mi superiora; esperaban que volviera a casa. Era lo correcto. Pero ahora, Jesús me estaba probando. ¿Dónde estaba mi compromiso? Hay veces en todas nuestras vidas en las que tenemos que estar dispuestos a renunciar incluso a los buenos deseos, para cumplir la voluntad de Dios, para hacer lo que es mejor a sus ojos.

Miré a Jesús en esta imagen después de la comunión y le dije: «Jesús, no me iré, me quedaré aquí». De pronto me di cuenta de que, por un lado, había sido egoísta. No había pensado en tía Lizzie, sino en mí misma, en mi necesidad de verla viva aunque sólo fuera una vez más. No estaba pensando en las miles de personas de todo Brasil que habían arreglado todo para hospedarme, para escucharme, para acompañarme en este ministerio.

En cuanto me sometí a Jesús, mi espíritu se llenó de paz y sentí una gran alegría; tanta, que cuando salíamos de la iglesia, Ingrid y Jill se dieron cuenta de la alegría que había en mí.

Al recordar este gozo, que no podía explicar en ese momento, comprendo cómo se debió sentir María cuando le pidieron que fuera la madre de Jesús. Ella también tenía su vida planeada. Estoy segura de que no le agradó mucho pensar en lo que José, su prometido, iba a decir cuando supiera que ella estaba encinta. Sin embargo dijo *sí*. Estaba llena de un gozo duradero, un gozo que la llevó a casa de su prima Isabel, donde proclamó: «¡Mi alma glorifica la grandeza del Señor y mi espíritu se goza en Dios mi Salvador!».

Jesús no te fuerza. Eso fue lo que el anciano sacerdote episcopaliano me dijo cuando me debatía entre aceptar o no el ministerio de sanación, y después de todos estos años, sé que es cierto, Jesús nunca te fuerza. Tan sólo pregunta. Dios Todopo-

deroso se pone ante alguien que Él ha creado de la nada y humildemente le pide amor, servicio, obediencia.

Al salir de la iglesia ese día, dije a Ingrid y a Jill que no me iría a casa a Irlanda. Llamé por teléfono a mi convento en Tampa y a Irlanda para que supieran mi decisión. Luego seguí con mi ministerio.

Varias semanas después, decidí llamar a casa para hablar con una amiga mía que es como una hermana para mí. Pensaba que mi tía había muerto, pregunté a mi amiga: «Betty, ¿cómo van las cosas?». «¿Quieres decir que no lo sabes?», me preguntó sorprendida, y de inmediato me dijo que mi tía seguía viva para sorpresa de todos, incluyendo al médico. Betty me dijo que tía Lizzie se estaba muriendo el día en que llamé para decir que había decidido no ir a casa, sino obedecer al Señor. El médico estaba junto a su lecho, hablando con una enfermera. Le estaba diciendo que tía Lizzie estaba en coma y que le quedaba poco tiempo de vida. De pronto, tía Lizzie abrió los ojos y dijo: «Bueno doctor, ¿cómo están usted y su hija enferma?». El médico se impresionó tanto que salió corriendo de la habitación y envió a otra enfermera para que examinara a mi tía.

Cuando entró la enfermera, tía Lizzie señaló un cartel de *No Fumar* y dijo: «Bueno querida, ¿te importaría darle la vuelta a ese cartel, traerme una taza de té y conseguirme un cigarrillo? Me muero por tomar una taza de té y fumar un pitillo». ¡La tía Lizzie estaba bastante lejos de estar muerta!

En el momento en que Betty me daba esta grandiosa noticia por teléfono, escuché a Jesús susurrarme al oído: «¿Acaso creíste, Briege, que podrías ganarme en generosidad?».

Una vez que terminé la misión en Brasil, y puesto que tía Lizzie todavía estaba grave, viajé a Irlanda y fui a verla. Cuando entré en la habitación del hospital le dije: «Tía Lizzie, ya estoy aquí y vine a verte». Ella me miró y me dijo: «Lo sé y ya era hora. Estuve esperando siete semanas a que vinieras». Luego tiró de mí para que me acercara más y me dijo en secre-

to: «Ya me iba con Jesús y estaba dispuesta a irme, pero Él me dijo: “No, Lizzie, quiero que esperes a que Briega venga a casa, entonces te llevaré”». Luego añadió: «Ahora me has visto viva, pero no puedo seguir viviendo eternamente. Di una pequeña oración por mí y por estos otros —y me dijo lo que tenían todos los demás enfermos de la sala— y luego vuelve a América y haz lo que prometiste a Jesús que ibas a hacer por Él».

Me dio un beso y me marché. Dos días después tía Lizzie se fue a casa con el Señor. Cuando recibí la noticia de que había muerto, me estaba preparando para salir de misión a Nueva Orleans. Recuerdo el gran gozo que sentí y oí que el Señor me decía: «Nunca llegarás a conocer mi generosidad, si no me pones a mí en primer lugar».

Tengo otra historia que subraya la importancia de confiar en el Señor y de abandonarse en Él. Yo estaba en Roma durante el Sínodo de Obispos de 1977. El cardenal Suenens nos había invitado a algunos de nosotros a ir a Roma para interceder ante el Señor por los obispos, pues iban a tratar asuntos relacionados con la Iglesia. Mientras estaba en la cena, en mi primera noche en Roma, me robaron la cartera de mi bolso. Perdí mis cheques de viaje, unos trescientos dólares, mi carnet de conducir y algunas fotografías que apreciaba mucho.

He dado muchas conferencias sobre confiar en Dios y poner toda nuestra confianza en Él, porque nunca te abandona. Ésas son palabras preciosas; pero una cosa es decir a la gente que confíe en Dios, y otra muy diferente es ser puesta a prueba.

Margie Grace estaba con nosotros en Roma. Me había aconsejado tener mucho cuidado con los rateros. Me fui a la habitación de Margie y llamé a su puerta. Mi cara debió contarle mi historia, porque cuando me abrió la puerta, me miró y me dijo: «¡Te han robado!».

Margie me consoló. Ella ha sido como una madre para mí a lo largo de estos años en muchos sentidos, dándome sabios consejos y orando por mí. Al día siguiente fuimos a la comisaría de

Policía para denunciar el robo. Claro, no pude describir al ladrón. No sabía quién me había robado mi cartera y las demás cosas que me faltaban del bolso, pero sí sabía que había ocurrido cuando una banda de gitanos comenzó a acosarnos en el restaurante.

Corrió la noticia y todos dijeron que estaban orando por mí y me decían que confiara en el Señor, que Él cuidaría de mí. Yo lo creía, pero no pude evitar pensar que hasta el momento no había visto ni un céntimo.

Sin embargo, el Señor estaba trabajando. Un sacerdote franciscano, el padre Dermont Ryan, fue de peregrinación de Irlanda a Roma y a Asís. Ocurrieron muchas cosas cuando él llegó allí. Cuando llegó a Asís, había una huelga de trenes así que no pudo gastar su dinero en un billete de tren. Alguien dijo que le llevaría de vuelta a Roma, pero no permitió que le pagaran por ello. El sitio donde se alojaba tampoco le aceptó nada. Mirando el sobre donde guardaba el dinero, él pensó: «No importa a quién le ofrezca dinero, no puedo deshacerme de él».

Ese día en la misa, en la Basílica de Santa Clara, recibió un mensaje de que el dinero era para mí. Él ni siquiera sabía que yo estaba en Roma. Pero cuando llegó, se enteró de que yo estaba ahí, consiguió la dirección del hotel donde yo me hospedaba y fue a verme.

Cuando bajé a la recepción del hotel, me entregó un sobre y me dijo: «Briege, recibí una palabra de que este dinero es para ti». Abrí el sobre para descubrir que contenía, casi al céntimo, la cantidad que me habían robado.

Pero ahí no terminó la generosidad del Señor. Por supuesto, mis cheques de viaje me fueron reembolsados; además Margie Grace decidió generosamente proveerme de más cheques de viaje por si algo ocurría. Terminé marchándome de Roma con más dinero del que había traído. El cardenal Suenens dijo cuando compartí mi testimonio con nuestro grupo de intercesores: «¡Que no se convierta en una costumbre el que te roben! Porque las cosas no siempre terminan tan bien!».

Ambas experiencias tuvieron un final feliz, pero sirvieron para poner a prueba mi confianza en el Señor. Él todavía me tenía guardada una lección bastante dolorosa para enseñarme el significado y el valor de la cruz.

Cargando la cruz

Jesús dijo a los discípulos que tenían que tomar su cruz y seguirle. Eso también nos lo dice hoy a nosotros. En nuestro compromiso, encontraremos sufrimientos. Encontraremos la cruz.

Hoy en día, la gente está dispuesta a comprometerse pero a su manera. Muchos no dependen de Jesús ni confían en Él, son incapaces de reconocer su protección y su generosidad. En todos los caminos de la vida vemos este «compromiso limitado» o «compromiso condicionado». Ninguno de los dos es un verdadero compromiso. Hay que resaltarlo y es trágico en el matrimonio, donde la gente empieza una relación con la idea de que si no funciona, lo romperá. Una relación así, no tiene ninguna posibilidad de éxito.

Algunas personas confunden el lugar que ocupa la cruz en la vida cristiana. A veces creen que el cristianismo promete escapar de las incomodidades, los disgustos, la pobreza, el dolor y la frustración. Este tipo de espiritualidad ignora la afirmación explícita de Jesús de que seremos perseguidos y sus indicaciones de que cojamos nuestras cruces y le sigamos.

En mi propia vida, cuando se la entregué, hubo momentos de sufrimiento, momentos en los que tuve que luchar contra las tentaciones, el rechazo y los malentendidos, grandes retos y sufrimientos inevitables.

La experiencia más viva de reto de fe y de cargar con mi propia cruz se me presentó con la muerte de mi padre.

Mi padre era un hombre fuerte, un granjero. Murió de forma repentina una noche de invierno al volver a casa después de haber

visitado a unos amigos. Al subir las escaleras de su casa y empezar a abrir la puerta, sufrió una embolia. Estuvo tendido toda la noche, solo e indefenso sin poder pedir auxilio, dándose el caso de que mi hermano vivía en la acera de enfrente. Lo encontraron muerto a la mañana siguiente. Murió de congelación.

Mi padre murió justo cuando yo empezaba un periodo de descanso y reflexión en casa de Doris y Francis Meagher, dos amigos muy queridos, en Clearwater, Florida. Fui a Irlanda para el funeral.

Al pensar en la muerte de mi padre, me preguntaba cómo podía haber ocurrido. Había estado tantas veces a la cabecera de muchos moribundos, confortándoles y ayudándoles a prepararse para ver a Jesús. Pero que mi propio padre muriera como murió, solo y sin la familia cerca de él, estando la casa de mi hermano a la vista, sin nadie que le consolara... ¿Cómo podía ser esto? Gracias a mi fe en Jesús, podía ver la muerte como debe verla un creyente. Es simplemente una puerta que se abre. La forma en que murió era trágica, pero por otro lado, podía haber estado postrado en una cama durante años con dolores espantosos. El Señor se lo llevó traspasando muy rápido el umbral de la muerte; se lo llevó tal como vivió: en marcha y con las llaves en la mano. Ahora él está con el Señor y eso es mucho mejor que cualquier cosa que podamos tener en la tierra.

Gracias a esta experiencia, me di cuenta de que la muerte es como nacer. Cuando un bebé está en el vientre de su madre se encuentra seguro y a salvo. Si un bebé pudiera hablar, estoy segura de que diría que no quiere abandonar la matriz, que sería mejor no correr el riesgo de ver en qué consiste el mundo, porque no habrá forma de regresar. Con nuestra fe en la vida eterna, podemos ver el mundo como una matriz. Un útero que nos prepara para un nacimiento a una vida nueva. Nosotros, como el bebé, no queremos atravesar la puerta de la muerte hacia la otra vida. Es algo desconocido, no hay forma de regresar. Aun con fe, dudamos en dar el paso. Sin embargo, cualquier persona que

ha atravesado el umbral de la muerte para ir a los brazos de Cristo nos diría que jamás querría volver a este mundo.

Con todo eso, mi fe y esta comprensión más profunda de la muerte no hicieron mi pena más llevadera. Cuando salí de casa para volver a los Estados Unidos y empezar de nuevo mi misión en Brasil, una ola de pena y soledad me golpeó. Recuerdo que en Dublín, mientras esperaba para irme, el padre Kevin estaba sentado a mi lado. Yo lloraba. Tenía que dar rienda suelta a mi pena. Tenía que poder expresar esta pena. Algunas personas no comprenden que la pena es una emoción natural que tiene que ser expresada. Al tiempo que este buen amigo me escuchaba y me dejaba llorar, sentí que la fortaleza del Señor entraba en mí a través de él como amigo, como creyente y como sacerdote.

Pude ofrecerle al Señor este sufrimiento como una oración y como una preparación para mi ministerio en Brasil. En vista de que me sentía tan vacía y de que tuve que depender totalmente de Él, aceptando mi desolación y mi humanidad, Jesús pudo tocar a su pueblo a través de mí de muchas y muy hermosas maneras.

La victoria de la fidelidad

Por lo que he sufrido en mi vida, he aprendido que no podemos evitar la cruz.

También expresamos nuestra fe en la victoria de la cruz y en la resurrección a través de los compromisos que hacemos en nuestra vida diaria, tal como en el matrimonio y en el caso de los consagrados, en nuestras relaciones con los superiores religiosos y otras autoridades.

Existen muchas formas a través de las cuales expreso mi compromiso con Jesús. Para mí, como religiosa, lo veo expresado a través de mis votos y mi compromiso con la congrega-

ción de Santa Clara. Las hermanas clarisas son mi nueva familia espiritual. Nosotras hemos comprometido nuestras vidas para cumplir nuestra vocación en santidad y celibato, compartiendo la misma vida. Mi compromiso con el Señor y mi congregación afectan no sólo a mi vida, sino también a la de toda mi comunidad. De hecho, también afecta al resto de la Iglesia, a través de la oración, el testimonio y nuestro ministerio.

Quienes forman parte de una familia influyen en la vida de los demás miembros. Se llaman mutuamente a la santidad y se retan unos a otros. Esto es verdad para ambas familias, la natural y la religiosa. Yo tengo la obligación de comprometerme, de vivir ese compromiso y permanecer junto a mi congregación, y lo hago de dos maneras.

Primero: viajo mucho y no siempre estoy presente en mi comunidad. Tengo que compartir mis experiencias con ella. Ellas tienen este derecho porque, a través de su oración y de la unidad nacida de nuestra vida como religiosas, forman parte de mi ministerio y yo formo parte del suyo. Yo no salgo sola al mundo. Ellas me envían, en nombre de toda la congregación. Lo que cualquiera de nosotras hagamos, se hace en el espíritu y bajo la dirección de la comunidad y de las superiores que sirven a la comunidad dirigiéndola y sacando adelante los dones, todos en la luz de nuestra visión de servicio en y a favor de toda la Iglesia, para gloria de Dios.

Segundo: me mantengo en estrecha relación con mi comunidad a través de mi voto de obediencia. Me tengo que someter, al igual que todas las voces e imágenes que he mencionado en este libro, al discernimiento de mi madre superiora y de sus consejeros. Yo no voy recorriendo el mundo por azar, simplemente porque piense que Dios me dijo que lo hiciera. Siempre digo a mi madre superiora lo que creo que Dios me está diciendo, pero me someto por completo a sus decisiones. Casi siempre aprueba lo que yo creo que debo hacer, pero a veces no lo hace.

Varios años atrás, me invitaron a Australia. Se lo dije a mi madre superiora, creyendo que me daría permiso como siempre. Sin embargo, esta vez me dijo: «Después de haber orado, no creo que debas ir a Australia. No es el momento oportuno». Normalmente cualquiera hubiera preguntado: «¿Por qué? Parece una buena idea. En Australia necesitan escuchar el Evangelio». Pero creo en lo que la gran santa Catalina decía, que siempre te puedes equivocar, que no puedes estar segura de que estás escuchando a Dios cuando escuchas voces, pero que siempre puedes pedir a tu madre superiora que repita lo que acaba de decir para estar segura de que ella quiso decir lo que yo entendí. Eso es lo bueno de la obediencia. Siempre puedes asegurarte de que has entendido bien lo que te han dicho.

Acepté su decisión como voluntad de Dios. Tres semanas después, en California, conocí a Agnes Sanford, la gran pionera del ministerio de sanación en la Iglesia anglicana. Mientras ella oraba conmigo recibió una palabra del Señor. Yo no le había dicho nada de Australia, pero me dijo: «Ahora no es el tiempo oportuno para que vayas a Australia. Dios te enviará allí, pero no entra en sus planes que vayas ahora, y quiere que te sientas tranquila con lo que ya te han dicho». Entonces le hablé acerca de mi madre superiora. Su respuesta fue: «¿No es maravilloso reconocer que Dios está obrando a través de la obediencia?».

Estaba totalmente de acuerdo con ella. La obediencia no es algo que reprima a la gente. La obediencia libera a las personas. No es algo que las debilite, sino que las fortalece. La obediencia ennoblece el cuerpo de una comunidad. La autoridad de un superior o superiora descansa en la comunidad.

Consideremos la historia del centurión. Le dijo a Jesús que no tenía que ir donde estaba su criado para sanarlo. Todo lo que Jesús tenía que hacer era mandar al criado que se curara y sería sanado. Le dijo a Jesús: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa; basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano.

Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: “Vete”, y va; y a otro: “Ven”, y viene; y a mi siervo: “Haz esto” y lo hace» (Mt 8, 8-9).

El centurión se había dado cuenta de que, a pesar de estar sujeto a la obediencia al emperador, tenía su autoridad. Podía hacer muchas cosas en nombre del emperador. Lo mismo sucedió con Jesús. Porque Jesús como hombre estaba totalmente sometido y obedecía al Padre, Él tenía el poder del Padre. Podía sanar. Podía resucitar a los muertos; podía dar la vista a los ciegos y curar a los leprosos y a los tullidos. Nada era imposible para Jesús, porque a través de la obediencia, estaba revestido plenamente del poder y la autoridad del Padre.

Lo mismo ocurre con los cristianos que obedecen al Señor. Por eso, el Señor puede predicar, enseñar, sanar, consolar y amonestar a través de su pueblo; porque la Iglesia obedece al Señor. Si los cristianos creyeran verdaderamente lo que Jesús enseñó, obedecerían a la Iglesia, porque ella tiene la misma autoridad de Jesús para pastorear, guiar y gobernar a los cristianos del mundo.

Como dije antes, como hermana clarisa obedezco al Señor al que conozco y amo personalmente. Él me ama y se me manifiesta. Sin embargo, no podría tener un ministerio de sanación, como hermana clarisa, si no me sometiera a su autoridad expresada a través de mi superiora. Tampoco podría tener un ministerio de sanación como clarisa, si me considerara separada de mi comunidad de hermanas. No puedo servir como hermana clarisa si dejo de ser una clarisa. Un beneficio del voto de obediencia es que nos ayuda a todas a medir nuestro propio punto de vista con el punto de vista de la comunidad. La autoridad bien ejercida y respetada es una fuente de unidad, fortaleza y poder.

Lo mismo ocurre con los matrimonios. Tiene que haber respeto mutuo y amor en él. Todo matrimonio cristiano tiene la misión de hacer a Cristo presente en el mundo. Marido y espo-

sa tienen que comprobar constantemente sus inspiraciones individuales, a fin de proteger la unidad, la visión y el impacto de su amor en la sociedad y en la Iglesia. Celebramos la fe siendo fieles. No hay otra forma. Ejercer nuestra fe es celebrarla. Cuando las personas están enamoradas, se casan, y con la unión de sus cuerpos y espíritus, celebran el amor.

Tenemos fe, y la celebramos adhiriéndonos con amor y compromiso al objetivo de esa fe: Jesús el Señor. Para Jesús, la última palabra de amor fue su cruz. Para nosotros, la última palabra de amor a Jesús es hacer su voluntad, sin importar lo que cueste, que para nosotros a menudo es la cruz.

Una señal apuntando a Jesús

Al terminar este libro, quiero recordaros a todos algo que dije antes. Aquí habéis leído mucho sobre mi manera de orar, mi espiritualidad, mis imágenes y pequeñas voces. Por favor, no creáis que debéis tener las mismas experiencias que yo.

Dios habla a cada uno a su manera. Ocurre que yo tengo una imaginación muy viva y me encantan las historias. Dios lo usa para ayudarme a comunicar la fe. Hay muchos santos en la historia y en el mundo de hoy que nunca pudieron, ni pueden, ni quieren oír voces o ver imágenes o tener visiones.

Muchos santos van por la vida sin grandes experiencias extraordinarias. La gran santa Teresa se quejaba de largos periodos de aridez espiritual en los que conscientemente no experimentaba la presencia de Dios o cualquier forma de consuelo espiritual.

No queráis copiar a nadie. Como dice la madre Angélica, «La mejor manera de orar es la forma en que oras mejor».

Quiero terminar este libro con dos cosas. Primero, creo que en 1 Timoteo 6, 12-16 encontramos un hermoso final para este argumento sobre la obediencia. También creo que nos ayuda a

comprender mejor lo que significa ser «una señal que apunta hacia Jesús».

Segundo: le he pedido a mi co-autor, Henry Libersat, que escriba un epílogo en el que comparta cómo Dios ha actuado en su vida a partir de que ambos nos conocimos y oramos juntos hace diez años.

Pido a Dios que este libro nos ayude a crecer en la fe y seamos más conscientes de la importancia de vivir en el Señor, por el Señor y para el Señor. Rezo también para que todos oréis unos por otros y en especial por todos aquellos que tienen un ministerio, incluyéndome a mí. Pido que todos oréis por los sacerdotes, que respetéis la Iglesia y os mantengáis fieles a los sacramentos.

Somos llamados como cristianos a ser signos de la presencia de Dios. A través de la fe y obediencia en el Espíritu enviado por Jesús, tenemos gran poder y la llamada y oportunidad de hacer mucho bien en el mundo y traer almas a Dios.

Por favor rezad para que mi ministerio siempre sea una señal apuntando hacia Jesús.

«Mantente firme en el noble combate de la fe, conquista la vida eterna para la que has sido llamado y de la que hiciste hermosa confesión ante muchos testigos. Delante de Dios, que da la vida a todas las cosas, y ante Jesucristo, que dio testimonio de la verdad ante Poncio Pilato, te pido que observes lo mandado sin mancha ni culpa hasta la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo, manifestación que, a su debido tiempo, llevará a cabo el bienaventurado y único Soberano, Rey de reyes, Señor de los señores, el único que posee la inmortalidad y habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. A Él, honor y poder eterno. Amén» (1 Tim 6, 12-16).

Epílogo

LA PRIMERA VEZ QUE oí hablar de la hermana Briega McKenna, OSC, en 1974, fui muy escéptico. Sin embargo, como editor del periódico semanal *The Florida Catholic*, que cubre cinco de las siete diócesis de Florida, tuve muchas oportunidades de leer historias sobre ella.

En el verano de 1976, cuando yo tenía 42 años, uno de nuestros periodistas escribió otra crónica sobre el ministerio de la hermana Briega. Sentí el impulso de escribirle pidiéndole oración.

Ese año tuve que afrontar varias situaciones muy importantes en mi vida. Me preguntaba si realmente tenía fe en Jesucristo, si creía que estaba vivo y le importaba verdaderamente lo que me ocurriera. Había estado en la prensa católica durante diecisiete años y asistía a la misa dominical con regularidad. Había dado clases de catecismo y en general era conocido como «buen católico», pero era desgraciado y empezaba a darme cuenta de que sufría de alcoholismo.

Vi a muchos católicos cuyas vidas estaban siendo renovadas a través de la oración y ellos hablaban sobre milagros y sanaciones. Siempre me había preguntado por qué, si ésta es la misma Iglesia de los tiempos de Jesús y de los apóstoles, no ocurrían milagros en nuestros días.

Empujado por la historia de mi redactor, escribí a la hermana Briega y le dije que sentía que existía una barrera en mí, que

me impedía conocer verdaderamente a Dios. Ella me contestó diciendo que oraría por mí. Más adelante, la llamé por teléfono y ella oró conmigo. Tanta oración y no ocurrían milagros. No me sentía más cerca de Dios. Todavía seguía bebiendo, aunque nunca le dije nada de ello. Yo quería un milagro. ¿Por qué otras personas obtenían milagros y yo no?

Aunque yo era un laico, predicaba en misas dominicales. En nombre de *The Florida Catholic*, tenía programado predicar en Tampa, los días 30 y 31 de octubre de 1976. Llamé a la hermana Briege y ella accedió a reunirse conmigo en la iglesia, algo que raramente hace, para una sesión privada de oración.

El domingo por la mañana, después de predicar la homilía en la misa de las 10:30 salí de la iglesia y me entrevisté con la hermana Briege por primera vez. Parecía bastante normal, estaba vestida con un hábito azul moderno, tenía una sonrisa fácil y emanaba paz interior. Fuimos a una habitación detrás de la iglesia y le volví a decir que realmente quería amar a Dios y entregarme a Él. Lo recuerdo bien. He escrito sobre ello muchas veces, y he compartido la experiencia por toda Florida, en muchos sitios en los Estados Unidos, en Brasil y también en Perú. La hermana Briege tomó mis manos, y me dijo: «Henry, lo más difícil es confiar». Me explicó que ni siquiera nos fiamos de la gente que vemos y me dijo: «Henry, qué difícil tiene que ser para ti confiar en un Dios que nunca has visto».

Dijo una preciosa oración por mi esposa Peg y por mí, por nuestro matrimonio, y por nuestros hijos. Pidió al Señor que me diera el «precioso don de la oración».

Empecé a sentir una paz profunda que se apoderaba de mí. Y me dijo: «Henry, te veo solo con el Señor, es la imagen del Sagrado Corazón. Te está diciendo: “Hijo mío, ese niño que tanto os preocupa a tu esposa y a ti y por el cual habéisorado, no os preocupéis por él; mi brazo lo rodea y está bien”». Yo comencé a sollozar. No le había dicho nada a la hermana Briege sobre

este hijo nuestro que estaba teniendo muchas dificultades y problemas personales.

Siguió orando y dijo: «Te veo solo con el Señor otra vez, con su brazo alrededor de tu hombro y está diciendo: “Hijo mío, ese miembro de tu familia que ha vuelto la espalda a los demás, a la Iglesia, y que os ha herido tanto, no os preocupéis por él. Yo tengo el brazo alrededor de él y está bien”». Una vez más, no le había dicho nada a la hermana Briege sobre este familiar.

Sentí como si hubiera una luz brillante pero muy suave que llenaba todo mi ser. Sabía que Dios me conocía, que me amaba, y que sabía dónde estaba herido. Él se me manifestó a través de la hermana Briege, por medio de ese don de visión interior, «palabra de conocimiento», o de «profecía», no importa cómo se llame, pero es real; y es una bendición para la gente herida, la gente perdida, los enfermos, los que buscan, los moribundos.

Entonces la hermana Briege tuvo otra imagen: «Te veo sobre la cima de una montaña. Estás con el Señor, y a un lado de la montaña están muchas personas que quieren subirla para estar con el Señor. Veo que les llamas, pero están asustados y corren a esconderse detrás de las rocas, en las grietas y en las sombras. Henry, el Señor te está llamando a una gran obra».

Éste fue el momento en el que verdaderamente sentí la presencia de Jesús. Había recibido muchas bendiciones en mi vida: buenos padres, una gran esposa, y unos hijos maravillosos. Creía en Dios y era un católico practicante, pero nunca antes había sido consciente del poder del alma bautizada, de la ternura y de la inmanencia de nuestro Dios.

Seguí bebiendo. En algún momento del verano de 1977, llamé a mi amiga Briege. Nos habíamos hecho buenos amigos para entonces. Y le dije: «Briege, nunca quise admitirlo delante de ti, pero tengo un problema con la bebida».

Ella empezó a orar inmediatamente, y recibió una de sus imágenes, una que en ese momento hubiera deseado que no tuviera. Me dijo: «Henry, te veo caminar por un camino muy

largo. Hay un enorme y profundo agujero y veo que caes en él. Intentas salir, pero es demasiado profundo y empinado. Tus manos están laceradas y sangrando. Estás tan cansado que no puedes mantenerte en pie y te caes, y ruedas sobre tu espalda. Con lo último que te queda de fuerza, levantas tu mano hacia el cielo y suplicas a Dios; y veo que su mano desciende y te levanta, sacándote de ese horrible agujero». No hace falta entrar en más detalles. Sólo quiero decir que el día 2 de septiembre de 1977 tomé mi último trago. Fui a una reunión de Alcohólicos Anónimos el domingo 4 de septiembre. Esa noche, cuando me estaba quedando dormido, de repente salté en la cama y exclamé: «Querida, ¡estoy curado!». Peg dijo: «Sí, ya lo sé».

La vida en el Espíritu de Jesús ha sido una experiencia muy emocionante. Peg y yo nos hemos acercado más el uno al otro. Pasamos cuatro años de preparación, de 1982 a 1986, y después fui ordenado diácono el domingo de Pentecostés, día 18 de mayo de 1986.

Peg y todos los demás, excepto uno de mis hijos, estuvieron presentes, así como varios familiares de mi esposa, mi padre, de 90 años, y Briege, que se sentó al lado de Peg.

Solemos dividir la historia universal en aC (antes de Cristo) y dC (después de Cristo). Yo divido mi vida en aB y dB; antes de Briege y después de Briege. No podría haber un honor más grande para mí que el que Briege me haya pedido que le ayudara con este libro.

HENRY LIBERSAT
Diácono